

LA GUERRA FRÍA Y LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL

La Segunda Guerra Mundial significó un antes y un después en la historia del siglo XX. Estados Unidos y la Unión Soviética, mediante una estratégica alianza, habían logrado derrotar tanto al fascismo y al nazismo en Europa cuanto a Japón en Asia. Una vez finalizado el conflicto bélico, cuando dicha alianza comenzó a fracturarse, se produjo el advenimiento de la «Guerra Fría».

El período de posguerra se caracterizó, entonces, por la consolidación de dichas potencias, las cuales se establecieron como líderes de un mundo que pasó a representarse como «bipolar»: de un lado estaban los Estados Unidos, defensores del Occidente capitalista; del otro, la Unión Soviética en representación del comunismo. En este marco, ambos Estados reorientaron su política exterior y de seguridad, trazando sus «áreas de influencia» (zonas de Europa, Oceanía, Asia, África y América Latina), donde dirimieron sus conflictos por canales secundarios, pero donde muchas veces, la guerra fue explícita.

En este marco, desde el Gobierno de los Estados Unidos, se buscó reorganizar para los nuevos tiempos las pretensiones hegemónicas en América Latina, a través de la diplomacia y, sobre todo, mediante la intervención político-militar directa e indirecta. El objetivo era obtener o mantener el apoyo de los países de la región, penetrando de múltiples formas (políticas, ideológicas, económicas, sociales y culturales).

John Bull and Uncle Sam: «And don't let me catch you trying next door either». Revista *Punch*, Abril 29, 1959.



Para ello, como heredero de la Unión Panamericana, en 1947 Estados Unidos promovió la creación de un Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y en reemplazo de la primera al año siguiente diseñó la Organización de Estados Americanos (OEA). El TIAR tuvo el fin de promover el principio de solidaridad y cooperación entre los Estados americanos, incluyendo el no uso de la fuerza en cualquier forma entre sus miembros. La OEA, por su parte, se creó para fortalecer la paz y la seguridad, y para promocionar la democracia representativa y los derechos humanos, respetando el principio de no intervención (salvo para Estados Unidos, amparado en la doctrina Monroe), y apoyando el desarrollo de la región. Sin embargo, la realidad mostró que, bajo los preceptos de la doctrina de seguridad nacional y en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos hizo todo lo opuesto.



EL MUNDO DE LA GUERRA FRÍA EN IMÁGENES



1. El muro de Berlín.
2. Soldados colombianos en la guerra de Corea.
3. Manifestación en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam, 1964.
4. Soldados soviéticos.



ESTADOS UNIDOS FRENTE A AMÉRICA LATINA

Estados Unidos encontró en las Fuerzas Armadas de la región un actor clave para sus planes de «seguridad continental». Devenidos en activos protagonistas políticos (algunos acuñaron el término de Partido Militar no para dar cuenta de su nuevo rol, sino de su constante intervención), encontraron en el estamento castrense un mecanismo para efectivizar los «correctivos» necesarios, tanto hacia aquellos Gobiernos democráticos que consideraba «viciados» cuanto hacia los que representaban amenazas reales para su hegemonía regional. Así se daba la paradójica situación de restaurar el orden democrático mediante una interrupción temporal. El «vicio», siempre bajo la lógica «amigo-enemigo», podía tener un componente antiimperialista o marxista revolucionario, un origen nacional y popular que algunos llamaron «populista» como una forma de deslegitimación, como sucedió en Argentina, Brasil o Guatemala; socialista democrático, tal como lo acaecido en Chile; o directamente tratarse de una revolución victoriosa, como fue el caso de Cuba o Nicaragua. En definitiva, en el marco de la Guerra Fría, no había lugar para los matices: o se estaba alineado con los Estados Unidos o de lo contrario, se era parte del dispositivo comunista.

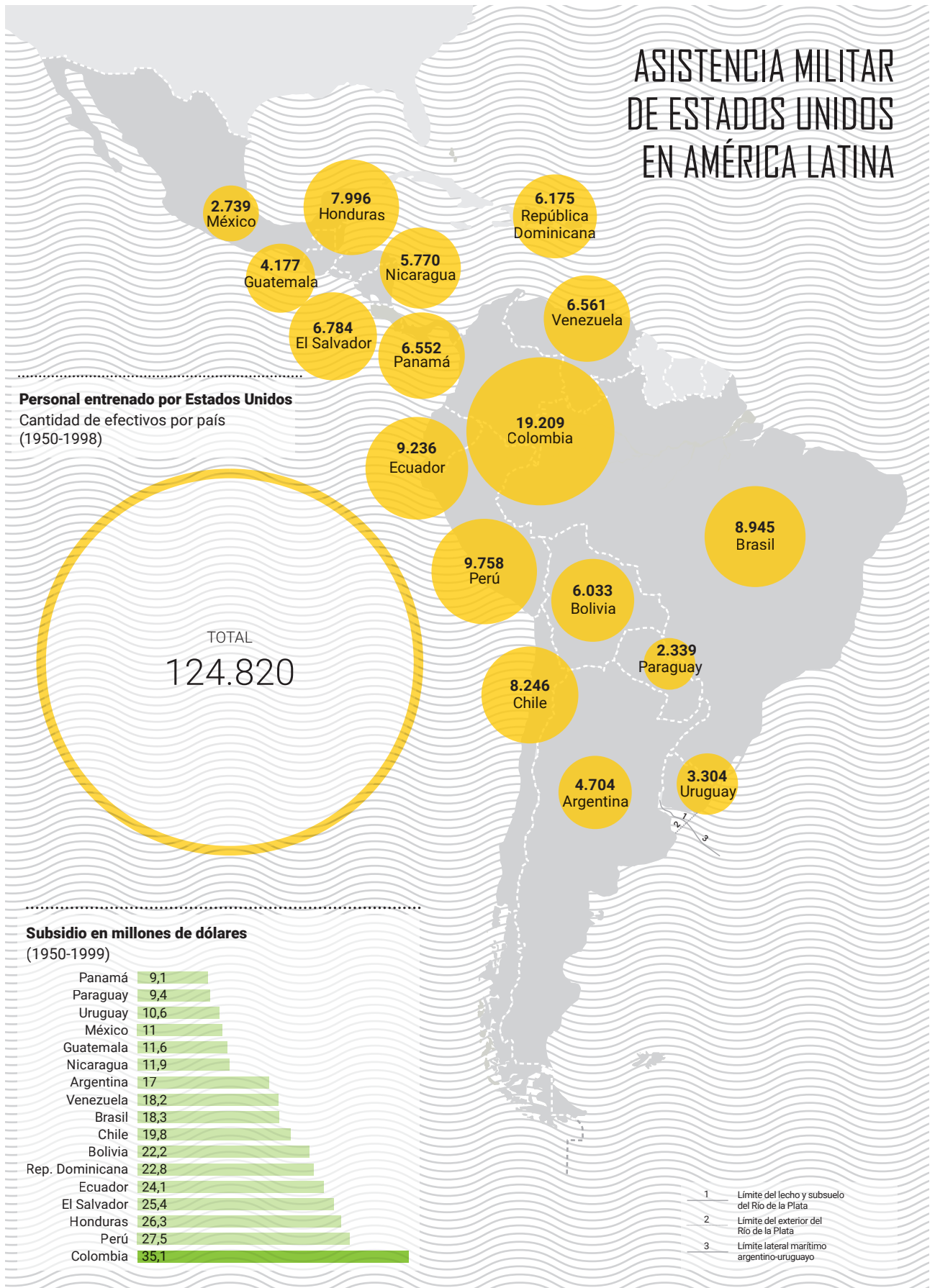
1. John Fischetti, *Ilustración sobre la Guerra Fría.*

2. John Fischetti, *Ilustración sobre la Revolución cubana.*



El caso de Guatemala, quizás una de las primeras víctimas de este esquema bipolar es un ejemplo de ello. El derrocamiento de Jacobo Árbenz en 1954, a través de un golpe de Estado instigado por la CIA y el Gobierno estadounidense, permitió observar las huellas de la Guerra Fría en la región. Un conjunto de medidas democráticas y nacionalistas, que incluía una reforma agraria que afectaba seriamente el enclave económico de la United Fruit Company, motivó la decisión norteamericana de acusar de «comunista» a dicho Gobierno y promover su derrocamiento, previo bombardeo sobre su población civil. Este acontecimiento fue un grito de advertencia de los Estados Unidos a los países del continente que pusieran en cuestión o desafiaran los planes norteamericanos. La Revolución cubana fue un punto de inflexión para la política exterior de los Estados Unidos hacia la región. El triunfo en enero de 1959, pero principalmente el alineamiento de Fidel Castro con la Unión Soviética





Mapa de elaboración propia sobre la base de la información presentada por Mazzei, 2003.

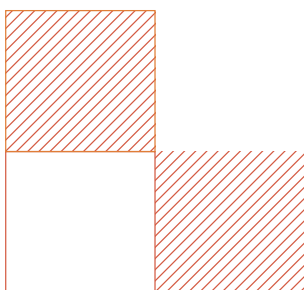
dos años más tarde, marcó el inicio oficial de la Guerra Fría en el continente. Hasta entonces, las autoridades norteamericanas trataron de trazar políticas diplomáticas que tendían a orientar e influir indirectamente las agendas de los países de América Latina; salvo los casos que consideraban amenazas directas e intervenían con más decisión como el guatemalteco. El TIAR y la OEA, más el propósito de capacitar y conducir a las Fuerzas Armadas latinoamericanas a través de la Junta Interamericana de Defensa (JID) y los Programas de Ayuda Militar (PAM), se inscriben en esta línea.

Tras la revolución, el Departamento de Estado y la CIA se vieron en la obligación de reorganizar sus estrategias para tener una presencia más directa y significativa. Si bien eran complementarias y no pocas veces simultáneas, se podían identificar dos niveles: el político-económico y el militar. En el primero, sin duda la «Alianza para el Progreso» implementada durante la administración de John F. Kennedy (1961-1963), fue el intento más significativo, aunque no el único; en el segundo, las políticas centrales estuvieron marcadas por la llamada doctrina de seguridad nacional.

Kennedy con Khrushchev en Viena.



En 1961 y bajo el gobierno de Kennedy, Estados Unidos intentó un acercamiento con las sociedades de América Latina mediante un programa de ayuda económica conocido como «Alianza para el Progreso». Se buscaba atender ciertas necesidades básicas mediante programas sociales, incentivos a la producción e incluso la posibilidad de ensayar una reforma agraria controlada. Sin embargo, este programa fracasó no solo por el asesinato de Kennedy, sino también por el bajo importe destinado, por las dudas sembradas en torno a si buscaba mejorar las condiciones de vida o —lo que era más factible— simplemente iba dirigido a contener el posible «efecto contagio» del «enemigo» comunista;



EL CONTEXTO MUNDIAL EN LOS AÑOS SESENTA





pero principalmente por la indiferente recepción de las burguesías locales, poco dispuestas a este tipo de reformas.

Los escasos resultados de dicho plan sumados al nuevo clima regional tras el explícito alineamiento de Cuba con la Unión Soviética y el episodio conocido como la «Crisis de los Misiles» en 1962 (donde la posibilidad de una guerra nuclear se trasladó a la zona del Caribe) volcó las preferencias por estrategias más directas y agresivas, ensayadas ya no solo en Guatemala, sino en la propia Cuba en octubre de 1961 con el intento de invasión en Bahía de Cochinos (conocida también como invasión de Playa Girón). Así, bajo las administraciones de Kennedy y de Lyndon B. Johnson (1963-1969), Estados Unidos comenzó a patrocinar los denominados «golpes preventivos», donde gobiernos democráticos eran derrocados por no alinearse por completo con la política exterior norteamericana o por ser acusados de cómplices o potenciales aliados de la Unión Soviética. Argentina y Perú (1962), Guatemala, Ecuador, Honduras (1963), Bolivia (1964), República Dominicana (invadida en 1965), Perú (1962-1963) y Panamá (1968) fueron ejemplo de ello (aunque en los dos últimos casos tomaron un camino que no era el deseado por la potencia del norte).

Mientras esto sucedía terminaba de delinearse una nueva doctrina: la doctrina de seguridad nacional, que junto con las Conferencias de Ejércitos Americanos (reuniones militares realizadas en territorio norteamericano con los altos mandos de las Fuerzas Armadas de América Central y el Cono Sur) comenzaron a dejar huellas visibles en muy poco tiempo. La proyección de los militares hacia la esfera política y hacia el control del Estado, su autonomización de las instituciones democráticas y una nueva hipótesis de conflicto donde el enemigo principal no era otro Estado nacional sino un «enemigo interno», que habitaba en la misma sociedad civil, trajeron consecuencias de profundo alcance para la historia regional.

La legitimidad ideológica que ofrecía la DSN a Estados Unidos para el uso de las dictaduras militares como medida de seguridad ante la amenaza «comunista» en la región era un hecho, tanto por la coordinación en la preparación de las Fuerzas Armadas bajo su tutela, cuanto por la localización de un «enemigo» de alcance tan vasto que siempre era fácil de hallar. Los años sesenta y setenta dieron cuenta así de un considerable aumento de la preparación militar de las Fuerzas Armadas latinoamericanas por parte de los Estados Unidos, donde la Escuela de las Américas en Panamá se transformó en la más recordada pero no la única institución encargada de ello.

REVOLUCIÓN Y CONTRAOFENSIVA IMPERIALISTA

La seguidilla de golpes cívico-militares no hizo más que acrecentar la radicalización política de vastos sectores de las sociedades latinoamericanas. En un contexto donde la democracia cayó en descrédito ante las continuas irrupciones castrenses, el fraude electoral, la proscripción partidaria y las crecientes represiones de los reclamos populares, era inevitable que esto sucediera. Fue así que la lucha armada y la multiplicación de grupos político-militares (también llamados guerrilleros) estuvo no pocas veces justificada y legitimada por sus promotores a partir de la presencia de las dictaduras locales que padecían. Por su parte, Estados Unidos y sus aliados en el continente manifestaban tener motivos suficientes para disciplinar a aquellos «transgresores»



que, según ellos, pusieran en riesgo la «democracia» y la «libertad», aunque de lo que se trataba realmente era de preservar sus intereses geopolíticos. Desde una simple huelga hasta la elección de un Gobierno tibiamente reformista y entusiasta con la posibilidad de un cambio; desde Gobiernos «populistas» hasta identificados con la izquierda revolucionaria, todos fueron considerados subversivos o enemigos de la sociedad «occidental y cristiana». Así, revolución y contrarrevolución parecieron transformarse en procesos indisociables.

A pesar de la mirada norteamericana que tendía a clasificar a las fuerzas políticas de manera binaria, en el caso de las izquierdas latinoamericanas existían grandes matices, y dos resultaban muy evidentes. Por un lado, aquellos que consideraban la lucha armada, principalmente el «foquismo», un camino legítimo para obtener un cambio e instaurar un Gobierno revolucionario; y por otro, aquellos que seguían optando por las vías pacíficas para forjar un nuevo orden social, vinculado con el ejercicio de la práctica electoral y la política parlamentaria.

DICTADURAS QUE RECIBIERON APOYO DE LOS ESTADOS UNIDOS

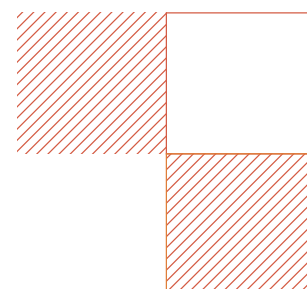


1. Dictadura en Chile.
2. Dictadura en Paraguay.
3. Dictadura en Argentina.
4. Dictadura en Guatemala.
5. Dictadura en El Salvador.

GUERRA DE GUERRILLAS: HACIENDO «FOCO» EN LA REVOLUCIÓN

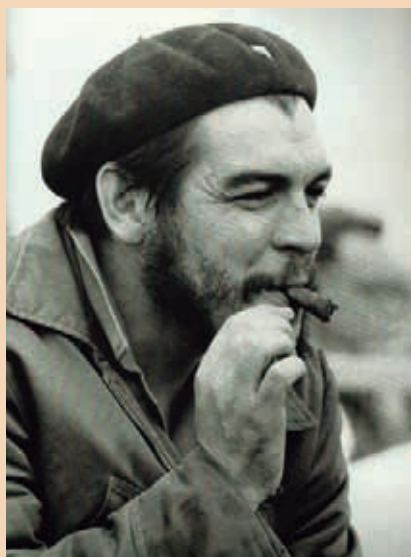
Ernesto «Che» Guevara sabía que en los países del tercer mundo con fuerte economía agraria, como sucedía en gran parte de América Latina, el sector campesino no solo era de los más numerosos, sino también de los más oprimidos. El grupo guerrillero debía actuar como un pequeño motor con la capacidad de activar política y militarmente al motor mayor: el pueblo. El foco insurrecto debía tejer vínculos con el pueblo para generar adhesión y consciencia, y dicha tarea no era fácil. Si bien las condiciones objetivas en lo político y económico eran visibles (dictaduras y opresión), las condiciones subjetivas eran más complejas. Por un lado, demostrar y convencer que la posibilidad de cambio era real, y por otro, lidiar contra el poder ideológico que las élites dominantes y su aliado norteamericano tuviesen en la sociedad. Ese pequeño motor, el foco guerrillero, debía actuar como el factor que generase la reacción de los demás elementos. Para ello, la creciente interacción entre la guerrilla y el pueblo (trabajadores, sindicatos, partidos, etc.) debía construirse en el propio camino hacia la revolución.

Bajo el lente guevarista, pero retomando una larga tradición antiimperialista, diversos grupos de izquierda o nacionalistas observaban que los sectores dominantes locales y las dictaduras a estos asociadas tenían detrás a un actor político aún mayor: el imperialismo norteamericano. Sobre la base de ello, un enemigo de escala mundial implicaba que la lucha y la estrategia debía ser de similar magnitud. Si bajo la doctrina de seguridad nacional Estados Unidos unificaba las fuerzas represivas del continente, de igual manera, los movimientos políticos revolucionarios creían en la necesidad de internacionalizar la resistencia con el objetivo de unir a los pueblos latinoamericanos y del «tercer mundo». Así fue como los distintos movimientos guerrilleros que proliferaron por el continente (inspirados en gran medida por el caso cubano) se pensaron como parte de un mismo colectivo. Sin embargo, no fueron pocas las organizaciones que copiaron un modelo de lucha pero con pobres resultados. Así como se le atribuía a aquellos partidos comunistas prosoviéticos el defecto de querer implantar un modelo que no tenía en cuenta la realidad de cada país para elaborar una estrategia política idónea, en muchos casos, las diversas organizaciones guerrilleras cometían el mismo error al considerar que las condiciones estaban dadas y que con solo dar inicio al foco la chispa encendería al pueblo. Atravesada por su modalidad (urbana, rural o ambas), por su estrategia ideológica (maoísta, procubana, popular o nacionalista), o simplemente por una actitud de rebeldía juvenil, la izquierda revolucionaria de la década de 1960 y comienzos de 1970 también estuvo signada por profundas contradicciones y fracasos.



«PRINCIPIOS GENERALES DE LA LUCHA GUERRILLERA», DE LA GUERRA DE GUERRILLAS, DE ERNESTO «CHE» GUEVARA (1960)

(SELECCIÓN DE FRAGMENTOS, CAPÍTULO 1)



Alberto Korda, «Che» comandante, 1960.

I. Esencia de la lucha guerrillera

La victoria armada del pueblo cubano sobre la dictadura batistiana ha sido, además del triunfo épico recogido por los noticieros del mundo entero, un modificador de viejos dogmas sobre la conducta de las masas populares de la América Latina, demostrando palpablemente la capacidad del pueblo para liberarse de un gobierno que lo atenaza, a través de la lucha guerrillera. Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son ellas: 1. Las faenas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3. En la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

De estas tres aportaciones, las dos primeras luchan contra la actitud quietista de revolucionarios o seudorevolucionarios que se refugian, y refugian su inactividad, en el pretexto de que contra el ejército profesional nada se puede hacer, y algunos otros que se sientan a esperar a que, en una forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias, sin preocuparse de acelerarlas. Claro como resulta hoy para todo el mundo, estas dos

verdades indubitables fueron antes discutidas en Cuba y probablemente sean discutidas en América también. Naturalmente, cuando se habla de las condiciones para la revolución no se puede pensar que todas ellas se vayan a crear por el impulso dado a las mismas por el foco guerrillero. Hay que considerar siempre que existe un mínimo de necesidades que hagan factible el establecimiento y consolidación del primer foco. Es decir, es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica. Precisamente, la paz es rota por las fuerzas opresoras que se mantienen en el poder contra el derecho establecido. En estas condiciones, el descontento popular va tomando formas y proyecciones cada vez más afirmativas y un estado de resistencia que cristaliza en un momento dado en el brote de lucha provocado inicialmente por la actitud de las autoridades. Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica. El tercer aporte es fundamentalmente de índole estratégica y debe ser una llamada de atención a quienes pretenden con criterios dogmáticos centrar la lucha



de las masas en los movimientos de las ciudades, olvidando totalmente la inmensa participación de la gente del campo en la vida de todos los países subdesarrollados de América. No es que se desprecie las luchas de masas obreras organizadas, simplemente se analiza con criterio realista las posibilidades, en las condiciones difíciles de la lucha armada, donde las garantías que suelen adornar nuestras constituciones están suspendidas o ignoradas. En estas condiciones los movimientos obreros deben hacerse clandestinos, sin armas, en la ilegalidad y arrojando peligros enormes; no es tan difícil la situación en campo abierto, apoyados los habitantes por la guerrilla armada y en lugares donde las fuerzas represivas no pueden llegar. Independientemente de que después hagamos un cuidadoso análisis, estas tres conclusiones que se desprenden de la experiencia revolucionaria cubana las apuntamos hoy a la cabeza de este trabajo por considerarlas nuestro aporte fundamental. La guerra de guerrillas, base de la lucha de un pueblo por redimirse, tiene diversas características, facetas distintas, aun cuando exista siempre la misma voluntad esencial de liberación. Es obvio —y los tratadistas sobre el tema lo han dicho sobradamente— que la guerra responde a una determinada serie de leyes científicas, y quien quiera que vaya contra ellas, irá a la derrota. La guerra de guerrillas, como fase de la misma, debe regirse por

todas ellas; pero por su aspecto especial, tiene, además, una serie de leyes accesorias que es preciso seguir para llevarla hacia adelante. Es natural que las condiciones geográficas y sociales de cada país determinen el modo y las formas peculiares que adoptará la guerra de guerrillas, pero sus leyes esenciales tienen vigencia para cualquier lucha de este tipo. Encontrar las bases en que se apoya este tipo de lucha, las reglas a seguir por los pueblos que buscan su liberación; teorizar lo hecho, estructurar y generalizar esta experiencia para el aprovechamiento de otros, es nuestra tarea del momento.

Analizado el modo operacional de la guerrilla, su forma de lucha y comprendiendo su base de masas solo nos resta preguntar: ¿Por qué lucha el guerrillero? Tenemos que llegar a la conclusión inevitable de que el guerrillero es un reformador social, que empuña las armas respondiendo a la protesta airada del pueblo contra sus opresores y que lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria.



En junio de 1959, el «Che» Guevara parte en un extenso recorrido por naciones africanas y asiáticas junto a Fidel Castro.



Obreros y campesinos en una concentración de Unidad Popular, 1970.

LA VÍA PACÍFICA AL SOCIALISMO

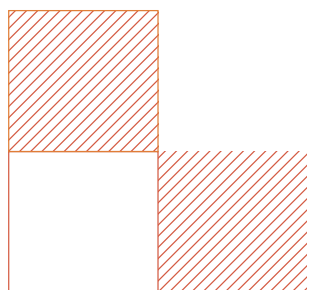
En la izquierda no todos avalaban la lucha armada como forma de obtener un cambio. Así, a la izquierda armada se le contraponía un sector que, reconociéndose también revolucionario, optaba por estrategias que excluían y criticaban no solo la estrategia del «foco» sino la viabilidad misma de la violencia como camino hacia el socialismo. En tal sector se destacaban aquellos partidos comunistas alineados con las directivas de la Unión Soviética en el marco de la III Internacional, agrupaciones trotskistas y partidos socialistas democráticos. Uno de los ejemplos relevantes y más exitosos fue el caso chileno. Si bien existió un importante grupo armado como el del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) que rechazó el «foquismo» y justificó el uso de las armas solo para la «autodefensa», en la década de 1970 el frente político denominado Unidad Popular, propiciado, entre otros, por el Partido Comunista y el Partido Socialista, llevó ese año a Salvador Allende a la presidencia de Chile, iniciándose lo que sus promotores calificaron como la «vía pacífica» al socialismo. Sin embargo, y como más adelante se analizará, lograr la estabilidad en el gobierno no fue sencillo. Lecturas disímiles de las propias fuerzas que integraban la UP acerca de la profundidad y el ritmo de las reformas a implementar, pero principalmente una derecha local que desde el primer día buscó abortar el proyecto de Allende, hicieron que en tres años el frente de izquierda se debilitase. Con la paralización de la economía por parte de grupos económicos, con las Fuerzas Armadas en un papel fuertemente opositor y con una activa embajada norteamericana en el armado de la coalición golpista, el modelo ensayado por la UP finalizó de la peor manera. Un sangriento golpe de Estado en septiembre de 1973, con la muerte de Salvador Allende mediante, pondría fin a la experiencia de la «vía pacífica» al socialismo, y abonaría más aquellos argumentos que propiciaban la lucha armada como el único camino posible para enfrentar a los poderes locales y la injerencia norteamericana.

Así como el derrocamiento de la conocida «primavera democrática» de Guatemala era considerado por Estados Unidos como la primera gran «lección» para todo aquel que buscase alterar el orden establecido bajo su tutela, en el caso de Allende el éxito de un gobierno socialista democrático podía significar un riesgo desestabilizador que Estados Unidos no estaba dispuesto a correr.

LA JUVENTUD Y LAS TRANSFORMACIONES EN LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Durante la década del 1960, un nuevo actor político-cultural irrumpió en la vida pública: la juventud. Aunque los jóvenes existieran siempre, no siempre hubo juventud; dicho fenómeno no está relacionado con un determinado momento biológico en la vida de un hombre o una mujer, sino que es el resultado de un proceso social marcado por determinadas estructuras sociales e históricas. Son jóvenes a su vez que compartían no solo la misma edad, sino un mismo contexto y una misma mirada del mundo que los convertía en sujeto político.

Los jóvenes de la década de 1950 y de 1960 crecieron lejos de las penurias económicas del periodo de entreguerras que sí enfrentaron sus padres y abuelos; por el contrario, les tocó atravesar la «edad de oro» del capitalismo en cuanto a crecimiento económico se refiere. El acceso al mercado masivo de los bienes



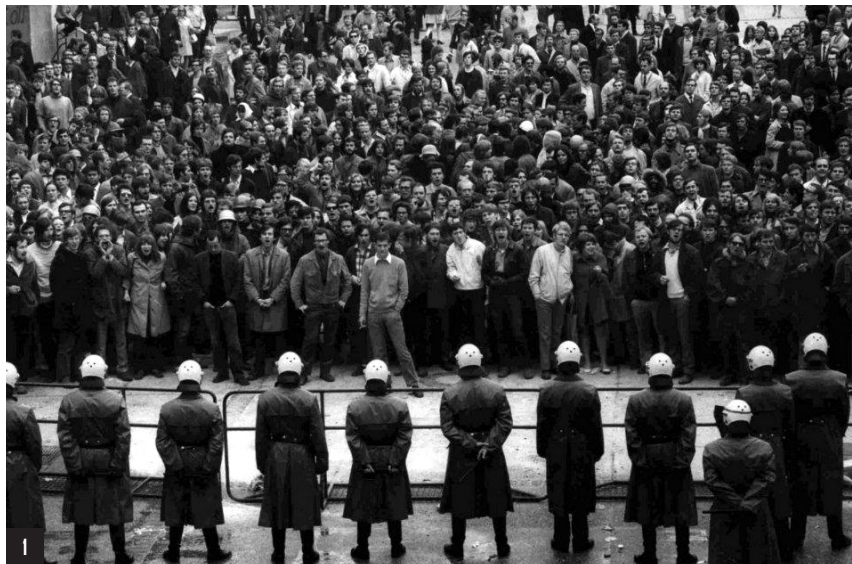
culturales, el aumento a niveles históricos de la matrícula secundaria y universitaria, y el rechazo a lo que consideraban una sociedad burguesa decadente y conformista fue gestando una cultura juvenil de masas que se mostró proclive al ejercicio de distintas formas de protesta social, política o cultural, que iban desde la directa participación en organizaciones políticas armadas o no armadas hasta la propuesta de una revolución en el comportamiento y en las costumbres establecidas.

A finales de la década del sesenta, la juventud, muchas veces junto a la clase trabajadora, fue protagonista de una seguidilla de protestas, de las cuales sin duda la más recordada es la del «Mayo Francés», pero también son destacables la «Primavera de Praga», el «Otoño Caliente» en Italia, el despertar antifranquista en España, las protestas en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam y por la ampliación de los derechos civiles.



Carmelo Carrá, *La révolution de Mai 1968, 1971.*

Mayo francés, 1968.



Las protestas con elevado protagonismo de la juventud, no solamente se hicieron presentes en Europa y Estados Unidos, puesto que también en América Latina se comenzaron a desarrollar manifestaciones similares. En la Ciudad de México ocurrió la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, en la Plaza de las Tres Culturas, donde una represión militar organizada directamente por el Gobierno mexicano se desató contra grupos estudiantiles críticos del sistema político. En 1969 Argentina vivió un hecho similar conocido como el «Cordobazo», que continuó con otros levantamientos populares, donde obreros y estudiantes conformaron una constelación de acontecimientos que ciertamente cuestionaron el orden establecido.

1. Mayo francés, 1968.
2. Matanza de Tlatelolco.
3. Leopoldo Méndez, *Paremos la agresión a la clase obrera. Ayude usted. A los huelguistas de Palau, Nueva Rosita y Cloete*, 1950.
4. Matanza de Tlatelolco.





5



6



7

5. Cordobazo.
6. Carmelo González Iglesias, *La Seudorepública y la Revolución*, 1960.
7. Cordobazo.

A finales de la década, la juventud se había convertido entonces en un actor relevante en América Latina. El arribo de los jóvenes a la esfera estrictamente política, estuvo marcado por el rechazo de un sistema político cerrado y autoritario. Comenzaron a conformarse así organizaciones guerrilleras al calor de un clima de ideas que combinaba registros de izquierda con las denominadas «Teología de la Liberación» y «Teoría de la Dependencia», ambas en auge por aquellos años; todo esto sumado al creciente prestigio que adquiriría la Revolución cubana con su particular estética juvenil brindada, entre otros, por la figura de Ernesto «Che» Guevara; al menos esa era la imagen que llegaba a no pocos países del continente. Así, se configuró un proceso de radicalización política, donde la acción directa y la violencia aparecían justificadas por sus autores como una «violencia desde abajo» que contraponía a la «violencia desde arriba» o, en clave cristiana, a la violencia de los oprimidos sobre los opresores.

Esta nueva izquierda se diferenció de la izquierda tradicional, formada básicamente a fines del siglo XIX y principios del XX por los partidos Socialista y Comunista. Se caracterizó por un enriquecimiento de enfoques que le permitió combinar una ruptura respecto del estalinismo —poco antes dominante dentro del marxismo en América Latina—, con una traducción de nuevos referentes teóricos, como el caso de Antonio Gramsci y Jean Paul Sartre. La experiencia del maoísmo en China, y las luchas anticolonialistas en Vietnam y Argelia fueron otras fuentes de reflexión e inspiración para repensar las revoluciones en el mundo «periférico».

Todas aquellas versiones que provenían o se acercaban al marxismo compartían un punto teórico que permitió el pasaje desde sus propios orígenes intelectuales —existencialismo, cristianismo liberacionista, nacionalismo— hacia las posiciones marxistas: el «humanismo», esto es, la concepción moderna del sujeto como portador y árbitro de sus propios significados y prácticas.

Por otro lado, las categorías de lo nacional-popular fueron acompañadas de una nueva propuesta: el socialismo pero de carácter nacional, entendido este como latinoamericano. En cada país la lucha revolucionaria tomó diferentes caminos: en algunas fue armada —mediante guerrillas urbanas o rurales—; en otros; mediante

Luis Peñalever Collazo, ¡América Latina, Únete! (detalle), 1960.



la vía democrática o a partir de tácticas insurreccionales. Pero más allá de las diferencias, la juventud como actor social y político irrumpió en el escenario de aquellas décadas, convirtiéndose en uno de los factores destacados.

LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN Y EL CATOLICISMO LIBERACIONISTA

En la Iglesia católica se produjeron en los años sesenta profundas transformaciones. La asunción del cardenal Ángel Roncalli como nuevo papa, impulsado por los cardenales franceses, el 28 de octubre de 1958 —quien será Juan XXIII— tuvo transcendencia mundial. Al poco tiempo de su elección, el 25 de enero de 1959, anunció la convocatoria para la organización de un concilio. Introdujo nuevas ideas en el Vaticano que movilizaron a la Iglesia Católica a producir una revolución en su interior; el objetivo era reunir a los obispos del mundo para revisar y reformar la Iglesia «hacia adentro y hacia fuera».

Juan XXIII en sus encíclicas *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963), expresó una apertura hacia las problemáticas sociales y denunció la pobreza y el subdesarrollo. Además, exhortó a la necesidad de progreso social, la participación de los trabajadores en la propiedad y la gestión de las empresas: condenó el enriquecimiento, el consumismo y la explotación. La advertencia a nuevas formas de colonialismo fue otra de las ideas presentes en el documento, denunciando la dominación económica, cultural y política convocando a las naciones ricas a realizar una «ayuda desinteresada a los países pobres». También inició una nueva etapa de diálogo con otros credos cristianos, favoreciendo las posturas ecuménicas.

El encuentro conciliar propuesto por el papa se realizó finalmente bajo el nombre de Concilio Vaticano Segundo (CVII) entre 1962 y 1965, y fue considerado un concilio pastoral ya que consideraba la misión como temática primordial. Tal como afirma Smith, se propuso dialogar con el mundo moderno y sus conquistas: la libertad (conciencia, religión, pensamiento), la autonomía de las realidades humanas, la unidad de la historia humana, el desafío de las otras iglesias y religiones, el diálogo, el pluralismo y la secularidad. Paulo VI (1963-1978) profundizó aún más los postulados de Juan XXIII. En 1965 dio a conocer la constitución pastoral «*Gaudium et spes*», que recogía los posicionamientos del CVII. En ella, por ejemplo, se sentaba la posición sobre la relación de los fieles con los ateos. En él se afirmaba que «todos los hombres creyentes y no creyentes deben colaborar en la edificación del mundo en el que viven en común. Esto no puede hacerse sin un producente y sincero diálogo» (Constitución pastoral *Gaudium et spes* de Juan XXIII). En este marco, el Vaticano recibió en 1966 al ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Andrei Gromyko y al año siguiente al presidente Nikolai Podgorny. El diálogo propuesto con el marxismo tuvo repercusión, en particular en América Latina y en otras las regiones del tercer mundo, donde gran parte de la juventud se acercaba a postulados marxistas pero bajo otros influjos ideológicos. El 26 de marzo de 1967 Paulo VI promulgó la encíclica *Populorum Progressio*, donde se afirmaba: «cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, y también toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana. Sin embargo, como es sabido, las insurrecciones y las revoluciones —salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona



Angelo Roncalli.



Juan XXIII.



Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini, Paulo VI.

y dañase peligrosamente el bien común del país— engendran nuevas injusticias, introducen nuevos desequilibrios y excitan a los hombres a nuevas ruinas. En modo alguno se puede combatir un mal real si ha de ser a costa de males aún mayores». En este marco se fue construyendo el discurso que planteaba que la «violencia estructural» o «de arriba» generaba la «violencia de abajo», que respondía a la injusticia del sistema y por ende, era un arma legítima de lucha en la búsqueda de la igualdad social y la recuperación de la dignidad de los pueblos.

Antes del CVII en América Latina se habían producido algunos hechos que evidenciaron las transformaciones en el seno de la Iglesia católica. Tal es el caso de la creación de la Comisión Episcopal de América Latina (1955) en el marco de la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Río de Janeiro; y el desarrollo de la pastoral de Helder Câmara y Manuel Larrain. En estos años,

Adolfo Pérez Esquivel, Vía crucis latinoamericano, 1992.



en el continente se encontraba en un importante empuje misionero, pero una exigua producción teológica. La participación de los obispos latinoamericanos en CVII si bien no fue notoria, tuvo una gran repercusión. Una vez publicados y difundidos los documentos conciliares, el episcopado comenzó un proceso de difusión y reflexión, una recepción creativa que no se limitó a intentar cumplir los preceptos dados, sino que los leyó desde la realidad del continente oprimido.

Si el CVII había afirmado que la Iglesia es la que está en el mundo, y no viceversa, en América Latina se comenzó a afirmar que la Iglesia estaba en el mundo de los *pobres*. La salvación fue entendida como un proceso de liberación integral que necesitaba de mediaciones tales como las económicas, políticas, culturales, pedagógicas, etc. Si el CVII había planteado como objetivo la promoción humana, en América Latina se avanzaría hacia la prédica de la liberación de los oprimidos. El Concilio había condenado moralmente la pobreza del mundo pero en la teología latinoamericana liberacionista se le dio contenido político a la pobreza afirmando que no era natural, sino producida por mecanismos económicos y sociopolíticos que generaban las injusticias. En este sentido, la misión de todo cristiano era entonces luchar por una sociedad de justicia. En cuanto a la definición del pecado, también se realizó una relectura ya que se especificó que poseía un carácter social y estructural. La Iglesia del pueblo presentada en el CVII se definió en América, como la Iglesia de



Helder Câmara, obispo brasileño.

los pobres y la misión pastoral debía estar orientada al compromiso con la liberación de los oprimidos.

Esta renovación se expresó en una fuerte creatividad teológica. A diferencia de la década anterior donde las producciones habían sido escasas, proliferaron estudios sobre diferentes temáticas teológicas. Se comenzaron a realizar reuniones, a abrir espacios de debate donde se buscaba una experiencia eclesial novedosa, que tiene como pilar al pobre y como interrogante la búsqueda de nuevas formas de caridad. En la reunión X del CELAM (Mar del Plata, 1966), Helder Câmara afirma: «La meta por alcanzar es la de un ser humano libre y consciente, en una progresiva liberación de mil servidumbres, para que pueda crecer su libertad fundamental: ser libre hasta poder liberarse de sí mismo y poder darse a los demás».

Este proceso se profundiza luego de la publicación de CVII y de la publicación la encíclica *Populorum progressio*, cuando en 1967 se da conocer el «Mensaje a los pueblos del Tercer Mundo», impulsado por Helder Câmara y firmado por dieciocho obispos de América Latina, Asia y África. En él, se denunciaba la situación de explotación y dominación de sus pueblos responsabilizaban a los países industrializados de esta realidad y se convocaba a la lucha por la liberación de los pueblos oprimidos.

Como resonancia de estas transformaciones, la CELAM convocó un Concilio Plenario Latinoamericano, a partir del reconocimiento de la necesidad de la formación del clero para profundizar la cristianización y el compromiso con los más pobres del continente. Nació así la Conferencia Episcopal de Medellín, con el objetivo de discutir las reflexiones del Concilio desde la realidad de América Latina: «nuestra reflexión se encaminó hacia la búsqueda de una nueva y más intensa presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II», tal como lo afirmaría luego la misma Conferencia.

El Episcopado Latinoamericano se reunió en 1968 en Medellín, Colombia, donde se denunció la situación de pobreza y opresión en América Latina, a la que calificó como «violencia institucionalizada». Su consigna fue «La Iglesia del Concilio a la luz de la actual transformación de América Latina». Convocó a los cristianos al compromiso político y social para la transformación de esta situación. Medellín discutió las conclusiones del Concilio redefiniendo sus postulados desde un continente caracterizado por la pobreza y la injusticia estructural. Se propuso relacionar la fe con los problemas concretos de Latinoamérica. Anunció que la opción por el evangelio debía ser una opción por los pobres y por el pueblo oprimido, sujeto de su evangelización y liberación. Estos cambios fueron acompañados por el surgimiento de una nueva teología, llamada luego de la publicación del libro de Gustavo Gutiérrez, «Teología de la Liberación. Perspectivas» (1971). Cristalizó las búsquedas y los esfuerzos teológicos de los años sesenta y constituyó un hito, ya que sistematizó una nueva manera de pensar y hacer teología y práctica pastoral. El libro «Teología de la Liberación» fue el comienzo de una reflexión sistematizada de las problemáticas sociales a la luz del evangelio y la realidad regional. Esta obra parte de una pregunta central: «Hablar de una TL es buscar una respuesta al interrogante: ¿qué relación hay entre la salvación y el proceso histórico de liberación del hombre?». En este marco, se redefine el modo de hacer teología, se plantea que consiste en la «reflexión crítica de la praxis histórica a la luz de la Palabra», lo cual brindó una nueva perspectiva hermenéutica. Estos cambios convocaron a miles de jóvenes a sumarse, desde la militancia cristiana, a la lucha política contra las dictaduras y los regímenes que oprimían a los pueblos de América Latina.



La conversión de Monseñor Romero.



El sacerdote Camilo Torres en el Ejército de Liberación Nacional, Colombia.

MANIFIESTO DE OBISPOS DEL TERCER MUNDO 15 DE AGOSTO DE 1967

(...)

Frente a los movimientos que actualmente sublevan a las masas obreras y campesinas del tercer mundo algunos obispos, pastores de estos pueblos, dirigen este mensaje a sus sacerdotes, a sus fieles y a todos los hombres de buena voluntad. Esta carta prolonga y adapta la encíclica sobre el desarrollo de los pueblos.

Desde Colombia y Brasil hasta Oceanía y China, pasando por el Sahara, Yugoslavia y el Medio Oriente, la luz del Evangelio esclarece las preguntas que, casi siempre las mismas, son planteadas por todas partes.

En el momento en que los pueblos y las razas pobres, toman conciencia de sí mismos y de la explotación de la cual todavía son víctimas, este mensaje dará valor a todos los que sufren y luchan por la justicia, condición indispensable de la paz.



Helder Câmara en 1974.

(...)

2. Nuestras Iglesias situadas en el tercer mundo se ven mezcladas en el conflicto en el que se enfrentan ahora no solo Oriente y Occidente, sino los tres grandes grupos de pueblos: las potencias occidentales enriquecidas en el siglo pasado, dos grandes países comunistas transformados en grandes que buscan todavía cómo escapar del dominio de los grandes y desarrollarse libremente. Incluso dentro de naciones desarrolladas, ciertas clases sociales, ciertas razas o ciertos pueblos no han obtenido todavía el derecho a una vida verdaderamente humana. Un empuje irresistible lleva a estos pueblos pobres hacia su promoción para liberarse de todas las fuerzas de opresión. Si bien la mayoría de las naciones han logrado conquistar su libertad política, son todavía raros los pueblos económicamente libres. Son igualmente raros aquellos donde reina la igualdad social, condición indispensable de una verdadera fraternidad, ya que la paz no puede existir sin justicia. Los pueblos del tercer mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados por los grandes y amenazados en su existencia misma por los que, solo por ser los más fuertes, se arrojan el derecho de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos. Ahora bien, nuestros pueblos no son ni menos honestos ni menos justos que los grandes de este mundo.

3. En la evolución actual del mundo, las revoluciones se han producido o se están produciendo. Ello no tiene nada de sorprendente. Todos los poderes ya establecidos han nacido en una época más o menos lejana de una revolución, es decir, de una ruptura con un sistema que ya no aseguraba el bien común, y de la instauración de un nuevo orden más apto para procurarlo. No todas las revoluciones son necesariamente buenas. Algunas no son más que revueltas palaciegas y no producen más que cambios de opresión del pueblo. Algunas hacen más mal que bien, «engendrando nuevas injusticias» (*Populorum progressio*). El ateísmo y el colectivismo a los cuales ciertos movimientos creen deber ligarse, son peligros graves para la humanidad. Pero la historia muestra que ciertas revoluciones eran necesarias y se han desprendido de su antirreligión momentánea produciendo buenos frutos. Ninguna lo prueba más que la que en 1789 en Francia permitió la afirmación de los derechos del hombre (cf. *Pacem in terris*). Muchas de nuestras naciones han debido, o deben, operar con estos cambios profundos. ¿Cuál debe ser la actitud de los cristianos y de las iglesias frente a esta situación? Paulo VI ya ha esclarecido nuestro camino por medio de la encíclica sobre el progreso de los pueblos (*Populorum progressio*).

(...)



DENUNCIAR LA INJUSTICIA

8. En cuanto a lo que la Iglesia tiene de esencial y de permanente, es decir, su fidelidad y su comunión con Cristo en el Evangelio, nunca es solidaria de ningún sistema económico, político y social. En el momento en que un sistema deja de asegurar el bien común en beneficio del interés de unos cuantos, la Iglesia debe no solamente denunciar la injusticia sino además separarse del sistema inicuo, presta a colaborar con otro sistema mejor adaptado a las necesidades del tiempo, y más justo.

9. Esto vale para los cristianos, así como para sus jefes jerárquicos y para las iglesias. En este mundo nosotros no tenemos ciudades permanentes, ya que nuestro jefe Jesucristo quiso sufrir fuera de la ciudad (Hb 13, 12-14). Que nadie de nosotros permanezca vinculado a los privilegios o al dinero, sino que esté listo a «poner sus bienes en común... ya que en estos sacrificios encuentra Dios placer» (Hb 13, 16). Incluso si no hemos sido capaces de hacerlo de buen grado y por amor, sepamos por lo menos reconocer, la mano de Dios que nos corrige como hijos en los acontecimientos que nos obligan a este sacrificio (Hb 12, 5).

10. Nosotros no juzgamos ni condenamos a nadie de los que frente a Dios han creído o creen deber exiliarse para salvaguardar su fe o la de sus descendientes. Los únicos que deben ser condenados con energía son los que expulsan a las poblaciones

oprimiéndolas material o espiritualmente, o tomando sus tierras.

Los cristianos y sus pastores deben permanecer en el pueblo, sobre la tierra que es suya. La historia muestra que no es bueno a largo plazo que un pueblo se exilie lejos de su tierra y se refugie en otra parte. Se debe, o bien defender su tierra contra un extranjero agresor injusto, o aceptar los cambios del régimen que se imponen en su país. Es una falta de los cristianos no ser solidarios de su país y de su pueblo en el momento de la prueba, sobre todo si dichos cristianos son ricos y huyen en realidad solamente para salvar su riqueza y sus privilegios. Ciertamente una familia o una persona puede estar obligada a emigrar para buscar trabajo conforme al derecho de emigración (cf. *Pacem in terris*). Pero los éxodos masivos de cristianos pueden causar situaciones lamentables. Es sobre su tierra, en su pueblo, donde los cristianos son llamados normalmente por Dios para realizar su vida en solidaridad con sus hermanos de alguna religión, cualquiera que esta sea, para ser ellos los testigos del amor que Cristo tiene a todos.

11. En cuanto a nosotros, sacerdotes y obispos, tenemos el deber más apremiante todavía de permanecer en nuestro lugar, ya que somos los vicarios del Buen Pastor, que lejos de huir como los mercenarios en el momento de peligro, permanece en medio de la multitud listo a dar su vida por los suyos (Jn 10, 11-18). Si Jesús ordenó a sus apóstoles pasar

de ciudad en ciudad (Mt 10, 23), es únicamente en el caso de persecución personal a causa de la fe; esto es diferente de los casos de guerra o de revolución que conciernen a todo un pueblo con el cual debe sentirse solidario el pastor. Este debe permanecer en el pueblo. Si todo el pueblo decidiera exiliarse, el pastor podría seguir a la multitud. Pero él no puede salvarse solo, ni con una minoría de aprovechados o de miedosos.

(...)

HACIA EL SOCIALISMO

14. Teniendo en cuenta ciertas necesidades para ciertos progresos materiales, la Iglesia desde hace un siglo, ha tolerado al capitalismo con el préstamo a interés legal y sus otros usos poco conformes con la moral de los profetas y del Evangelio. Pero ella no puede más que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de esta moral. Tocaré a los cristianos de mañana, según la iniciativa de Paulo VI, reconducir a sus verdaderas fuentes cristianas estas corrientes de valores morales que son la solidaridad, la fraternidad (cf. *Ecclesiam suam*). Los cristianos tienen el deber de mostrar «que el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido, en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental». Lejos de contrariarse con él, sepamos adherirlo con alegría, como a una forma de vida social mejor adaptada a nuestro tiempo

y más conforme con el espíritu del Evangelio. Así evitaremos que algunos confundan Dios y la religión con los opresores del mundo de los pobres y de los trabajadores, que son, en efecto, el feudalismo, el capitalismo y el imperialismo. Estos sistemas inhumanos han engendrado a otros que, queriendo liberar a los pueblos, oprimen a las personas si estos otros sistemas caen dentro del colectivismo totalitario y la persecución religiosa. Pero Dios y la verdadera religión no tienen nada que ver con las diversas formas del Mammón de la iniquidad. Al contrario, Dios y la verdadera religión están siempre con los que buscan promover una sociedad más equitativa y fraternal entre todos los hijos de Dios en la gran familia humana.

(...)

DIOS NO QUIERE POBRES

19. El pueblo tiene hambre de verdad y de justicia, y los que han recibido el cargo de instruirlo y educarlo deben hacerlo con entusiasmo. Algunos errores deben ser disipados con urgencia: no, Dios no quiere que haya ricos que aprovechen los bienes de este mundo explotando a los pobres. No, Dios no quiere que haya pobres siempre miserables. La religión no es el opio del pueblo. La religión es una fuerza que eleva a los humildes y rebaja a los orgullosos, que da pan a los hambrientos y hambre a los hartos. Ciertamente Jesús nos previno que siempre habría

pobres entre nosotros (Jn 12, 8), pero es porque siempre habrá ricos para acaparar los bienes de este mundo y de igual manera ciertas desigualdades debidas a las diferencias de capacidades y a otros factores inevitables. Pero Jesús nos enseña que el segundo mandamiento es igual al primero, ya que no se puede amar a Dios sin amar a sus hermanos los hombres. El nos previene que todos los hombres seremos juzgados por una sola frase: «Tuve hambre y me disteis de comer... Yo era aquel que tenía hambre» (Mt. 25, 31-46). Todas las grandes religiones y sabidurías de la humanidad hacen eco de esta frase. Así el Corán anuncia la última prueba a la que son sometidos los hombres en el momento del juicio de Dios: «¿Cuál es esta prueba? La de redimir a los cautivos, de alimentar durante la carestía al huérfano... o al pobre dormido en el suelo... y de hacerse una ley de la misericordia» (Sour, 90, 11-18).

BASTA DE EXPLOTADORES

20. Nosotros tenemos el deber de compartir nuestro pan y todos nuestros bienes. Si algunos pretenden acaparar para ellos mismos lo que es necesario a los otros, entonces es un deber de los poderes públicos imponer el reparto que no se hace de buen grado. El papa Paulo VI lo recuerda en su última encíclica: «El bien común exige a veces la expropiación, si, a causa de su extensión, de su explotación débil o nula, de la

miseria que de ello resulta para las poblaciones, del daño considerable causado a los intereses del país, ciertos dominios son obstáculos para la seguridad colectiva. Al afirmarlo con claridad, el Concilio ha recordado no menos claramente que la renta imponible no está abandonada al libre capricho de los hombres, y que las especulaciones egoístas deben ser suprimidas. Ya no podrá permitirse que los ciudadanos provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y la actividad nacionales, transfieran una parte considerable al extranjero para su beneficio personal, sin preocuparse, del daño que hacen sufrir por ello a su patria» (*Populorum progressio*). No se puede admitir tampoco que los ricos extranjeros vengán a explotar a nuestros pueblos pobres bajo el pretexto de hacer comercio o industria, como no puede tolerarse que algunos ricos exploten a su propio pueblo. Esto provoca la exasperación de los nacionalismos siempre lamentables, opuestos a una verdadera colaboración de los pueblos.

21. Lo que es verdadero para los individuos lo es para las naciones. Por desgracia, actualmente ningún Gobierno verdaderamente mundial puede imponer la justicia entre los pueblos y repartir equitativamente los bienes. El sistema económico en vigor actualmente permite a las naciones ricas seguir enriqueciéndose aunque incluso ayuden un poco a las naciones pobres, que proporcionalmente se empobrecen. Estas tienen el deber de



exigir, por todos los medios legítimos a su alcance, la instauración de un Gobierno mundial, en el que todos los pueblos sin excepción estén representados, y que sea capaz de exigir, incluso hasta imponer una repartición equitativa de bienes, condición indispensable para la paz (cf. *Pacem in terris y Populorum progressio*).

22. En el interior mismo de cada nación, los trabajadores tienen el derecho y el deber de unirse en verdaderos sindicatos con el fin de exigir y defender sus derechos: justo salario, licencias pagadas, seguridad social, viviendas familiares, participación en la gestación de la empresa... No es suficiente que estos derechos sean reconocidos sobre el papel por las leyes. Estas leyes deben ser aplicadas y corresponde a los Gobiernos ejercer sus poderes en este terreno para servicio de los trabajadores y los pobres. Los Gobiernos deben abocarse a hacer cesar esa lucha de clases que, contrariamente a lo que de ordinario se sostiene, han desencadenado los ricos con frecuencia y continúan realizando contra los trabajadores, explotándolos con salarios insuficientes y condiciones inhumanas de trabajo. Es una guerra subversiva que desde hace mucho tiempo lleva a cabo taimadamente el dinero a través del mundo, masacrando a pueblos enteros. Ya es tiempo de que los pueblos pobres, sostenidos y guiados por sus gobiernos legítimos, defiendan eficazmente su derecho a la vida. Dios se reveló a Moisés diciendo: «He visto la miseria de mi

pueblo; he escuchado el grito que le arrancan sus explotadores... Y he resuelto liberarlo» (Ex 3, 7-8). Jesús tomó sobre sí a toda la humanidad para conducirla a la Vida Eterna, cuya preparación terrenal es la justicia social, primera forma del amor fraternal. Cuando Cristo, por medio de su resurrección libera a la humanidad de la muerte, conduce todas las liberaciones humanas a su plenitud eterna.

23. De esta manera dirigimos a todos esta frase del Evangelio que algunos de entre nosotros dirigieron el año pasado a su pueblo con esta misma inquietud y animados por esta misma esperanza de todos los pueblos del tercer mundo: «Nosotros os exhortamos a permanecer firmes e intrépidos, como fermento evangélico en el mundo del trabajo, confiados en la palabra de Cristo: «Poneos de pie y levantad la cabeza, pues vuestra liberación está próxima» (Lc 21, 28).

Firmantes:

Helder Câmara, arzobispo de Recife, Brasil. Jean-Baptiste Da Mota e Albuquerque, arzobispo de Victoria, Brasil. Luis Gonzaga Fernandes, auxiliar de Victoria, Brasil. Georges Mercier, obispo de Laghouat, Sahara, Argelia. Michel Darmancier, obispo de Wallis et Futuna, Oceanía. Armand Hubert, vicario apostólico, Heliópolis, Egipto. Angel Cuniberti, vicario apostólico de Florencia, Colombia. Severino Mariano de Aguiar, obispo de Pesqueira, Brasil. Frank Franic, obispo de Split, Yugoslavia.

Francisco Austregesilo de Mesquita, obispo de Afogados de Ingazeira, Brasil. Gregoire Haddad, obispo melquita auxiliar de Beiruth. Líbano. Manuel Pereira de Costa, obispo da Campiña Grande, Brasil. Charles Van Melckebeke obispo de Ning Hsia (China), visitador apostólico en Singapur. Antonio Batista Frago, obispo de Crateus, Brasil. Etienne Loosdregt, obispo de Vicentiane, Laos. Jacques Grent, obispo de Tual, Maluku, Indonesia. David Picao, obispo de Santos, Brasil.

FRAGMENTOS DE LOS DOCUMENTOS FINALES DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL REUNIDA EN MEDELLÍN EN 1968



La Iglesia latinoamericana, reunida en la Segunda Conferencia General de su Episcopado, centró su atención en el hombre de este continente, que vive un momento decisivo de su proceso histórico. De este modo ella no se ha «desviado» sino que se ha «vuelto» hacia el hombre, consciente de que «para conocer a Dios es necesario conocer al hombre».

La Iglesia ha buscado comprender este momento histórico del hombre latinoamericano a la luz de la Palabra, que es Cristo, en quien se manifiesta el misterio del hombre. Esta toma de consciencia del presente se torna hacia el pasado. Al examinarlo, la Iglesia ve con alegría la obra realizada con tanta generosidad y expresa su reconocimiento a cuantos han trazado los surcos del Evangelio en nuestras tierras, aquellos que han estado activa y caritativamente presentes en las diversas culturas, especialmente indígenas, del continente; a quienes viven prolongando la tarea educadora de la Iglesia en nuestras ciudades y nuestros campos. Reconoce también que no siempre, a lo largo de su historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios. Al mirar el presente comprueba gozosa la entrega de muchos de sus hijos y también la fragilidad de sus propios mensajeros. Acata el juicio de la historia sobre esas luces y sombras, y quiere asumir plenamente la responsabilidad histórica que recae sobre ella en el presente.

América Latina está evidentemente bajo el signo de la transformación y el desarrollo. Transformación que,

además de producirse con una rapidez extraordinaria, llega a tocar y conmover todos los niveles del hombre, desde el económico hasta el religioso.

Esto indica que estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva. Percibimos aquí los preñados en la dolorosa gestación de una nueva civilización. No podemos dejar de interpretar este gigantesco esfuerzo por una rápida transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación. No podemos dejar de descubrir en esta voluntad cada día más tenaz y apresurada de transformación, las huellas de la imagen de Dios en el hombre, como un potente dinamismo. Progresivamente ese dinamismo lo lleva hacia el dominio cada vez mayor de la naturaleza, hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal y también hacia un encuentro con Aquel que ratifica, purifica y ahonda los valores logrados por el esfuerzo humano.

Nuestra reflexión se encaminó hacia la búsqueda de una nueva y más intensa presencia de la iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II, de acuerdo al tema señalado para esta Conferencia.

(...)

La Iglesia latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres

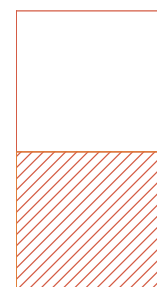
que, en este continente, tienen «hambre y sed de justicia». El mismo Dios que crea al hombre a su imagen y semejanza, crea la «tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados puedan llegar a todos, en forma más justa», y le da poder para que solidariamente transforme y perfeccione el mundo. Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, en una palabra, la injusticia y el odio que tienen su origen en el egoísmo humano.

LA REVOLUCIÓN CUBANA

La historia cubana no puede explicarse ni entenderse sin prestar atención a la de los Estados Unidos. Desde el nacimiento de Cuba como país independiente, los destinos de ambas naciones estuvieron entrecruzados. En 1901, luego de la guerra y posterior declaración de independencia (1898), el país del norte ya auspició incluir en la Constitución cubana la «Enmienda Platt», la cual legitimaba su derecho a controlar la política exterior del país e intervenir «para proteger la vida, la libertad y los bienes de sus conciudadanos», además de habilitar el establecimiento de una base militar en la zona de Guantánamo.

En cuanto a su economía, Cuba no escapó al destino de los demás países del Caribe que se insertaban en el comercio internacional como exportadores de productos primarios. Así, en las últimas décadas del siglo XIX desarrolló un capitalismo dependiente, centrado en la agricultura (que algunos describieron como «economía de enclave») en la cual el cultivo de caña de azúcar era su principal producto y el que aportaba el 80 % de los recursos del Estado. El alto desempleo, tanto estacional cuanto estructural, de elevados contingentes de trabajadores formaba parte del paisaje cotidiano del país. También al igual que otros países del Caribe, las inversiones norteamericanas llevaron a que empresarios estadounidenses fuesen propietarios de los ferrocarriles, de las principales centrales azucareras, de los latifundios cañeros, de las refinerías, de las empresas telefónicas, de los grandes comercios y otras unidades productivas vitales para el funcionamiento de la economía. Con este panorama era claro que los Estados Unidos poseían una fuerte influencia política y económica.

El ciclo de Gobiernos «amigos» de los Estados Unidos se interrumpió con la caída de Gerardo Machado, uno de los tantos dictadores latinoamericanos apoyados por esta potencia. Producto de las consecuencias de la crisis mundial de 1929 (que dejó al descubierto la fragilidad de la economía cubana), de una importante insurrección popular protagonizada por numerosas organizaciones opositoras (sin duda la más relevante fue el Directorio Estudiantil Universitario, aunque también se destacó el activismo de Julio Antonio Mella —asesinado por encargo de la dictadura— y de una escalada huelguística que protagonizó el movimiento obrero, Machado fue desplazado en 1933 por un nuevo Gobierno, cuyas banderas centrales fueron las reformas democráticas y sociales, y donde se destacaban las figuras de Ramón Grau San Martín y Antonio Guiteras. No obstante, las disensiones internas y el hostigamiento de los Estados Unidos abrieron un período de inestabilidad que fue aprovechado por un militar que en los años posteriores se convirtió en la figura central de la política local: Fulgencio Batista. En 1940 fue elegido por primera vez para ejercer la presidencia, cargo que ocupó hasta 1944. Durante estos años, y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, obtuvo el apoyo del Partido Comunista en tanto que, acatando directivas de la III Internacional Comunista, fue catalogado como un gobernante antifascista. Sin embargo, a pesar de los apoyos recolectados, el candidato de Batista perdió las siguientes elecciones. En el clima del crecimiento económico de posguerra, el nuevo ciclo de los gobiernos democráticos de Grau San Martín y de Prío Socarrás fueron testigos de una masiva llegada de inversiones norteamericanas con el fin de «modernizar» ciertos sectores de la economía cubana, incluidos los industriales, fortaleciendo así los tradicionales lazos de dependencia, pero también generando el crecimiento de un movimiento sindical para nada desdeñable.



No obstante, ambos mandatarios no lograron contar con apoyos sociales que les permitiesen estabilizarse. Del interior del mismo Gobierno comenzó a organizarse una oposición a partir de la aparición del Partido Ortodoxo, agrupación que contó con el importante liderazgo de Eduardo Chibás y donde Fidel Castro, por entonces un joven estudiante de derecho, creció en la política cubana. Dicho partido alcanzó una considerable adhesión popular a partir de las denuncias de corrupción imperantes en el sistema político, adhesión que creció aún más tras el suicidio de Chibás en 1951, luego de brindar un impactante discurso radiofónico. El crecimiento fue tal que en 1952 el partido contaba con posibilidades ciertas de ganar las elecciones. Para evitarlo, un golpe militar apoyado por los Estados Unidos llevó nuevamente a Batista al poder, inaugurando una dictadura marcada por la extrema violencia y la represión de sus opositores.

Frente a esta, como antes había sucedido con Machado, se gestó un amplio y heterogéneo movimiento opositor con fuerte apoyo popular; allí se destacó el Movimiento 26 de Julio. Conformado en 1955 y aún lejos de un ideario socialista, en su programa inicial se destacaban las denuncias acerca de la ilegalidad de la dictadura de Batista (cierto es que admitía el uso de las armas como derecho legítimo ante un gobierno que no lo era), un antiimperialismo de tradición martiana y un nacionalismo cubano que recuperaba las luchas históricas de su pueblo. Su conductor, Fidel Castro, era para ese entonces una figura reconocida no solo por su trayectoria en el Partido Ortodoxo sino porque el 26 de julio de 1953 organizó un intento de ocupación del Cuartel Moncada, que si bien fracasó y terminó siendo arrestado, en el juicio al que fue sometido ejerció su propia defensa, dando cuenta de su excelente capacidad oratoria al pronunciar un famoso alegato que pasó a ser conocido por su frase final: «La historia me absolverá». Una vez liberado, desde el exilio en México planificó nuevamente la resistencia contra la dictadura. Para esta época Castro proponía, según nos describe Fernando Mires, una alianza entre pobres del campo y la ciudad, campesinado pequeño propietario y sin tierras, subproletariado agrícola, proletariado industrial, fracciones de las capas medias y de la pequeña burguesía; a fin de cuentas, una alianza de todas las clases subalternas de la sociedad, pero sin la hegemonía de ninguna en particular.

En diciembre de 1956, en un marco de conflictividad social creciente, Castro y su grupo iniciaron una expedición a bordo de una pequeña embarcación bautizada con el nombre de *Granma*. Con la intención de llevar adelante un proceso guerrillero que confluyera con una insurrección popular, desembarcó en la isla y se instaló en Sierra Maestra acompañado por un reducido número de personas, entre las que se encontraban su hermano Raúl, el médico argentino Ernesto «Che» Guevara y Camilo Cienfuegos. A pesar de la represión, la guerrilla logró consolidarse en la sierra gracias al apoyo campesino, aunque sin la ansiada insurrección urbana. La coordinación de ambas zonas, campo y ciudad, llevaría un tiempo para ser concretada.

Una vez asentados, el Movimiento 26 de Julio, a través de la habilidosa conducción no solo militar sino también política de Fidel Castro, tejió importantes (y dificultosas) alianzas políticas, las cuales abarcaron a sindicatos, estudiantes, un sector del Partido Ortodoxo y del Auténtico, a los comunistas y la organización política Directorio Revolucionario, entre otros. A pesar de las amenazas y la propaganda de las fuerzas batistianas, el campesinado se integró en las filas de lo que pasaría a denominarse: Ejército Rebelde, a medida que se conseguían triunfos militares que aumentaban la popularidad de sus dirigentes y que desarrollaban campañas



sanitarias y de educación en aquellas zonas que controlaban. También con el correr de los meses, el grupo de la sierra fue encontrando la colaboración determinante de sectores urbanos (el Movimiento 26 de Julio tenía sus propias redes militantes clandestinas) que terminaron por plegarse a sus estrategias, aunque no sin ciertos resquemores y desconfianzas.

LA PRENSA DE LA REVOLUCIÓN



¡REVOLUCIÓN, SÍ, GOLPE MILITAR, NO!

INSTRUCCIONES DE LA COMANDANCIA GENERAL A TODOS LOS COMANDANTES DEL EJÉRCITO REBELDE Y AL PUEBLO 1.º DE ENERO DE 1959.

Cualesquiera que sean las noticias procedentes de la capital, nuestras tropas no deben hacer alto al fuego por ningún concepto. Nuestras fuerzas deben proseguir sus operaciones contra el enemigo en todos los frentes de batalla. Acéptese solo conceder parlamento a las guarniciones que deseen rendirse. Al parecer se ha producido un golpe de Estado en la capital. Las condiciones en que ese golpe se produjo son ignoradas por el Ejército Rebelde. El pueblo debe estar muy alerta y atender solo las instrucciones de la Comandancia General. La dictadura se ha derrumbado como consecuencia de las aplastantes derrotas sufridas en las últimas semanas, pero eso no quiere decir que sea ya el triunfo de la Revolución. Las operaciones militares proseguirán

inalterablemente mientras no se reciba una orden expresa de esta Comandancia, la que solo será emitida cuando los elementos militares que se han alzado en la capital se pongan incondicionalmente a las órdenes de la jefatura revolucionaria. ¡Revolución, sí, golpe militar, no! ¡Golpe militar de espaldas al pueblo y a la Revolución, no, porque solo serviría para prolongar la guerra! ¡Golpe de Estado para que Batista y los grandes culpables escapen, no, porque solo serviría para prolongar la guerra! ¡Golpe de Estado de acuerdo con Batista, no, porque solo serviría para prolongar la guerra! ¡Escamotearle al pueblo la victoria, no, porque solo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total! Después de siete años de lucha la victoria democrática del

pueblo tiene que ser absoluta para que nunca más se vuelva a producir en nuestra patria un 10 de marzo.

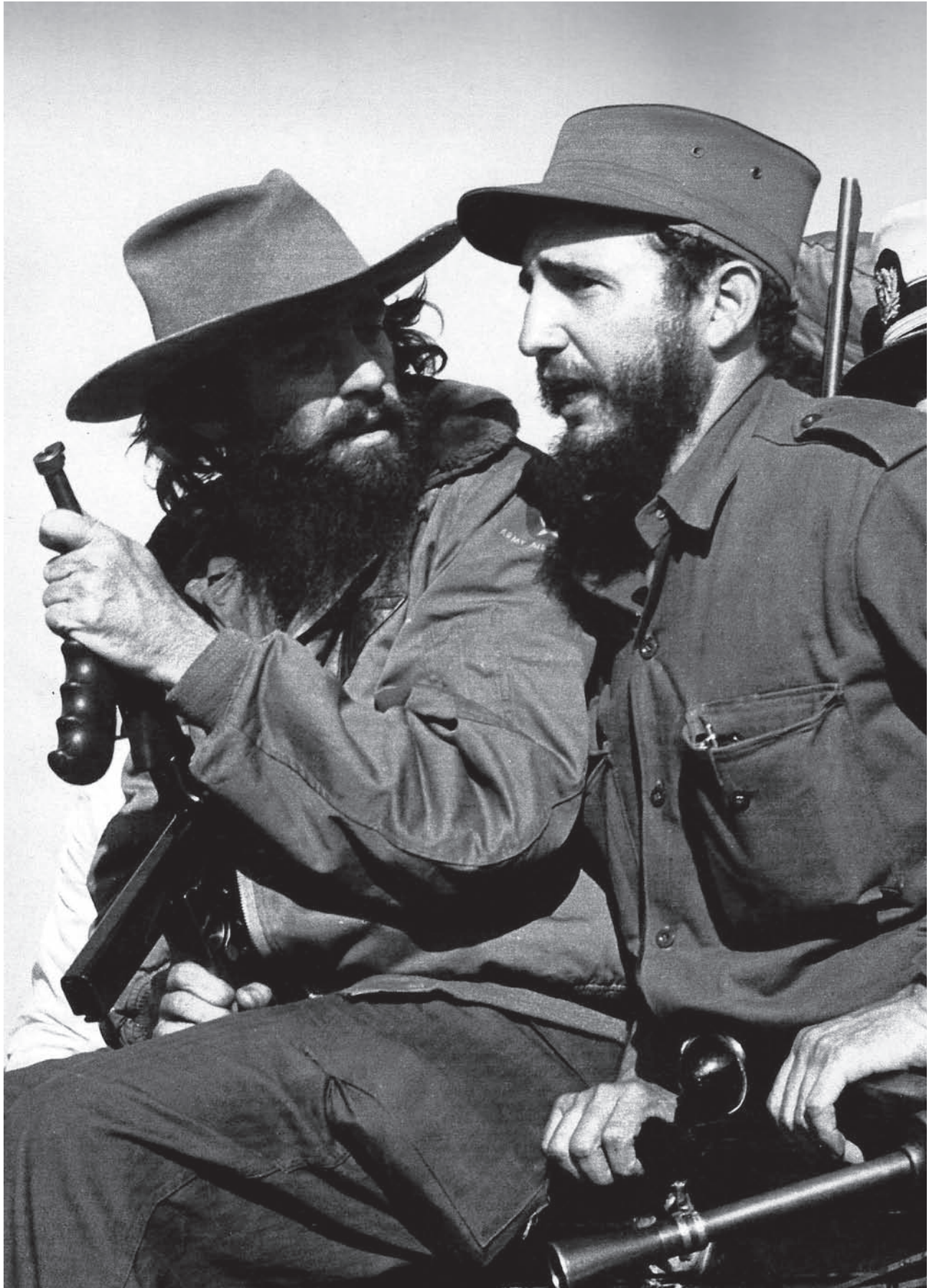
Nadie se deje confundir ni engañar. Estar alerta es la palabra de orden. El pueblo y muy especialmente los trabajadores de toda la república deben estar atentos a Radio Rebelde, y prepararse urgentemente en todos los centros de trabajo para la huelga general, para iniciarla apenas se reciba la orden, si fuese necesario, para contrarrestar cualquier intento de golpe contrarrevolucionario. ¡Más unidos y firmes que nunca deben estar el pueblo y el Ejército para no dejarse arrebatar la victoria que ha costado tanta sangre!».

Alocución del comandante en jefe Fidel Castro, a través de Radio Rebelde,

En enero de 1959, después de dos años de intensos enfrentamientos y con el frágil ejército oficial derrotado, Cuba fue protagonista de la victoria que sentenció el fin de Batista, abandonado ya hasta por los propios Estados Unidos. Si bien Fidel Castro no presidió el Gobierno provisional hasta mediados de aquel año (lo hizo el magistrado Manuel Urrutia), era para entonces la figura política más importante de la isla. A partir de allí las expectativas de cambio fueron ciertamente enormes. Claro que estos cambios no debían ser para todos del mismo tenor. La dinámica que adquirió el nuevo Gobierno en los meses siguientes, delineada por una fuerte reacción opositora, pero principalmente por la injerencia norteamericana, llevó al alejamiento de la burguesía cubana, la cual solo pretendía una restauración democrática o, en todo caso, un cambio de Gobierno que auspiciara sus negocios.

Hasta la coyuntura de los años 1961-1962, el Gobierno revolucionario se dedicó a deshacer las marcas más evidentes de una economía excesivamente dependiente de los Estados Unidos, reparar las condiciones de servidumbre bajo la cual vivían los campesinos y los pobres de las ciudades, terminar con la imagen de Cuba como «garito» de veraneo de los norteamericanos, y oxigenar una estructura política corrupta e ineficiente; es decir, lo que podría denominarse una lucha nacional-democrática.





Alberto Korda, *Entrada de Fidel y Camilo en La Habana*, 8 de enero 1959.

De esta forma, tuvieron lugar dos importantes reformas agrarias implementadas a través del Instituto Nacional de Reforma Agraria, el cual se encargó de la expropiación de numerosas fincas, muchas de ellas pertenecientes a compañías norteamericanas. La Revolución no solo repartió la tierra entre los sectores más desfavorecidos del campo, sino que creó una importante área agraria del Estado, solucionando a través de esta el problema endémico de la desocupación rural. Por otro lado, se implementó una ley de alquileres que reguló su precio y terminó con la especulación en torno a las viviendas. Además se llevó adelante la confiscación de bienes de los primeros exiliados (gran parte de los cuales comenzaron a conspirar desde Miami), el castigo a los funcionarios civiles y militares de la dictadura, la prohibición tajante del juego y la prostitución, entre otras medidas iniciales.

En los meses siguientes, la Revolución se fue radicalizando al ritmo también de la reacción norteamericana; pasó a quedar así, más allá de sus intenciones, inmersa en los conflictos diagramados por la Guerra Fría. Hacia 1960, el Gobierno de Kennedy decidió suspender la compra de la cuota azucarera (de la cual dependía su economía y las arcas del Estado), hecho que obligó a los cubanos a conseguir un nuevo comprador que no fue otro que la Unión Soviética. Seguidamente se retiró del Banco Mundial, los empresarios locales iniciaron un boicot a las inversiones y los Estados Unidos ordenaron a sus empresas a reducir la exportación de petróleo y su refinación problema que, de nuevo, fue

LAS MUJERES EN LA REVOLUCIÓN



Korda, Alberto.

1. *Abanderadas*, (La Habana, 1959).

2. *Miliciana*, (La Habana, 1959).

3. *Mujeres revolucionarias*, (La Habana, 1959).

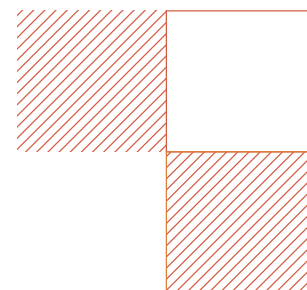
solucionado gracias a la intervención rusa. De allí en más comenzó un acelerado proceso de expropiaciones de compañías extranjeras, fundamentalmente norteamericanas, algunas de las cuales más allá de la urgencia económica, tuvieron un fuerte impacto simbólico: Texaco, Standard Oil, Esso, Shell, compañías de electricidad y teléfonos, entre otras. La Revolución entraba en una fase antiimperialista que despertaba la alarma norteamericana; en este contexto y frente a tamaño enemigo, con la urgencia de solucionar graves problemas económicos y de su propia seguridad nacional, Fidel Castro decidió aproximarse cada vez más al bloque de países socialistas.

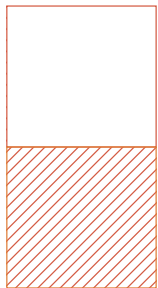
DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL-DEMOCRÁTICA AL SOCIALISMO

Luego de proclamar la Revolución, expropiar empresas y fincas norteamericanas, y firmar acuerdos con el bloque comunista en un país que se ubicaba a pocos kilómetros de los Estados Unidos, era lógico esperar una reacción. Como si el boicot económico no fuera suficiente, en abril de 1961 a través de la CIA, Estados Unidos buscó aplastar la Revolución a través de una invasión en la zona de Bahía de Cochinos, con mil cuatrocientos mercenarios y cubanos anticastro. Sin embargo, en tres días fueron derrotados por la resistencia organizada en la zona de Playa Girón. Estas jornadas, ciertamente con carácter de epopeya, pasaron a la historia como una muestra de compromiso popular y de reconocimiento a la figura de Fidel Castro, quien en persona dirigió la contraofensiva militar desde el mismo lugar de los acontecimientos; poco tiempo después, este declaraba el carácter socialista de la Revolución. Claro que no sería el último intento de los Estados Unidos por intervenir en el escenario cubano, planeando aun, en reiteradas oportunidades, el asesinato de su referente político.



Ernesto «Che» Guevara en la OEA en 1961.

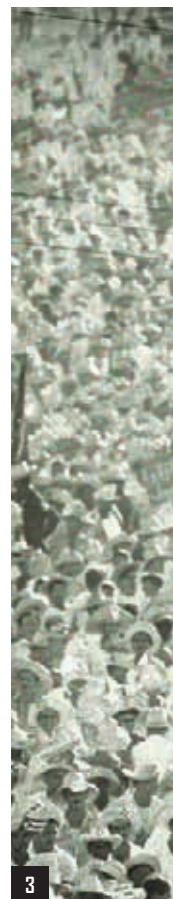




La escalada del conflicto continuó al año siguiente. En enero, en la reunión de cancilleres celebrada en la ciudad uruguaya de Punta del Este, los Estados Unidos lograron excluir a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). Solo el Gobierno mexicano del PRI se opuso a la decisión (por su parte, Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Ecuador se abstuvieron). También el mismo año, el descubrimiento de misiles soviéticos en territorio cubano disparó una crisis que agitó uno de los fantasmas de la Guerra Fría: la posibilidad de una guerra nuclear. Luego de varios días donde los medios de comunicación del mundo posaron sus ojos en la isla, la salida del conflicto fue directamente pactada entre ambas potencias, sin considerar las opiniones de las autoridades cubanas (lo que despertó su ofuscación, especialmente de Guevara).

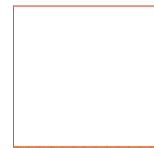
Si bien la colaboración rusa fue de vital importancia en una coyuntura ciertamente complicada, las relaciones entre ambos países nunca estuvieron ausentes de tensiones. Los vínculos políticos con el Partido Socialista Popular (PSP), representación de los comunistas locales alineado con la III Internacional, no fueron fáciles. Por otro lado, las denuncias públicas del «Che» sobre el tipo de relación comercial asimétrica y reproductora de una lógica capitalista daban cuenta de las profundas diferencias que existían entre ambos proyectos socialistas. Sin embargo, ante el agravamiento de los problemas económicos, Fidel Castro optó por profundizar las relaciones bilaterales que excedieron lo meramente comercial, en lo que parecía ser el único camino para contener al vecino enemigo.

Si algo tuvieron en claro los protagonistas de la Revolución fue que, para que esta sobreviviera, debía proyectarse a América Latina y a lo que por entonces se

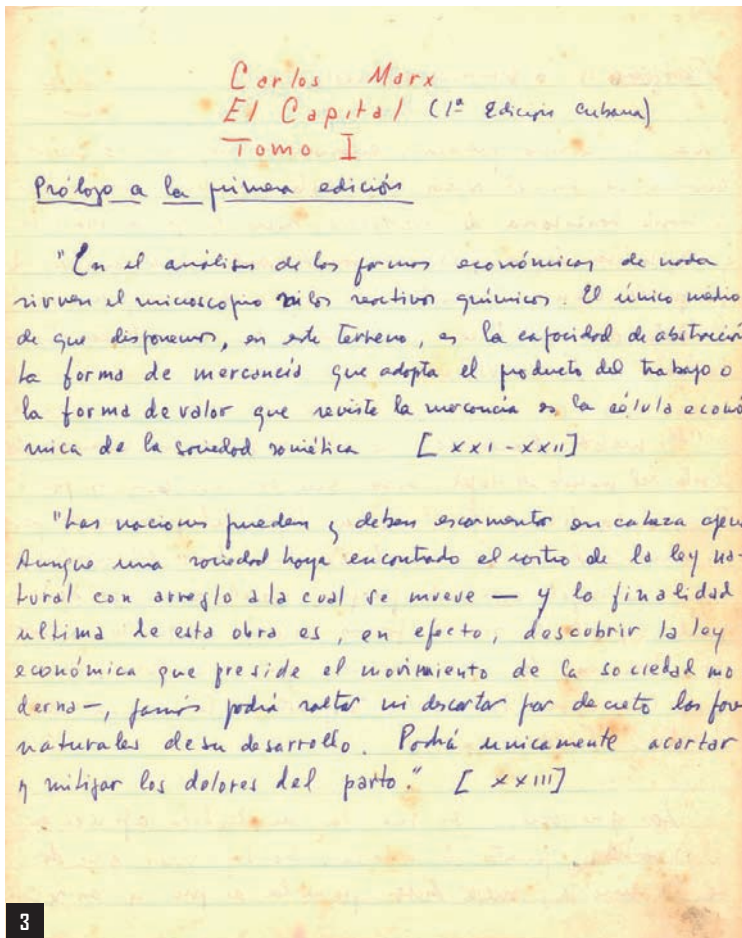


llamaba el «tercer mundo». Fue así que buscaron delinear una serie de estrategias para expandir sus logros y cooperar con aquellos movimientos antiimperialistas que buscaban su propio camino revolucionario. Como decía Guevara: había que convertir a los Andes en la Sierra Maestra del continente. En ese marco, una de las creaciones más importantes fue la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) inaugurada oficialmente en agosto de 1967 en Cuba, integrada por diversos movimientos revolucionarios de América Latina. Desde allí (aunque antes también) una importante cantidad de dirigentes desfilaron por la isla en busca de recetas y aprendizajes para practicar en sus países, algunos de forma similar, otros ensayando recetas nuevas de un modelo socialista. Claro que, en otros casos, como en las incursiones de Guevara por el Congo y Bolivia en busca de replicar el «foco» guerrillero en escenarios ciertamente disímiles, significó ya la participación directa en otros países; participación que, más allá de la entrega demostrada por sus participantes no tuvo demasiado éxito y recibió un duro golpe luego del asesinato de este en el país andino en octubre de 1967.

El listado de procesos en los que Cuba prestó su colaboración a fuerzas políticas que podríamos agrupar como antiimperialistas es realmente extenso. También brindó su solidaridad a través del envío de contingentes médicos a aquellos lugares necesitados y hospedó a personas de distintos países del mundo, ofreciéndoles atención médica gratuita y de excelencia. Sus «misiones» alfabetizadoras, que en su territorio eliminaron el analfabetismo en poco tiempo, también ayudaron a publicitar los logros revolucionarios y ofrecerlos como una vía alternativa a las recetas capitalistas.



Korda, Alberto.
 1. *Fidel Castro* (1962).
 2. *Desfile 1.º de Mayo: Camilo Cienfuegos, Che Guevara, Raúl Castro y Fidel Castro* (1963).
 3. *El quijote de la farola* (1965).
 4. *Fidel en la Sierra Maestra Oriente* (1962).



1. El Che Guevara en la selva boliviana. Centro de Estudios «Che» Guevara, La Habana, Cuba.
2. El asesinato de Ernesto «Che» Guevara, Bolivia, 1967.
3. Comentario manuscrito de Guevara de El capital de Marx. Centro de Estudios Che Guevara, La Habana, Cuba.

FRAGMENTOS DEL MENSAJE A LA TRICONTINENTAL ERNESTO «CHE» GUEVARA



Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición del Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz. Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Viet-Nam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las

Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con el abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Viet-Nam se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera en aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubieron confrontaciones limitadas en todos los continentes, aun cuando en el americano, durante mucho tiempo, solo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la crisis de octubre, después.

Hay una penosa realidad: Viet-Nam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo.

La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Viet-Nam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Viet-Nam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuetos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países

de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esta ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los Gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el eslogan, «no permitiremos otra Cuba», se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo, o anteriormente, la masacre de

Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo «internacional americano», mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una

buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación. América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Viet-nam del mundo.

Los comienzos no serán fáciles: serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos. La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas. El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las



limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo donde quiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Viet-Nam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar solo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Viet-Nam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados; la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Viet-Nam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para este de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos

y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o los sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad.»

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

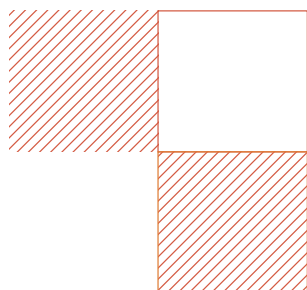
CHE

Publicado el 16 de abril de 1967 en un suplemento especial de la revista *Tricontinental*, mientras Ernesto «Che» Guevara estaba en Bolivia.

Hacia mediados de los años setenta, década en donde se buscó «institucionalizar» la Revolución, se llevó a cabo una reforma constitucional. Allí se reconoció al Estado cubano para los obreros, campesinos, intelectuales y trabajadores manuales, y se colocó a la clase obrera como la encargada del direccionamiento del Estado. La equidad se estableció como el pilar fundamental de la sociedad, e incluso avanzó sobre la igualdad entre el hombre y la mujer. La radicalización de acciones y de discurso fue la vía instaurada para superar todo rastro de dominación externa. Algunas de ellas tendieron al ataque directo del mercado como tal y a la iniciativa privada, piedras basales del capitalismo, junto con la estatización de más de un 75 % de la economía. El Estado tomó posesión del sistema bancario, del comercio exterior e interior y de los recursos mineros, entre otros.

La década de los ochenta estuvo marcada por el vaivén constante de su economía, pero, a pesar de ello, el Gobierno no se distanció de la política social y resistió la pesadumbre económica causada por el bloqueo económico, embargo económico, comercial y financiero aplicado por Estados Unidos desde 1960, luego de las expropiaciones de las compañías norteamericanas realizadas por la Revolución. Sumado a esto, el fin de las repúblicas socialistas a finales de la década impactó considerablemente en las arcas del Estado, el cual se vio en serias dificultades para afrontar sus gastos debido a la abrupta caída del intercambio comercial; en el caso de la Unión Soviética, el comercio disminuyó hasta un 38 %. En ese contexto, surgió la reforma constitucional del 1992 que introdujo cambios que, sin lugar a dudas, provocaron intensos debates internos por la contradicción que representaban con los principios sostenidos desde los inicios de la Revolución. La flexibilización del comercio exterior, junto con el consentimiento frente a la llegada de inversiones extranjeras, la posibilidad de la existencia de empresas estatales en sociedad con capitales privados en el área petrolera y en el turismo, llevaron a Fidel Castro a concluir que, al igual que el agua que rodea la isla, el socialismo cubano debía convivir con el mundo capitalista. Sin embargo y a pesar del complicado panorama, el Gobierno logró mantener no sin dificultades los indicadores en educación, alimentación o salud al mismo nivel que otros países etiquetados como del «primer mundo». Para escapar del llamado «período especial», años donde el pueblo cubano demostró una dignidad difícil de igualar, el turismo reemplazó a la caña de azúcar como principal fuente generadora de divisas.

Al concluir el siglo XX, la llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela y con ella el cambio de escenario regional, derrumbó el aislamiento con el que había tenido que convivir Cuba a medida que se derrumbaba la experiencia soviética y se instalaba el neoliberalismo en la región. Al fortalecimiento de las relaciones bilaterales se le sumó una agenda centrada en problemas sociales y que propiciaba la unidad regional, la cual cosechó adhesiones a medida que triunfaban distintos gobiernos populares. Ya en el siglo XXI, con el impulso de algunos de ellos (como Venezuela, Bolivia y Ecuador) se llegó finalmente a la creación de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) como un intento más avanzado de cooperación entre aquellos países que buscaban caminos alternativos al capitalismo, camino que Cuba transitaba hacia más de medio siglo y que, por lo tanto, tenía mucho para enseñar.



FIDEL CASTRO (1926)

Hijo de inmigrantes españoles, Fidel nació en la provincia de Oriente en 1926, en una familia de orígenes humildes pero que con el paso del tiempo logró adquirir tierras y alcanzar una cómoda posición económica. Estudió Derecho en la Universidad de La Habana, de donde se graduó en 1950; fue en los ámbitos universitarios donde comenzó su activismo político. «Las ideas políticas no me las inculcó nadie, no tuve el privilegio de tener un preceptor. Yo tuve que ser, desgraciadamente, preceptor de mí mismo a lo largo de mi vida», según sus propias palabras.

En 1948, fue elegido por sus compañeros para participar del Congreso Estudiantil Latinoamericano que promovía el Gobierno argentino de Juan D. Perón con el fin de manifestarse contra la política intervencionista de los Estados Unidos en América. Durante su estadía en Bogotá, el ex candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán, con quien Fidel tenía prevista una reunión fue asesinado; el episodio ocasionó una sublevación por parte del pueblo colombiano que pasarían a la historia como «El Bogotazo».

Hacia principios de la década de 1950, Castro militaba en el Partido Ortodoxo fundado por Eduardo Chibás, quien se suicidó públicamente por un conflicto que sostenía con el ministro de Educación. Luego de su muerte, Fidel integró la lista de candidatos a diputados del Partido Ortodoxo. Sin embargo, antes de las elecciones Batista tomó el poder por la fuerza. Castro decidió alejarse del

partido convencido de que la única salida, en el nuevo contexto represivo, era la revolucionaria. Así es que se puso a trabajar para organizar lo que se conoció como «El Movimiento».

Sus miembros comenzaron a entrenarse militarmente bajo las órdenes de Fidel y de Abel Santamaría para asaltar el cuartel Moncada, ubicado en la provincia de Oriente. El 26 de julio de 1953 —fecha que le daría nombre luego al movimiento revolucionario— se realizó el asalto. Como luego reconocieron sus protagonistas fue un fracaso militar, pero no político. Los revolucionarios no lograron el factor sorpresa que esperaban, dado que un sargento que no habían previsto dio el alerta. Más de la mitad de los atacantes terminó detenido, muerto o herido; Fidel estuvo entre los primeros. Se le realizó un juicio en el cual él mismo se hizo cargo de su defensa, que finalizó con un extenso alegato político que se conoció como «La historia me absolverá»; en él sentaba las bases de lo que sería luego el programa de la revolución: «Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de su sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar (...); a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros (...) cuyos salarios



Oswaldo Guayasimín, Fidel Castro.

pasan de las manos del patrón a las del garrotero, (...) a los cien mil agricultores pequeños que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya».

Fue condenado a quince años de prisión, pero solo cumplió veintidós meses en la por entonces denominada Isla de Pinos (actual Isla de la Juventud). En 1955, él y los otros presos políticos fueron indultados gracias a la presión de la opinión pública y al intento de Batista de congraciarse con la Iglesia que demandaba la paz social.

Los hermanos Castro partieron al exilio en México, allí continuaron preparando la resistencia, siempre con el objetivo de volver a Cuba y derrocar la dictadura de Batista. Al grupo de cubanos se sumó Ernesto «Che» Guevara, recién llegado de Guatemala. En tierra mexicana se entrenaron bajo la dirección de Alberto Bayo, un cubano-español exiliado de la dictadura franquista. Los preparativos terminaron a fines de 1956, cuando compraron un pequeño

barco conocido como Granma, donde ochenta y dos combatientes embarcaron hacia las costas cubanas. El exceso de peso y el clima adverso retrasó los planes y el lugar de llegada. Los cambios fueron letales porque interrumpieron la coordinación con los revolucionarios que estaban en Santiago de Cuba, y los militares leales a Batista lograron reprimirlos con la terrible pérdida de setenta personas.

Obligados a cambiar de estrategia, el reducido número de sobrevivientes se recluyó en la Sierra Maestra, donde se organizó el movimiento guerrillero liderado por Fidel, el Che

y Camilo Cienfuegos. Durante veinticinco meses, prepararon la toma del poder. Hacia fines del año 1958, las condiciones ya estaban dadas: Fidel entró en Santiago de Cuba el 1.º de enero de 1959 y el 8 en La Habana. Al mes siguiente, fue nombrado primer ministro.

Fidel Castro cuenta con un particular récord: es la persona que más veces ha sufrido intentos de asesinato. Según la información registrada por los servicios secretos cubanos, hasta el año 2007 se buscó poner fin a la vida del dirigente en seiscientos treinta y ocho ocasiones.

Después de casi cuarenta y siete años en el poder, en el 2006 comunicó oficialmente que por problemas de salud delegaría temporalmente sus responsabilidades en su hermano Raúl, primer vicepresidente. En 2008, renunció a los cargos del Gobierno, aunque hasta 2011 mantuvo el cargo de primer secretario del Partido Comunista. En los últimos años, Fidel, con ochenta y ocho años, aparece ante su pueblo en ocasiones especiales y publica periódicamente en el Granma.

ERNESTO «CHE» GUEVARA (1928-1967)



Ernesto Guevara con sus padres, Celia y Ernesto.

Ernesto Guevara de la Serna nació en Argentina, en la ciudad de Rosario en 1928. Desde su infancia demostró cierta capacidad para enfrentar adversidades. Antes de cumplir los tres años comenzó con problemas de asma, enfermedad con la que luchó el resto de su vida. A causa de esto, sus primeros años de escolarización los hizo de forma irregular, dado que su salud le impedía asistir a la escuela en muchas ocasiones. Terminados sus estudios medios, se anotó en la carrera universitaria de Medicina.



1

1. La familia Guevara en Mar del Plata.
2. Título de medicina expedido por la Universidad de Buenos Aires.
3. Carnet de medico expedido en 1953.



2



3

SUS VIAJES POR ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA

A los veintidós años, emprendió su primer viaje por el país en una bicicleta a la que le había agregado un motor. Con el improvisado transporte recorrió más de cuatro mil kilómetros del extenso territorio argentino.

Al año siguiente, su amigo Alberto Granado decide hacer un viaje por América Latina. Alberto había estudiado Bioquímica y en su plan estaba conocer los leprosarios del continente. A Ernesto le faltaba

poco para terminar la carrera y, no sin prometerle a la madre que volvería a tiempo para graduarse, partieron los dos amigos en una motocicleta a la que apodaron «La Poderosa II», y con la cual llegaron a visitar Chile, Perú, Colombia y Venezuela. Fue en este viaje cuando surgieron en el Che las inquietudes sociales, aunque todavía no las políticas.

En Venezuela, los compañeros de viaje se despidieron: el Che volvió a terminar su carrera y Alberto prosiguió con el viaje. Tiempo después, se volverían a encontrar cuando

Granados se sumara a los revolucionarios en Cuba. Para retornar, Guevara sacó un pasaje en un avión de carga que hacía escala en Miami. Por un desperfecto, permaneció un mes en dicha ciudad y fue allí cuando empezaron a surgir en él los primeros sentimientos antiimperialistas: como dijo José Martí en su momento: «viví en el monstruo y le conozco las entrañas».

De vuelta en Buenos Aires, concluyó sus estudios de medicina en 1953 y planificó un nuevo viaje. En julio inició la nueva travesía,

esta vez junto a otro amigo, Calica Ferrer, con quien recorrió Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Costa Rica y Nicaragua. En este nuevo periplo latinoamericano, sí apareció una mirada política de las problemáticas de la región, lo que lo llevó a iniciar una serie de lecturas de autores marxistas y nacionalistas latinoamericanos, aproximándose cada vez más a las ideas socialistas, aunque no sin críticas a sus interpretaciones más ortodoxas. A fines de aquel año arribó a Guatemala, país que se encontraba en pleno proceso revolucionario tras el derrocamiento del dictador Jorge Ubico. Allí conoció a Hilda Gadea, una economista peruana y dirigente del APRA, quien sin dudas influyó en sus intereses políticos e intelectuales, y que más tarde sería su primera esposa y madre de la primera de sus cinco hijos.



Alberto Korda, Guevara, ministro de Industria, prueba una cortadora de caña, 1962.

«MI HISTORIA DE REVOLUCIONARIO ES CORTA, EMPIEZA EN EL GRANMA»

El gobierno de Árbenz sorprende positivamente a Guevara, que además fue testigo del golpe de Estado impulsado contra el presidente guatemalteco hecho que reforzó su postura antiimperialista.

Luego de rechazar el ofrecimiento de la embajada argentina para regresar a Buenos Aires (en un avión que envió el presidente argentino Juan D. Perón), viajó a México, destino que sería clave en su biografía. En julio de 1955 conoció allí a los hermanos Castro. El día en que se encontró por primera vez con Fidel, conversaron durante ocho horas y se impresionaron mutuamente. El Che decidió sumarse entonces al grupo de exiliados cubanos que preparaban la lucha armada contra la dictadura de Batista. El 24 de noviembre del siguiente año, salió desde México hacia Cuba a bordo del *Granma* y en los años siguientes se convirtió en uno de los principales referentes de la guerrilla desde la Sierra Maestra.

Una vez que triunfa la Revolución, tras el decisivo combate de Santa Clara por él dirigido, fue designado presidente del Banco Nacional en 1959, iniciando desde allí una importante expropiación de latifundios. En 1961, asumió como ministro de Industria, puesto desde el cual preparó un plan de cuatrienal que planteaba la diversificación agrícola y la industrialización. En debates económicos

que alcanzaron relevancia internacional (lo cual daba cuenta también de su capacidad intelectual), sostuvo la necesidad de la primacía de los objetivos morales y humanos por sobre los materiales, planteando un nuevo camino hacia el socialismo en pos de construir un «hombre nuevo». Las diferencias del modelo por él propuesto con los planteos soviéticos se hicieron rápidamente evidentes; este alentaba a su aliado del Caribe a especializarse e insertarse en la división internacional como economía complementaria, camino que el Che rechazaba.

En estas circunstancias (1965) renunció al Ministerio de Industria y comenzó su alejamiento del Gobierno y ese mismo año decidió marcharse. Fidel dio a conocer una carta en la que consideraba que había cumplido su deber en la Revolución: «Nada legal me ata a Cuba, solo los lazos de otra clase. Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos».

Tras un infructuoso intento de organizar un grupo guerrillero en el Congo, cuyas dificultades luego se conocieron gracias a la publicación de su diario personal de entonces, preparó su incursión en tierras bolivianas con el objetivo de generar un movimiento que se abriera en dos columnas, una que siguiera hacia Perú y la otra hacia Argentina. Desde su arribo a La Paz en 1966 con pasaporte falso, también encontró problemas que tomaron dificultosa la tarea. Con

un Partido Comunista local que le dio la espalda, con un campesinado con otras necesidades diferentes al del cubano de los años cincuenta, con un ejército boliviano más profesionalizado que el de Batista, los planes no prosperaron. En marzo de 1967, dos de sus compañeros desertaron y proporcionaron al ejército boliviano su ubicación. Con esta información René Barrientos, presidente de Bolivia, dio aviso al Gobierno de los Estados Unidos. El presidente de aquel país, Lyndon Johnson, rápidamente envió hombres bajo la dirección de la CIA. El 28 de marzo, el Che escribió en su diario: «Estamos rodeados por dos mil hombres en un radio de 120 kilómetros».

Desde esa fecha hasta octubre, el ejército atacó a la guerrilla en diferentes oportunidades sin lograr vencerlos. El grupo marchaba



Alberto Korda, Pesquería, 1959.

con lentitud porque el Che ordenó seguir el ritmo de los más lentos: con un compañero enfermo y otro lastimado, la marcha se dificultó. El 8 de octubre, ya herido, cayó en una emboscada, fue capturado y trasladado a la escuela del pueblo de La Higuera. Los generales que lo capturan lo mantuvieron con vida durante un día, pero la decisión de asesinarlo ya estaba tomada desde la CIA, así se lo hicieron saber al presidente Barrientos. El día 9 de octubre, el soldado Mario Terán ejecutó el disparo que lo asesinó. El cadáver fue trasladado a Valle Grande, en donde se expuso ante los medios de comunicación hasta la noche del día siguiente bajo la mentira de que había muerto en combate.

La CIA, Barrientos y la dictadura de Onganía en Argentina deseaban evitar que su tumba se convirtiera en un lugar de peregrinación, por lo que ordenaron incinerar el cuerpo. Se le cortaron las manos que fueron enviadas a Cuba, y se informó que las cenizas del resto del cadáver fueron esparcidas. Sin embargo, en 1995 un general boliviano reveló que el cuerpo había sido enterrado en una fosa común con el resto de los demás guerrilleros asesinados. En 1997 un equipo forense cubano que había viajado a la zona de Valle Grande anunció que había ubicado los restos. Así fue repatriado a Cuba, donde se encuentra hasta hoy en el mausoleo de Santa Clara.



Oswaldo Guayasimín, *La muerte del «Che»* [s.f.].



Alberto Korda, *Guerrillero Heroico*, 1960.

CAMILO CIENFUEGOS (1932-1959)

A pesar de unirse tardíamente, Camilo Cienfuegos fue uno de los miembros del Movimiento 26 de Julio de mayor confianza de Fidel Castro. El 8 de enero de 1959, cuando Fidel presidió la «Caravana de la Victoria», interrumpió su discurso y le preguntó: «¿Voy bien, Camilo?», a lo que Camilo respondió: «¡Vas bien, Fidel!».

Hijo de inmigrantes españoles, Camilo Cienfuegos nació en La Habana, el 6 de febrero de 1932. Al terminar los estudios, se anotó en la Escuela de Bellas Artes, pero tuvo que dejarlo para trabajar como sastre con su padre.

Se unió al grupo revolucionario meses antes de la expedición del *Granma*. En abril de 1953, viajó a Estados Unidos con una visa de turista; cuando se le venció, continuó trabajando de forma ilegal y fue finalmente detenido durante treinta y nueve días y luego expulsado del país. A mediados de 1955, fue cuando retornó a La Habana y comenzó su activismo político, sumándose a los grupos estudiantiles que se manifestaban en contra de la dictadura de Batista. En ese entonces, se reencontró con Reinaldo Benítez, un compañero que había participado del asalto al Moncada y había sido beneficiado con la amnistía, quien le habló de los planes del Movimiento 26 de Julio.

En 1956, regresó a Estados Unidos como residente legal, luego de casarse con una enfermera oriunda de El Salvador pero ciudadana de aquel país, a quien conoció

en San Francisco durante su primer viaje. Luego de separarse a los pocos meses, viajó a México y contactó a Benítez para manifestarle su interés de unirse a los revolucionarios. No le resultó fácil ser aceptado, puesto que la expedición del *Granma* ya estaba organizada. Sin embargo, su compañero logró convencer a Fidel y a Raúl de las dotes guerrilleras de Camilo, quien finalmente formó parte de los ochenta y dos expedicionarios.

Una vez instalados en Sierra Maestra, Camilo formó parte en un primer momento de la columna guerrillera a cargo de Fidel Castro. Al año siguiente, fue ascendido a teniente y recibió el mando de un grupo destinado a la vanguardia. Finalmente, en 1958 fue designado Comandante y se hizo cargo de una columna militar. El 8 de enero de 1959, Camilo entró en La Habana junto con Fidel y posteriormente fue designado jefe de Estado Mayor del Ejército Rebelde.

Murió repentinamente un 28 de octubre del mismo año, cuando el avión en el que se trasladaba desde Camagüey hasta La Habana desapareció y nunca fue encontrado. Este accidente generó muchas suspicacias entre diferentes actores cubanos; posteriormente se dijo que Camilo estaba enfrentado con Raúl Castro y que Fidel había perdido su confianza en él. Sin embargo, las razones del accidente permanecen desconocidas hasta la actualidad.

El pueblo cubano fue informado de la desaparición de Camilo dos

días después por medio de un parte. El Che Guevara dijo de él: «Camilo fue el compañero de cien batallas, el hombre de confianza de Fidel en los momentos difíciles de la guerra y el luchador abnegado que hizo siempre del sacrificio un instrumento para templar su carácter y forjar el de la tropa. Camilo era Camilo, señor de la vanguardia, guerrillero completo que se imponía por esa guerra con colorido que sabía hacer».

Camilo Cienfuegos supo afirmar: «Sabemos que hay decenas, cientos de compañeros en el Ejército Rebelde que saben que esta Revolución es cubanísima, que esta Revolución es honrada, que esta Revolución es justa y que se hace no para privilegio de unos cuantos, no para amparar intereses, no para defender a los latifundistas».

Alberto Korda, Camilo desfila con la caballería, La Habana, 26 de julio 1959.



LA CIUDAD DE LA HABANA



1. Alberto Korda, Abanderadas, La Habana, 1959.
2. Rivero Agüero presidente, 1964.
3. Giles, Hotel Lido, Calle Consulado, 1955.
4. Iron Beer Calle Monserrate, 1964.

CENTROAMÉRICA EN 1960 Y 1970

En el marco de las protestas sociales de los años 1960, los reclamos resultaron cada vez más difíciles de contener, y la respuesta de los sectores dominantes fue una creciente represión. Las élites de la región intentaron tapar una realidad ciertamente imposible ya de ocultar: las relaciones sociales de exclusión, generadas durante las reformas liberales del último cuarto del siglo XIX, estaban francamente agotadas. La delegación del poder político en los militares se tornó, cada vez más, un requisito de supervivencia para terratenientes y empresarios empecinados en ver cada reivindicación como parte de una conspiración manejada no ya desde Moscú, sino desde la Cuba de Fidel Castro.

La actitud de la política norteamericana en esta época estuvo delineada por los ecos de las Revolución cubana y el temor al «efecto dominó». Si bien ciertos técnicos y misiones de estudio dieron cuenta de la necesidad de cambios y reformas estructurales, las decisiones del Departamento de Estado fueron tomadas, en última instancia, por consideraciones de orden estratégico en el marco de la Guerra Fría. De este modo, se explican los apoyos como el prestado a Somoza en Nicaragua y a todos los regímenes dictatoriales de la región en sintonía con las tradicionales élites económicas.

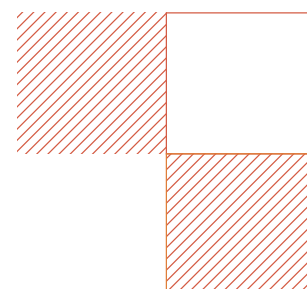
Bajo la evaluación de que la pobreza era el terreno más efectivo para el crecimiento del comunismo, en 1961 el presidente John F. Kennedy propuso una serie de reformas sintetizadas en la «Alianza para el Progreso». Pretendió impulsar el crecimiento económico, introducir reformas educativas y de salubridad, una reforma agraria controlada, y la democratización política, entre otras medidas. Ciertamente, detrás de esas medidas, parecía esconderse un operativo de contra-insurgencia: derrotar a la Revolución cubana y a los movimientos guerrilleros que amenazaban con multiplicarse.

Como sucedía desde el siglo XIX, las clases dominantes centroamericanas se asociaron no solo ya con capitales estadounidenses, sino que se alinearon fuertemente con la políticas de seguridad de los Estados Unidos. Tras el asesinato de Kennedy, resistieron y sabotearon la mayoría de las reformas de contenido social, no así el rearme y modernización de los ejércitos y cuerpos policiales. La represión interna cobró nueva eficacia y los éxitos en la lucha antiguerrillera fueron innegables. Hacia 1970 la llamada «subversión» había sido suficientemente golpeada en Nicaragua y Guatemala, y lo que es más importante, parecía prevenida a tiempo en Honduras y El Salvador. La alianza entre los militares y las «oligarquías» nacionales parecía resultar exitosa.

Cierto es que los militares no siempre actuaron como «brazo armado» de las élites; también tendieron en ciertas ocasiones a asumir banderas de reforma. En El Salvador, una junta cívico-militar de izquierda moderada intentó abrir una nueva alternativa en octubre de 1960, pero fue derrocada por militares conservadores en enero de 1961. Otra sublevación efectuada en 1972 como protesta por la corrupción, la imposición del candidato presidencial dentro del partido oficial, y el fraude abierto en las elecciones de ese mismo año, fue rápidamente sofocada con el concurso de la aviación guatemalteca.

En este último país algunos militares disidentes tomaron el camino de la guerrilla, como ocurrió con Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima a comienzos de los años sesenta. En el caso de Honduras, la fragmentación de la clase dominante permitió un espacio de acción más extendido. López Arellano encabezó un gobierno conservador y represivo entre 1963 y 1970; pero al retomar el poder a fines de 1972, la presión de un grupo de oficiales jóvenes y progresistas se hizo sentir. Ello se tradujo en una reforma agraria que distribuyó tierras, organizó los campesinos en cooperativas y proporcionó facilidades de créditos. Aunque las medidas afectaron a tierras ociosas y pesaron poco en los intereses básicos de los terratenientes nacionales y las empresas extranjeras, aseguraron el abastecimiento interno de granos básicos. A finales de la década de 1970, debido a presiones de diversos actores, a la corrupción y falta de unidad dentro del grupo militar, el proceso de reformas se detuvo.

En Honduras, la presencia de las universidades y de los movimientos estudiantiles merece especial atención. La autonomía universitaria, un logro de



LOS AÑOS SESENTA EN AMÉRICA CENTRAL



1

- 1. Avenida La Paz, Tegucigalpa, ca. 1950.
- 2. Mercado en San Salvador, ca. 1960.
- 3. Avenida Independencia, San Salvador, ca. 1960.
- 4 y 5 Managua, ca. 1973.



2



3



4



5

la oleada reformista de la posguerra, convirtió las casas de estudios en un potencial semillero de oposición. Con la excepción de Costa Rica, las relaciones con los poderes públicos fueron obviamente difíciles, y las universidades no escaparon a la intervención directa (El Salvador, 1972), o a la represión selectiva y sanguinaria (Guatemala desde 1970). A pesar de todo, las universidades y los movimientos estudiantiles gozaron a menudo de cierto margen de acción y en ocasiones lograron hacerse oír, asumiendo un papel particularmente activo. El rol más significativo de las universidades ha sido, sin duda, la contribución al desarrollo de una conciencia crítica de los problemas nacionales en diversos cuadros dirigentes. Los movimientos estudiantiles, por su parte, han sido elementos claves en la solidaridad con protestas diversas, expresadas a través de manifestaciones callejeras, propaganda y otras formas de agitación. El mantenimiento de una efervescencia de oposición permanente ha sido, posiblemente, el rasgo más característico de las universidades y de los movimientos estudiantiles en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua.

El papel transformador de los partidos políticos fue reducido, en un contexto de democracia limitada. Con la excepción de Costa Rica, los procesos electorales nunca culminaron en la entrega del gobierno a la oposición, al menos sin serios condicionamientos. Los denominados «golpes preventivos» apañados por los Estados Unidos con el fin de evitar una elección o la entrega del poder al ganador —el fraude abierto, campañas electorales sumamente controladas y con escasa participación opositora, o un «pacto oligárquico» que suponía la entrega limitada y condicionada del gobierno— fueron los mecanismos típicos de la política centroamericana en este período. Solo en las elecciones de Guatemala en 1944 y 1950 y en la elección hondureña de 1957 hubo una entrega del poder limpia y sin restricciones.

A pesar de todo eso, en ciertas ocasiones las campañas electorales también supieron abrir un espacio de lucha política y de variadas manifestaciones de oposición. Ello fue sensiblemente favorecido por la mencionada «Alianza para el Progreso» y la aparición de algunos partidos políticos «modernos», es decir, separados del caudillismo tradicional. Los partidos demócratas cristianos y socialdemócratas, o el remozamiento de algunos partidos tradicionales sobre nuevas bases (el caso más notorio es el Partido Liberal de Honduras después de Villeda Morales), constituyeron en este punto una importante innovación. Esas nuevas fuerzas políticas, que gozaban también de algunos vínculos internacionales, dispusieron tanto de un marco de referencia más amplio cuanto de ciertas coberturas para la denuncia de los abusos, arbitrariedades y atrocidades, que caracterizan, cada vez con mayor notoriedad, la vida política centroamericana.

La aparición de los movimientos guerrilleros constituyó una innovación particularmente significativa en el juego de las fuerzas políticas y las perspectivas del cambio social. Son dos las fases que se pueden distinguir con cierta claridad en el período. En la primera, durante los años sesenta, los brotes guerrilleros en Guatemala y Nicaragua fueron controlados exitosamente por la estrategia de contrainsurgencia desplegada por los Estados Unidos. Como era de esperar, el voluntarismo y las acciones heroicas no bastaron para implantar la insurrección en las masas rurales, y la reacción de los sectores dominantes tendió a ser, en todos los países, cada vez más unificada.

La segunda fase tiene lugar en la década de 1970 y muestra un profundo cambio de carácter. La insurrección logra en Nicaragua con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y en El Salvador con el Frente Farabundo Martí para



Lisandro Ardón Pastora muere asesinado en la ciudad de Danlí, Honduras, durante las elecciones fraudulentas de 1968, cuando el Partido Liberal luego de denunciar la situación, se retiró de las urnas.



LA LUCHA GUERRILLERA EN AMÉRICA CENTRAL



1



2



3

1. Frente Único nicaragüense.
2. La lucha guerrillera en El Salvador.
3. Frente Sandinista de Liberación Nacional.

la Liberación Nacional (FMLN), una sólida implantación popular, mientras que en Guatemala el movimiento guerrillero (más fragmentado organizativamente, pero con un destacado protagonismo del Ejército Guerrillero de los Pobres) consiguió una importante adhesión del campesinado.

La caída del dictador Anastasio Somoza en Nicaragua en julio de 1979, constituyó el momento culminante de esta nueva etapa, seguido de cerca por el golpe militar de octubre del mismo año en El Salvador (una clara respuesta al creciente éxito de las fuerzas guerrilleras). De allí en más, los demás grupos guerrilleros centroamericanos consideraron posible la toma del poder por la vía armada y cobraron impulso al calor

1. Idalia, joven sandinista captada en Estelí, Nicaragua, 1980.
2. Guerrilleros sandinistas festejan la caída del dictador Somoza.
3. Guerrilleros sandinistas.



de la gesta sandinista. Una de las causas principales que dieron origen a las organizaciones guerrilleras fue la ausencia de institucionalización del conflicto social. Cualquier protesta por tímida que fuera cuestionaba el sistema, y era vista como parte de una conspiración subversiva. Esa interminable cadena de exclusiones tuvo a la larga otra consecuencia igualmente implacable: el cuestionamiento permanente del orden establecido por parte de fuerzas sociales tan amplias como variadas. Sin embargo, la insurrección generalizada con amplias bases de implantación en las masas rurales, no obedeció únicamente a la escalada reaccionaria protagonizada por las oligarquías nacionales.



Somoza y la prensa.



Afiche en contra de la familia Somoza.

En El Salvador esto resulta particularmente evidente. Por una parte, existía allí un campesinado muy homogéneo desde el punto de vista cultural, con un grado relativamente avanzado de proletarianización, en un marco de densidades demográficas particularmente elevadas; y aunque los sectores obreros eran minoritarios, la población urbana marginal adquirió pronto una importancia numérica de consideración. Por otro lado, la guerra con Honduras de 1969 (conocida como «La guerra del fútbol»), cerró las puertas para la migración campesina, clausurando así una tradicional alternativa laboral para los numerosos trabajadores rurales sin tierra ni empleo. Otros factores, como la construcción de la presa hidroeléctrica de Cerrón Grande (inaugurada en 1977), provocaron nuevas expropiaciones y desplazamientos de vastos sectores de la población rural. En este contexto, el impacto de diversas organizaciones guerrilleras, que comenzaron a actuar como núcleos pequeños y aislados desde 1971, adquirió inusitadas dimensiones con una gran velocidad. En rigor, las filas de la insurrección fueron incesantemente alimentadas por la misma represión, ejecutada por el ejército y diversos grupos paramilitares. Así, la persecución y el asesinato político recayó sobre sacerdotes, estudiantes, políticos, dirigentes obreros y campesinos. El golpe militar de 1979 fue un intento, claramente favorecido por los intereses norteamericanos y la administración Carter, para romper ese círculo de represión, muerte e insurrección.

Algo muy distinto ocurrió en Nicaragua. Allí el poder de la familia Somoza llegó a ser tan extendido que amenazó seriamente los propios intereses de los empresarios locales. Ello, unido a circunstancias como el asesinato del líder opositor Pedro Joaquín Chamorro, permitió la eclosión de un verdadero frente de clases contra los Somoza, el cual dio nueva vigencia y nuevas bases sociales al FSLN, un movimiento insurreccional que databa de los años sesenta y que logró unificar a diferentes expresiones de la izquierda local.

El cambio de la política internacional de Estados Unidos fue otra causa de la caída de Somoza, ya que el gobierno de Carter le quitó la protección; además, otros países latinoamericanos colaboraron con el FSLN, tales como México, Venezuela y Cuba, o estratégicamente situados, como Panamá y Costa Rica. Al igual que en el frente interno, la progresiva repulsa al régimen permitió aglutinar una oposición tan eficaz como variada.

En Guatemala, el movimiento guerrillero fue prácticamente derrotado en 1967, luego de algunos éxitos espectaculares en las ciudades y un fracaso completo en los intentos de acción en las áreas rurales. Pero las guerrillas resurgieron en 1975, para mostrar esta vez una implantación notoria en el altiplano central y oriental. El recrudecimiento de las acciones en los años siguientes mostró un hecho inequívoco: las etnias indígenas estaban ahora movilizadas políticamente y se habían constituido en una de las bases sociales de la insurrección.

En Costa Rica el panorama era diferente. Los desafíos que se presentaron en los años setenta tuvieron como respuesta una profundización del proyecto reformista. La seguridad social fue extendida hasta el logro de una virtual universalización, y en el campo agrario un activo plan de asentamientos logró contener, en ciertas zonas del país, una presión creciente por la tierra. Quizás el paso más significativo fue una tentativa, financiada con el corto auge de los precios del café en 1976 y 1977, de promover un complejo de empresas industriales de propiedad mixta (estatal y privada). Pero la corrupción y la ineficiencia, junto con el cambio drástico de política estatal a partir de 1978 —momento en el que cambió el Gobierno— llevaron el proyecto a un rápido fracaso.

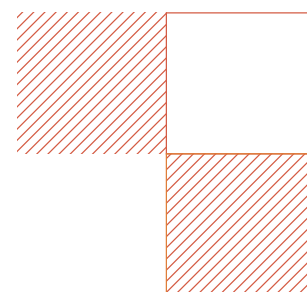


Claro que la historia de la región en el período no sería fácil de comprender sin reconstruir con mayor detalle las estrategias de los Estados Unidos en el marco general de la Guerra Fría. Estados Unidos diseñó para Centroamérica (y para América Latina en general) políticas de intervención que modificaron al calor de los acontecimientos. La disciplina social encontró en élites y ejércitos locales los catalizadores de la sangrienta contrarrevolución. A partir de la década del cincuenta, el objetivo central fue sin duda la contención del comunismo. La era macartista originada en el país del norte resonó en la región y alimentó la paranoia anticomunista de los grupos dominantes. Guatemala fue una de las primeras víctimas de ello. Allí la Iglesia católica y los terratenientes, a los que se sumó la pequeña burguesía atemorizada por la movilización social, apadrinaron el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en tanto veían en él, a pesar de representar un reformismo cauto, la infiltración del «enemigo apátrida y ateo». En 1954, se bombardeó la capital del país, se formaron grupos paramilitares entrenados por la CIA que atacaron desde Honduras y se cooptaron los altos mandos militares.

La contrainsurgencia se convirtió finalmente en la doctrina que intentaba hacer frente a la alternativa revolucionaria. Para ello el Gobierno de Kennedy diseñó dos vías: la del reformismo —lo que se llamó una «revolución en frío»— y la del reforzamiento de los aparatos represivos. El fracaso de la Alianza para el Progreso (APEP), que destinó fondos millonarios para alcanzar su objetivo, colisionó con los intereses de los grupos conservadores dominantes latinoamericanos y las particularidades estructurales de los países para la concreción de las medidas propuestas.

A partir de 1959 tras la Revolución cubana, este fantasma —ahora peligrosamente cercano— se incrementó aún más luego que se declaró marxista-leninista en 1961. Con el fracaso de la APEP como otra variable a tener en cuenta, los Estados Unidos se lanzaron a entrenar (en aspectos teóricos y prácticos) a las Fuerzas Armadas de la región en la Escuela de las Américas ubicada en Panamá. Dicha escuela se transformó en el principal canal de penetración de la DSN (doctrina de la seguridad nacional). Paralelamente, se inauguraron las Conferencias de Ejércitos Americanos, es decir reuniones anuales realizadas en los propios Estados Unidos, destinadas a los altos mandos de los Ejércitos latinoamericanos. La presidencia de Lyndon B. Johnson (1963-1969) sin duda representó la puesta en marcha de estas estrategias y endureció la ofensiva para la región, que implicó la represión feroz como patrón dominante en un marco de guerra no convencional. El espectro de formas de intervención fue amplio y se aplicó según la realidad de cada país: la provisión de créditos que condicionarán las políticas gubernamentales, bloqueo económico, enseñanza de nuevas técnicas de tortura, los programas de asistencia militar (PAM), la formación de grupos paramilitares, presión diplomática, etc. Los Gobiernos reformistas —fuesen dictaduras o no— comenzaron a verse definitivamente como una amenaza al ser clasificados como potenciales comunistas. Así, descartada la vía democrática y reformista delineada en la APEP, una seguidilla de «golpes preventivos» para evitar el avance del comunismo se expandió por la zona.

Nicaragua fue el nuevo escenario a contener y evitar su propagación tras la llegada al poder del FSLN en 1979. Su triunfo, sumado al incremento del accionar guerrillero en El Salvador, llevó a un replanteamiento sustancial de la estrategia norteamericana. Estados Unidos reaccionó con la «doctrina Reagan» mediante la cual destinó fondos para las distintas maniobras en el área de América Central. En Nicaragua, se basó en la conformación de un ejército contrarrevolucionario (los





Golpe de Estado de 1968, Panamá.

«Contras», presentados como una verdadera fuerza democrática) con adoctrinamiento de las Fuerzas de Operaciones Especiales, desestabilización económica y erosión del apoyo internacional. Hacia principios de los ochenta, se incluyeron nuevas técnicas en los manuales contrainsurgentes, bajo la doctrina de la guerra de Baja Intensidad (GBI), donde la intervención norteamericana pretendía no quedar tan expuesta.

Ante una imagen ciertamente negativa que se fue gestando de los Estados Unidos (no solo en la región), y la mirada atenta a sus posibles intervenciones directas (como había ocurrido en la historia reciente en Guatemala en 1954, Cuba en 1961 y República Dominicana en 1965), la GBI privilegió no solo «ganar mentes y corazones» sino un triunfo político mediante el desgaste de los Gobiernos y las organizaciones revolucionarias. Las técnicas no militares que comenzaron a aplicarse consistieron en acciones de inteligencia, operaciones psicológicas, guerra informativa, cooperación cívico-militar y patrullas de autodefensa, política diplomática, ayuda económica a la oposición, reestructuración de las fuerzas armadas y de seguridad, aprovechamiento de contradicciones internas de los frentes revolucionarios, etc. A esto se sumó, producto del aprendizaje de la guerra de Vietnam, ganar a la propia opinión pública de los Estados Unidos.

Dos países que, en parte, se mantuvieron por caminos relativamente separados de los destinos generales de la región fueron Panamá y Belice.

En Panamá, como en buena parte de América Latina, la coyuntura abierta con la Segunda Guerra Mundial habilitó el desarrollo de una industrialización sustitutiva, que en el caso panameño tuvo su auge en la década de 1960. La prosperidad económica, sumada al control autoritario de la sociedad, brindó una cierta estabilidad que, sin embargo, no logró ocultar la conflictividad social. Más allá de la nueva renegociación de los tratados por el canal de Panamá, los reclamos contra la presencia de los Estados Unidos se mantuvieron y se expresaron en manifestaciones de gran trascendencia como la «Siembra de Banderas» (1958) y la «Marcha del Hambre y la Desesperación» (1959). En estas manifestaciones confluyeron estudiantes, obreros, campesinos e incluso una incipiente insurgencia guerrillera que tuvo un breve desarrollo. El momento más conflictivo se produjo en la llamada «Gesta Heroica», 1964, donde volvió a producirse un enfrentamiento directo con tropas norteamericanas. El fraude electoral se convirtió en una herramienta recurrente en la etapa con el fin de obturar el acceso a la presidencia de Arnulfo Arias y el Partido Panameñista; mientras los reclamos por los tratados con los Estados Unidos seguían en aumento, la crisis desatada con el rechazo masivo de los tratados «3 en 1» (Robles-Johnson) 1967, que buscaban legalizar las bases militares norteamericanas volvió insostenible la situación. Finalmente la «Guardia Nacional», que es árbitro de las disputas nacionales desde 1940, se hizo cargo de la situación a partir de un nuevo golpe de Estado el 11 de octubre de 1968.

Lo que parecía ser bajo la conducción del coronel José Pinilla un simple reacomodamiento de una estructura de poder en crisis, terminó por convertirse en un cambio radical de rumbo de la política panameña cuando la facción de la «Guardia Nacional» dirigida por Omar Torrijos se impuso en la conducción estatal para diciembre de 1969. Torrijos llevó adelante una serie de transformaciones tanto hacia el interior de la sociedad panameña cuanto en su vínculo con los Estados Unidos. El eje de su política externa fue la denuncia de los tratados y las negociaciones en la búsqueda de limitar con una fecha definida el control norteamericano en la zona del canal, aumentar los márgenes de decisión soberana de Panamá sobre el

territorio enajenado y obtener mayores ingresos económicos para el país. En 1971, se promulgó el Código de Trabajo; al año siguiente, se dictó una nueva Constitución y a partir de un plan de modernización se continuó con una política industrialista, así como se desarrolló una política social de inversión estatal para mejorar las condiciones de vida de la población.

El Gobierno de Torrijos contó con un amplio apoyo popular; sin embargo, fue denunciado por aplicar ciertas políticas represivas. Por otro lado, las dificultades económicas que inauguró la crisis del petróleo en 1973 llevaron a una desestructuración de la capacidad productiva y al endeudamiento externo. En este marco, se realizaron nuevos acuerdos con Estados Unidos: el Tratado Torrijos-Carter (1977), que tuvo una serie de conquistas para el pueblo panameño, entre las que se destacaron la fijación de una fecha para la devolución del territorio (1999) y la gradual reversión de propiedades aledañas al canal; no obstante, también se realizaron concesiones como la legalización de las bases militares del país del norte. La crisis económica fue resquebrajando el marco de alianzas planteado por Torrijos, aunque en principio mantuvo el apoyo de los trabajadores aun cuando la oposición se fuera organizando en torno a los estudiantes y a partir de una amplia coalición de derecha que, finalmente, forzó su salida del poder a comienzos de la década de 1980.

Por su parte, las aspiraciones de soberanía e independencia de Belice de las décadas de 1960 y 1970 cristalizaron el apoyo de numerosos países frente al reclamo guatemalteco, incluyendo a México, que en otra época también reclamó por la región (finalmente, en 1999 el Gobierno de Guatemala reconoció la autodeterminación del pueblo de Belice, pero continuó con su reclamo sobre la mitad de su actual territorio).

A principio de la década de 1950, el Partido Unido Popular (PUP) liderado por John Smith y George Price planteó como objetivos una reforma constitucional democrática, elecciones libres y la independencia. En 1951, se produjo la unión entre la Unión General de Trabajadores y el PUP, y en 1952 realizaron una huelga general exitosa. El sufragio general fue alcanzado en 1954 y la reforma constitucional fue otorgada en 1963, donde se estableció un autogobierno, en el cual todos los ministerios pasaron a manos de beliceños, salvo el de Relaciones Exteriores y el de Defensa. En las elecciones de 1964, George Price alcanzó la presidencia del Gobierno Autónomo de Honduras Británicas.

El Gobierno del PUP buscó fortalecer el frente interno y llevó adelante un masivo programa de reformas del aparato productivo. En 1964, Price presentó un programa de desarrollo económico y social que se profundizó en la década de 1970. Incluía la creación de Belmopan, actual capital en lugar de Belice City, que había sido destruida por el huracán Hattie en 1961. La alfabetización del 90 % de la población, una legislación laboral progresista y una reforma agraria están entre sus logros.

Con un gobierno fortalecido, el PUP logró avales internacionales para lograr su independencia. La Revolución cubana se pronunció a favor de Belice, quien consiguió además entre 1978 y 1980, el apoyo en la ONU, de Panamá, México, Costa Rica, Nicaragua y Estados Unidos. La independencia fue alcanzada el 21 de septiembre de 1981. A pesar de esto, Belice quedó integrada a la Mancomunidad de Naciones Británicas, por lo que reconoció como máxima autoridad al monarca inglés.



EL CARIBE

Sin duda, el proceso político del Caribe que mayor impacto y alcance tuvo en el período fue la Revolución cubana. Si su influencia en el Cono Sur fue de vital importancia para la zona, para América Central en general lo fue aún más. Mientras que para las élites fue un peligroso «fantasma comunista» que recorría cada uno de los países, para los movimientos revolucionarios y antidictatoriales, en cambio, representó un espejo donde mirarse. Si bien los Estados Unidos estuvieron pendientes de ella, no por eso dejó de monitorear otros procesos que, según su diagnóstico, podían transitar un sendero similar (para más datos, cfr. apartado de «Revolución cubana»). Uno de ellos fue el caso de la República Dominicana. Tras el atentado que asesinó a Rafael L. Trujillo en 1961, Juan Bosch regresó al país tras veintitrés años de exilio para dirigir el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), creado en 1939 en el marco de la lucha contra aquella dictadura. Después de un período de turbulencias políticas se llamó a elecciones, allí se presentó como candidato, triunfó y asumió la presidencia, poniendo fin así a un largo período de persecuciones y asesinatos desatados por la prolongada era trujillista (1930-1961).

Bosch gobernó en beneficio de los sectores más desposeídos del pueblo; sancionó la Constitución de 1963, en la que se defendió la libre organización

Rafael L. Trujillo, asesinado en 1961.





Juan Bosch y su esposa Carmen Quidiello junto a activistas y dirigentes del Partido Revolucionario Dominicano (PRD).

sindical, el respeto al derecho al trabajo y la participación de los obreros en los beneficios de las empresas; también rechazó las presiones ejercidas por Estados Unidos y los sectores locales más anticomunistas. Su proyecto político se opuso fuertemente a poderosos grupos económicos, eclesiásticos, extranjeros y militares remanentes del período anterior. Sin embargo, a los siete meses de gobierno fue depuesto por un nuevo golpe de Estado, liderado por el coronel Elías Wessin y apadrinado por los Estados Unidos. Tras estos sucesos, nuevamente se exilió en Puerto Rico. El pueblo dominicano inició una resistencia armada al mando del joven coronel Francisco Caamaño. El 24 de abril se produjo un levantamiento popular que puso en jaque al Gobierno militar de Cabral. La facción de las fuerzas armadas dominicanas trujillistas no logró controlar la movilización popular, que además obtuvo el apoyo de una parte de los oficiales jóvenes. Cuando las milicias seguidoras de Bosch se hicieron con el control de la ciudad y nombraron a Caamaño presidente provisional, el presidente de Estados Unidos Lyndon Johnson, decidió invadir nuevamente la isla con el aval de la OEA. A fines de abril de 1965, se produjo el desembarco de cuarenta y dos mil marines para evitar el triunfo de la resistencia y la restitución de Bosch como presidente constitucional.

Como consecuencia de la intervención norteamericana en 1966, Joaquín Balaguer, figura cercana a Trujillo y hombre de confianza de los Estados Unidos, ganó unas elecciones por demás tuteladas, manteniéndose en el poder durante doce años, tiempo en el que nuevamente la represión y el fraude electoral fueron una práctica habitual. En 1972, el grupo revolucionario «Los Palmeros» de tradición socialista intentó derrocarlo, pero fue descubierto y desbaratado (en el enfrentamiento muere Francisco Caamaño). En este marco se produjo una división del PRD, ya que en 1974 Bosch impulsó la creación del Partido de la Liberación Dominicana por estar en desacuerdo con la estrategia diagramada por Peña Gómez, quien proponía levantar el abstencionismo y articular alianzas con otros espacios políticos. En 1978 el PRD ganó las elecciones; no obstante el candidato ganador, Antonio Guzmán Fernández, interrumpió su mandato al suicidarse en 1982.



JUAN EMILIO BOSCH GAVIÑO (1909-2001)



Escritor, periodista, historiador y político de República Dominicana. Su virtuosismo artístico, su compromiso como intelectual orgánico y la coherencia de su pensamiento político significaron un aporte fundamental para las luchas de liberación latinoamericana del siglo XX. Su injerencia en la política dominicana se remonta a los tiempos de su juventud. Acusado de conspirar contra la dictadura trujillista en 1933 es enviado a prisión. En 1938, se exilia en Puerto Rico y en 1939 llega a La Habana en medio del clima revolucionario producto de la caída del tirano Gerardo Machado.

Es nombrado asesor del presidente Carlos Prío Socarrás. Establece relaciones estrechas con intelectuales y artistas progresistas cubanos como Nicolás Guillén, Raúl Roa, Marcelo Pogolotti y Carlos Enríquez. Funda el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) para enfrentar el régimen de Trujillo y el periódico Quisqueya Libre. Participa en 1947 de la dirección del movimiento armado Cayo Confites, que intenta sin éxito derrocar al régimen dictatorial, allí conoce a Fidel Castro Ruz.

Militares de los Estados Unidos por las calles de la ciudad de Santo Domingo.



En el caso de Haití, después de la Segunda Guerra Mundial, se consolidó una nueva burguesía negra. Su representante en el poder fue «Papa Doc», como se conoció popularmente a François Duvalier; este ganó las elecciones presidenciales de 1957 y al poco tiempo se declaró presidente vitalicio (cuestión contemplada en la Constitución). Así se aseguró el control del Estado y de la oposición a partir de

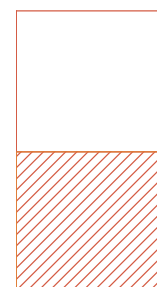
la purga de las Fuerzas Armadas, del establecimiento de una policía secreta (los «Tonton Macoutes»), de la supresión del Senado, la prohibición de los sindicatos y el establecimiento de un férreo control sobre la Iglesia católica. Duvalier aplicó una política basada en una concepción racial excluyente y persiguió especialmente a los mulatos. Su política además, estuvo signada por la presencia permanente de Estados Unidos, que a través de préstamos del FMI, se aseguró un control sobre la estructura económica del país. Antes de morir declaró a su hijo como sucesor, quien en 1971, lo continuó en la presidencia.

Jean-Claude Duvalier, «Baby Doc», asumió la presidencia con tan solo diecinueve años; promovió la liberalización en algunos asuntos de la vida de los haitianos, en particular en cuanto a la persecución racial; esto no puso fin a las prácticas represivas puesto que prosiguieron los arrestos, las torturas y el exilio de ciudadanos. La situación económica eclosionó en los años ochenta, cuando se multiplicaron las protestas de los campesinos y estudiantes. Finalmente en 1986, Estados Unidos retiró su apoyo al Gobierno e instó a Duvalier a abandonar el país. El saldo que dejó la administración, atravesada por la corrupción y la violencia estatal, fue ciertamente desolador. Con una concentración de la riqueza que ubicó a Haití entre los países más desiguales del planeta, con un porcentaje de malnutrición infantil que alcanzó para 1980 la cifra del 87 %, con miles de haitianos asesinados y un quinto de la población que se vio obligada a abandonar el país, ya por razones políticas cuanto por causas económicas.



Jean-Claude Duvalier, «Baby Doc».

Puerto Rico, por su parte, fue conmocionado por la Revolución cubana. El Partido Nacional expresó entonces su apoyo y exigió el retiro de las bases norteamericanas de las islas Vieques y Culebra. Hacia el final del mandato de Muñoz Marín, el Partido Popular Democrático atravesó por una serie de modificaciones mediante las cuales se impuso como nuevo representante de la «nueva generación» Roberto Sánchez Vilella, quien asumió como gobernador general en 1964. En esta misma época, los grupos independentistas —liderados por



Géigel Polanco y Mari Brás— llevaron adelante intensas campañas para instalar en la ONU la discusión de la situación colonial del país, buscando amparo en la «Resolución sobre la Concesión de la Independencia a los Países y Pueblos Coloniales». En 1965 el caso fue discutido en el «Comité de Descolonización», pero el Gobierno de Estados Unidos insistió en que era un asunto «doméstico» y no de competencia internacional.

Marín, Augusto.

1. *Grano de oro* (Puerto Rico, 1962).

2. *El agricultor* (Puerto Rico, 1960).



Durante el período comprendido entre 1965-1982, y en el marco de la operación «Manos a la Obra» (un proyecto de industrialización sustentado a partir inversiones norteamericanas), la isla asistió al desarrollo de una industria pesada por medio de la refinación del petróleo y el establecimiento de firmas petroquímicas. En el marco de la propaganda anticomunista y procolonial difundida por los Estados Unidos, los resultados de esta política económica llevaron a la instalación de Puerto Rico como la «vitrina del Caribe». Este incipiente crecimiento económico contribuyó a salir de la extrema pobreza a un segmento de la población, pero a su vez generó fuertes desigualdades sociales entre aquellos poco alcanzados por los beneficios económicos de dichas áreas y los que quedaban excluidos. El crecimiento macroeconómico publicitado sin embargo, no trastocó los cimientos productivos del país basados en la agricultura y en la ganadería, lo cual prolongó su situación de dependencia económica sumada, claro está, a la dependencia política.

Hacia 1973 con la crisis internacional del petróleo, el impacto económico se hizo sentir a través del estancamiento económico, inflación, desempleo, huelgas sindicales y estudiantiles, y altos niveles de criminalidad. Este descontento social fue nuevamente reprimido por el Estado. En 1981, una nueva variación negativa de los precios del petróleo y la disminución de las inversiones provocó otra fuerte recesión de la economía.

En los procesos de descolonización que inició Inglaterra durante la segunda posguerra, las llamadas Antillas Menores no fueron consideradas con el derecho a independizarse; la Corona británica consideró entonces que cada una de ellas no contaba con las dimensiones demográficas y económicas suficientes para



constituirse en Estado autónomo. De allí que planificó la creación de una federación con el objeto de generar una situación propicia para la declaración de la independencia bajo la condición de mantener el tutelaje político en la región. En 1958 Granada se incorporó así, junto al resto de las Antillas angloparlantes, a la «Federación de Indias Occidentales», un nombre que de por sí ya resultaba anacrónico. Sin embargo, esta se disolvió hacia 1962, abriendo el camino para la declaración de la independencia de cada Estado en forma individual. Granada finalmente lo hizo el 7 de febrero de 1974.

Para la época, aparece una figura central en la vida política del país: Eric Gairy. Este se había desempeñado como maestro y en los años cincuenta se convirtió en conductor sindical, participando activamente en la huelga general de 1951. En el mismo año, decidido a iniciar la acción política directa, creó el partido político United Labor Party de Granada (GULP) que le permitió ser elegido representante de la Colonia ante el Consejo Legislativo. La relación con la Corona británica osciló entre la colaboración y la lucha por la emancipación. En 1967, una vez declarado Estado autónomo, fue elegido primer ministro; en 1974 volvió a acceder al cargo cuando Granada obtuvo su independencia. Sin embargo, los últimos años de su gobierno difieren profundamente a su accionar político previo.

El Gobierno de Gairy, que había llegado a concitar una importante adhesión social, se terminó por convertir en foco de denuncias de corrupción y despotismo. Su enriquecimiento personal fue por demás notable; públicamente se sabía que poseía restaurantes, casinos y clubes nocturnos. Hacia fines de los años setenta la situación social del país era desastrosa: el desempleo había alcanzado al 50 % de la población y la educación y la salud se hallaban por demás relegadas.

El 13 de marzo de 1979, el New Jewel Movement (Movimiento Nueva Joya), liderado por Maurice Bishop lo derrocó, constituyéndose en la única revolución armada exitosa del Caribe anglófono. El autoproclamado Gobierno Revolucionario del Pueblo (PRG) dio inicio a un proceso de transformaciones con medidas a favor de los trabajadores, lo que fomentó la organización popular a través del crecimiento de los sindicatos y la formación de Consejos en barrios y lugares de trabajo donde se discutían las políticas del gobierno, y con la intervención del Estado en la economía, impulsando la industria nacional para no depender exclusivamente de la producción de nuez moscada. La escolaridad y el servicio de salud pasaron a ser gratuitos, se construyeron viviendas, aumentó el salario real en un 10 % y

1. Maurice Bishop.
2. Militares estadounidenses en Granada.



1



2

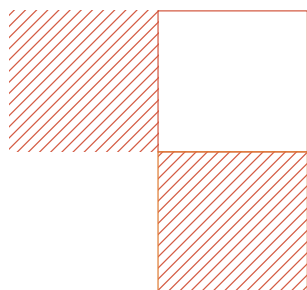
descendió el desempleo de un 50 % a un 12 %. En política exterior, el PRG declaró su solidaridad con Cuba y reafirmó su independencia política frente a los Estados Unidos. Claro que la potencia del norte no aceptó la nueva situación política. Con los pretextos de que el «país rojo» aplastaba la democracia y exportaba la «subversión» a otros países, sumado a la construcción de un aeropuerto señalado de ser una base logística en beneficio de la Unión Soviética y Cuba, el Gobierno de Reagan comenzó una agresiva política de intervención en el escenario granadino que culminaría con una invasión. Los sucesos internos dieron el pretexto final: hacia octubre de 1983, y tras regresar de una visita diplomática a Checoslovaquia y Hungría, el viceprimer ministro Bernard Coard arrestó a Bishop, acusándolo de detener la revolución. El golpe interno no es apoyado por la población que se moviliza para reclamar su liberación. Sin embargo días más tarde, Coard ordenó la ejecución del conductor del movimiento granadino junto a otros miembros del gabinete. Bajo la excusa de proteger a ciudadanos estadounidenses que vivían en Granada, el 25 de octubre de 1983, Estados Unidos invadió la isla.

Durante más de un año las tropas extranjeras permanecieron en el territorio y se produjeron detenciones clandestinas y torturas. En noviembre de 1984, se convocó a elecciones y asumió una fuerza política moderada, el New National Party (Nuevo Partido Nacional) liderado por Herbert Augustus Blaize, quien ya había gobernado el país en un breve período durante los sesenta. A partir de allí el país atravesó una lenta y dolorosa transformación hacia una economía neoliberal. El camino realizado por el Gobierno revolucionario fue rápidamente desarticulado; el desempleo alcanzó el 40 % y la pobreza se duplicó.

En cuanto a Jamaica, el 6 de agosto de 1962, después de trescientos años de colonización británica, se convirtió previo referéndum, en una nación independiente. La elección del primer ministro recayó en el conservador Alexander Bustamante, del Jamaica Labour Party (JLP, Partido Jamaicano del Trabajo). Durante sus primeros diez años de vida independiente, el país continuó bajo dominio conservador.

Con un programa progresista, en 1972 triunfó en las elecciones Michael Manley en representación del People's National Party (Partido Nacional del Pueblo). El nuevo primer ministro elevó el impuesto sobre las exportaciones de bauxita e inició negociaciones con las transnacionales para lograr mayor control público sobre las actividades mineras. Se impulsó la integración caribeña al crear junto con Venezuela una empresa de comercialización de aquel mineral al tiempo que se integró el país a la Flota Mercante Multinacional del Caribe. Esta fuerza política volvió a ganar las elecciones en diciembre de 1976, año en el que Manley se pronunció por el socialismo y Jamaica pasó a tener un rol más activo en el Movimiento de Países No Alineados, adoptando posiciones solidarias con los procesos anticolonialistas africanos.

Los Estados Unidos hicieron conocer su descontento y las transnacionales mineras redujeron su producción y transfirieron sus operaciones a otros países. En 1979 el FMI presionó a Jamaica para imponer condiciones que se traducían en un drástico descenso del nivel de vida de la población. En medio de un clima de desestabilización generada por los partidos opositores, Manley convocó a elecciones anticipadas para 1980, elecciones que terminaron llevando al poder al opositor Edward Seaga. Las primeras medidas políticas del nuevo Gobierno estuvieron signadas por la apertura del país a inversiones extranjeras y por la ruptura de las relaciones con antiguos aliados como Cuba. El resultado de este



giro determinó el aumento del desempleo y de la deuda externa, la cual se duplicó entre 1981 y 1983. En este último año, Jamaica se sumó al grupo de países caribeños que otorgó respaldo diplomático y cooperación militar a la invasión estadounidense de Granada.

ARGENTINA

El golpe de Estado al Gobierno de Juan D. Perón en 1955 abrió un nuevo capítulo en la historia argentina. El conductor del movimiento peronista permaneció en el exilio durante diecisiete años, aunque su figura en ningún momento dejó de ser el centro de atención por donde giraba la vida política del país. El nuevo Gobierno militar fue representado en un primer momento por el general Eduardo Lonardi, quien expresó la idea de que no existían «Ni Vencedores Ni Vencidos», pretendiendo infructuosamente, una unidad nacional que sus socios golpistas ciertamente no anhelaban. Con un ideario católico-nacionalista, su gobierno duró unos pocos días; finalmente, se hizo cargo de la autodenominada «Revolución Libertadora» otro general, Pedro Eugenio Aramburu, quien junto al vicepresidente Isaac Rojas pretendió, ahora sí, «desperonizar» el país a fuerza de censuras, proscripciones y persecuciones. Entre los hechos de represión llevados a cabo se encontraron el fusilamiento del Gral. Valle y los asesinatos a militantes peronistas en la localidad de José León Suárez.

AMÉRICA DEL SUR: DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA A LOS GOLPES DE ESTADO



Festejos en Córdoba luego del golpe de Estado de 1955.



CARTA DEL GENERAL VALLE AL GENERAL ARAMBURU ANTES DE SER FUSILADO 12 DE JUNIO DE 1956



Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y de militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido.

Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta.

Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanques de ustedes aun antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no, han querido ustedes, escarmentar al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo. De aquí esta inconcebible y monstruosa ola de asesinatos.

Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas

les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones.

La palabra 'monstruos' brota incontenida de cada argentino a cada paso que da.

Conservo toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontenible de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las instituciones templos y personas. En las guarniciones tomadas no sacrificamos un solo hombre de ustedes. Y hubiéramos procedido con todo rigor contra quien atentara contra la vida de Rojas, de Bengoa, de quien fuera. Porque no tenemos alma de verdugos. Solo buscábamos la justicia y la libertad del 95 % de los argentinos, amordazados, sin prensa, sin partido político, sin garantías constitucionales, sin derecho obrero, sin nada. No defendemos la causa de ningún hombre ni de ningún partido.

Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto, y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria.

Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos la dicta el odio, solo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror. Pero inútilmente. Por este método solo han logrado hacerse aborrecer aquí y en el extranjero. Pero no tapan con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes.

Como cristiano me presento ante Dios, que murió ajusticiado, perdonando a mis asesinos, y como argentino, derramo mi sangre por la causa del pueblo humilde, por la justicia y la libertad de todos, no solo de minorías privilegiadas. Espero que el pueblo conozca un día esta carta y la proclama revolucionaria en las que quedan nuestros ideales en forma intergiversable. Así nadie podrá ser embaucado por el cúmulo de mentiras contradictorias y ridículas con que el Gobierno trata de cohonestar esta ola de matanzas y lavarse las manos sucias en sangre. Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la patria.

Con un afán ciertamente revanchista, la dictadura buscó desmontar la estructura institucional, social y económica creada por el peronismo durante más de diez años; así, entre otras medidas derogó la Constitución de 1949, restableciendo la de 1853, y eliminó las principales conquistas laborales. A su vez, mediante un decreto que pasó a la historia, se proscribió al Partido Peronista (más tarde rebautizado Justicialista), se inhabilitó a los dirigentes peronistas y gremiales que durante el gobierno de Perón hubieran ejercido cargos públicos y se prohibió el uso de todos los símbolos partidarios, incluidas las fotos, canciones, distintivos y consignas. Todo esto era acompañado por una campaña publicitaria de desprestigio destinada a que los sectores populares abandonasen su adhesión al peronismo; sin embargo, el efecto provocado fue el opuesto.

PROHIBICIÓN DE ELEMENTOS DE AFIRMACIÓN IDEOLÓGICA O DE PROPAGANDA PERONISTA. DECRETO-LEY 4161 5 DE MARZO DE 1956



Visto el decreto 3855/55 (6) por el cual se disuelve el Partido Peronista en sus dos ramas en virtud de su desempeño y su vocación liberticida, y Considerando:

Que en su existencia política el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana para lo cual creó imágenes, símbolos, signos y expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas.

Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo Argentino, constituyen para este una afrenta que es imprescindible borrar, porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la nación y una rémora para la consolidación de la armonía entre los argentinos.

Que en el campo internacional, también afecta el prestigio de nuestro país porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por grandes dictaduras de este siglo que el régimen depuesto consiguió parangonar.

Que tales fundamentos hacen indispensable la radical supresión de esos instrumentos o de otros análogos, y esas mismas razones imponen también la prohibición de su uso al ámbito de las marcas y denominaciones comerciales, donde también fueron registradas con fines publicitarios y donde su conservación no se justifica, atento al amplio campo que la fantasía brinda para la elección de insignias mercantiles.

Por ello, el presidente provisional de la Nación Argentina, en ejercicio del Poder Legislativo, decreta con fuerza de ley:

1.º Queda prohibida en todo el territorio de la nación:

a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo.

Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto el de sus parientes, las expresiones «peronismo», «peronista», «justicialismo»,

«justicialista», «tercera posición», la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales «Marcha de los Muchachos Peronistas» y «Evita Capitana» o fragmentos, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos.

b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del peronismo.

c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes símbolos y demás, objetos señalados en los dos incisos anteriores.

2.º Las disposiciones del presente decreto-ley se declaran de orden público y en consecuencia no podrá alegarse contra ellas la existencia de derechos adquiridos. Caducan las marcas de industria, comercio y agricultura y las denominaciones comerciales o anexas, que consistan en las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los incisos a) y b) del art. n.º 1.

Los ministerios respectivos dispondrán las medidas conducentes a la cancelación de tales registros.

3.º El que infrinja el presente decreto-ley será penado:

a) Con prisión de treinta días a seis años y multa de \$ 500 a \$ 1.000.000;

b) Además, con inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario público o dirigente político o gremial;

c) Además, con clausura por quince días, y en caso de reincidencia, clausura definitiva cuando se trate de empresas comerciales.

Cuando la infracción sea imputable a una persona colectiva, la condena podrá llevar como pena accesoria la disolución.

4.º Las sanciones del presente decreto-ley será refrendado por el Excmo. señor vicepresidente provisional de la nación y por todos los señores ministros secretarios de Estado en acuerdo general.

5.º Comuníquese, dese a la Dirección General del Registro Nacional y archívese.

Aramburu - Rojas - Busso - Podestá Costa - Landaburu - Mígone. - Dell'Oro Maini - Martínez - Ygartúa - Mendiondo - Bonnet - Blanco - Mercier - Alsogaray - Llamazares - Alizón García - Ossorio Arana - Hartung - Krause.

Al calor de la represión y las malas condiciones de trabajo, y con el objetivo de crear las condiciones necesarias para el retorno de Perón a la Argentina, se gestó un movimiento que se conoció como la «Resistencia Peronista». Se desplegó no solo en la vía pública sino también en las fábricas y en los distintos lugares de trabajo a partir de la organización de combativas comisiones internas y cuerpos de delegados. Así, alentados por el mismo Perón desde el exilio, comenzaron a realizarse acciones individuales y colectivas de sabotaje y actos relámpagos en la vía pública para sortear la censura oficial. En ese marco, se conformaron miles de pequeños grupos que actuaban en la clandestinidad, entre los que se destacó la Juventud Peronista. Uno de los referentes principales fue John William Cooke, elegido por Perón como su delegado personal y, en caso de su ausencia, como su heredero.

A pesar de encontrarse proscrita la principal fuerza política, en 1958 se realizaron las elecciones presidenciales. Tras un acuerdo secreto entre un sector del

radicalismo liderado por Arturo Frondizi y Perón (negociado por sus respectivos hombres de confianza, Rogelio Frigerio y John W. Cooke), se impuso en los comicios la Unión Cívica Radical Intransigente, alcanzando la primera magistratura gracias a los votos peronistas (fieles a las directivas de su conductor). Las ganancias obtenidas por Perón sin embargo fueron parciales; si bien se restableció la legalidad de los sindicatos, su fuerza política continuó proscripta, aunque cierto es que comenzó a actuar bajo otras denominaciones legales.

Arturo Frondizi camino a la Casa de Gobierno, 1958.



Sumándose a una corriente que atravesaba otros países capitalistas (en la región Brasil fue el caso más importante), Frondizi implementó el modelo económico conocido como desarrollismo. Mediante el auspicio del arribo de inversiones externas solo en los sectores más dinámicos de una industria ya en marcha (petróleo, acero, químicos, automotriz, entre otras) y con un Estado que se ocuparía solo de aquellas obras de infraestructura necesarias para que estas funcionasen correctamente. A diferencia de la política económica peronista, se decidieron diversas desregulaciones que tenían como objetivo lograr la llegada de estas inversiones, las cuales incluían acuerdos con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y por ende, una disminución del gasto público (léase reducción del Estado y privatizaciones de algunas de sus empresas). Así, se comenzó un plan de despidos (por ejemplo en el ferrocarril) y la venta de empresas públicas (tal como ocurrió con el frigorífico Lisandro de la Torre). En este marco la resistencia peronista se reanudó, pero ahora con los sindicatos legalizados y con un proceso que, si bien había comenzado años antes, ahora terminaba de cristalizarse: la aparición de nuevos referentes sindicales formados al calor de las luchas laborales y políticas, aunque también en permanente contacto con empresarios y con funcionarios del Estado. Los programas elaborados en los congresos de la CGT de La Falda (1957) y Huerta Grande (1962) daban cuenta de sus ideas y del grado de organización que estaban obteniendo. A la resistencia obrera, el presidente respondió con un plan represivo (Plan CONINTES o de Conmoción Interna del Estado vigente de 1958 a 1961) donde entregaba a las Fuerzas Armadas la responsabilidad de juzgar a los trabajadores detenidos que se contaron en miles.



Caricatura sobre el gobierno de Arturo Frondizi

PROGRAMA DE LA FALDA (1957)

(SELECCIÓN DE FRAGMENTOS)

a) Comercio exterior: control estatal del comercio exterior sobre las bases de la forma de un monopolio estatal. Liquidación de los monopolios extranjeros de importación y exportación. Control de los productores en las operaciones comerciales con un sentido de defensa de la renta nacional. Planificación del proceso en vista a las necesidades del país, en función de su desarrollo histórico, teniendo presente el interés de la clase laboriosa. Ampliación y diversificación de los mercados internacionales. Denuncia de todos los pactos lesivos de nuestra independencia económica. Planificación de la comercialización teniendo presente nuestro desarrollo interno. Integración económica con los pueblos hermanos de Latinoamérica, sobre las bases de las experiencias realizadas.

b) En el orden interno: política de alto consumo interno; altos salarios, mayor producción para el país con sentido nacional. Desarrollo de la industria liviana adecuada a las necesidades del país. Incremento de una política económica tendiente a lograr la consolidación de la industria pesada, base de cualquier desarrollo futuro. Política energética nacional; para ello se hace indispensable la nacionalización de las fuentes naturales de energía y su explotación en función de las necesidades del desarrollo del país. Nacionalización de los frigoríficos extranjeros, a fin de posibilitar la eficacia del control del comercio exterior, sustrayendo de

manos de los monopolios extranjeros dichos resortes básicos de nuestra economía. Soluciones de fondo, con sentido nacional a los problemas económicos regionales sobre la base de integrar dichas economías a las reales necesidades del país, superando la actual división entre «provincias ricas y provincias pobres». Control centralizado del crédito por parte del Estado, adecuándolo a un plan de desarrollo integral de la economía

con vistas a los intereses de los trabajadores. Programa agrario, sintetizado en: mecanización del agro, «tendencia de la industria nacional», expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en procura de que la tierra sea de quien la trabaja.

c) Para la Justicia Social: control obrero de la producción y distribución de la riqueza nacional, mediante la participación efectiva de los trabajadores en la elaboración y ejecución



Ricardo Carpani, *Huelga*, ca. 1958.



del plan económico general, a través de las organizaciones sindicales; participación en la dirección de las empresas privadas y públicas, asegurando, en cada caso, el sentido social de la riqueza; control popular de precios. Salario mínimo, vital y móvil. Previsión social integral: unificación de los beneficios y extensión de los mismos a todos los sectores del trabajo. Reformas de la legislación laboral tendientes a adecuarla al momento histórico y

de acuerdo al plan general de transformación popular de la realidad argentina. Creación del organismo estatal que con el control obrero posibilite la vigencia real de las conquistas y legislaciones sociales. Estabilidad absoluta de los trabajadores. Fuero sindical.

PROGRAMA DE HUERTA GRANDE (1962)

1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.
2. Implantar el control estatal sobre el comercio exterior
3. Nacionalizar los sectores claves de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficas.
4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.
6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.
7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8. Implantar el control obrero sobre la producción.
9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la nación y el pueblo argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción.

Más allá de la viabilidad y de las ventajas del proyecto desarrollista, Frondizi quedó atrapado en el juego de poderes que para entonces presentaba el mapa político argentino. Sin el apoyo de las Fuerzas Armadas (quienes tras tomar conocimiento de su acuerdo con Perón y de su reunión con Ernesto «Che» Guevara observaban en él a un aliado del comunismo y un peligro para la seguridad nacional), sin el apoyo del peronismo y de los sindicatos, con la UCR fracturada, su días estaban contados. Tras celebrarse elecciones para gobernadores, donde el peronismo confirmó su primacía electoral, días después, el 29 de marzo de 1962 un nuevo golpe militar lo derrocó. En su lugar, las fuerzas militares dejaron al presidente de la Cámara de Senadores, José María Guido. Tras un enfrentamiento interno sin precedentes entre estas, cuyos bandos se identificaron como «azules» y «colorados», el sector victorioso liderado por el general Juan Carlos Onganía le impuso al Gobierno una salida electoral monitoreada por ellos y, claro está, manteniendo la proscripción del peronismo (los derrotados «colorados» en cambio, pretendían hacerse cargo del Estado sin convocar a elecciones).

Arturo Illia Presidente.

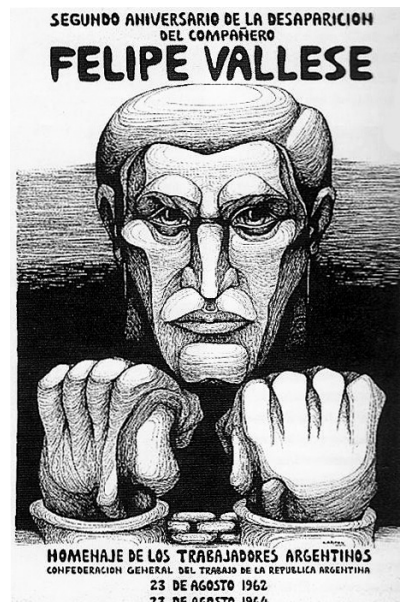


Así, el 7 de julio de 1963 se llevaron adelante las elecciones que dieron la victoria a la fórmula Arturo Illia-Carlos Perette de la UCR del Pueblo. Con una legitimidad cuestionada (ante la proscripción, Perón ordenó desde Madrid votar en blanco; obtuvo casi el 20 % de los votos contra el 25 % de la fórmula triunfante), un radicalismo dividido entre diferentes caudillos provinciales aun al interior mismo de la UCRP, con unas Fuerzas Armadas que en el clima de la Guerra Fría pretendían mayores prerrogativas y heredando una economía que si bien pronto se recuperó venía de una brusca devaluación, sus días en el gobierno fueron por demás complicados. Después de diciembre de 1964 impidió el retorno de Perón al país, deteniendo su avión en Río de Janeiro (presionado también por las Fuerzas Armadas), generando así un fuerte clima de oposición, en tanto que el peronismo comenzaba a cosechar apoyos de estudiantes, intelectuales, sacerdotes y sectores de izquierda en un proceso que, sin embargo, alcanzó su apogeo pocos años después.

Pero fue sin duda el movimiento obrero el que para entonces se convirtió en verdadero factor de poder. Alentó la movilización y también recurrió a medidas de fuerza planificadas, tendientes a reforzar la disciplina sindical y la verticalidad (la acción más recordada fue la ocupación simultánea de once mil establecimientos industriales). La capitalización de dicho fortalecimiento sindical (en un entramado industrial que también crecía y se diversificaba sectorial y geográficamente) fue obtenida por Augusto T. Vandor, representante de los obreros metalúrgicos que, en este marco, se animó a desafiar el liderazgo del mismo Perón en el interior de su movimiento. Si bien fue hábilmente desactivado por este, el episodio daba cuenta del protagonismo sindical del momento, aunque también de la fidelidad de los trabajadores y las bases peronistas para con su histórico conductor.

Al igual que Frondizi en su momento, para 1965 Illia se había quedado sin sustento de poder. Las Fuerzas Armadas tenían como objetivo aumentar su poder, y después de la Revolución cubana se encontraban particularmente preocupadas por la seguridad nacional (la negativa del presidente de apoyar la invasión norteamericana a República Dominicana ese mismo año y la de habilitarle la represión de una célula guerrillera apoyada por el Che Guevara en la provincia de Salta habían contribuido a ello). Con las corporaciones empresarias cansadas del intervencionismo estatal y de las regulaciones ensayadas (la más recordada fue la de laboratorios medicinales de firmas extranjeras), sin el apoyo de los sindicatos y con parte de los medios de comunicación masiva en contra, Illia se encontró fuertemente debilitado. Así, en un clima destituyente, el 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas pusieron fin a su gobierno.

El golpe de Estado de 1966 inició el período bautizado por sus promotores como «Revolución Argentina» (1966-1973). Estos pertenecían a la facción «azul» del ejército y a la aristocrática arma de caballería, fuertemente antiperonista y conservadora. Juan Carlos Onganía, su líder, asumió como primer presidente de facto del período. A diferencia de otros golpes militares, aquí se hicieron cargo del Estado el conjunto de las Fuerzas Armadas a través de una Junta de Comandantes, y no determinadas facciones; de allí que las ciencias sociales los llamaran «golpes institucionales». También, a diferencia de otras experiencias militares, esta generación de oficiales pretendía no solo «sanear» y reordenar un sistema político que consideraba viciado, sino además desplegar un nuevo proyecto económico y social. Presentándose a ellos mismos como una élite dirigente, ensayaron —infructuosamente— mecanismos para reemplazar al sistema de



Afiche de la Confederación General del Trabajo (CGT) en conmemoración del asesinato de Felipe Vallese, ilustración de Ricardo Carpani, 1964.



partidos políticos hijos de la tradición liberal por otro sustentado en los cuerpos intermedios sugeridos en la doctrina social de la Iglesia, aunque tampoco faltaran ciertas ideas corporativistas más emparentadas al fascismo europeo.

En el plano social evaluaron que el desorden causado por el «populismo» peronista y sus sindicatos solo era posible de reencauzar a través de la represión y la censura. Así, comenzó a desplegarse desde el Estado una represión que —y esta era la novedad del período— fue más allá del peronismo y apuntó a cualquier expresión política, social y cultural que para ello desafiara no solo el orden, sino los valores de lo que llamaban la sociedad «occidental y cristiana». Así, se pasaba del antiperonismo a la antipolítica. La jornada conocida como «La noche de los bastones largos», que consistió en la intervención y represión en las universidades públicas, (especialmente en la de Buenos Aires) fue sin dudas la postal más recordada de este proceso. En el universo ideológico de las Fuerzas Armadas, dominadas por un conservadurismo católico similar al que entonces regía los destinos de la España franquista, no había lugar para las disidencias ni para las nuevas ideas y expresiones de una sociedad en fuerte proceso de participación política y de renovación cultural e ideológica.

Estas propuestas políticas y sociales iban de la mano del intento de aplicar un nuevo modelo económico. Entregaron las llaves de la economía a equipos «técnicos» de economistas liberales que ensayaron un desarrollismo autoritario de la mano de inversiones extranjeras y del capital financiero norteamericano (una alianza que en el marco de la Guerra Fría también se proyectaba al área de defensa cada vez más obediente de la doctrina de la seguridad nacional). Para ello, devaluaron la moneda y congelaron salarios, disminuyeron los gravámenes para la importación, se liberó el mercado de cambios y, clasificándolas de obsoletas, se dejaron de proteger a varias ramas industriales que producían para el mercado interno y que, sin subsidios estatales, tenían sus días contados; los ingenios azucareros del noroeste del país fueron el ejemplo más evidente y, por el desempleo ocasionado, también el más dramático.

Claro que la activación social que mostraba la sociedad argentina desde la llegada del peronismo no fue domesticable a fuerza de represión. Los afectados por el plan económico y por el sistema político fuertemente excluyente, no se quedaron como espectadores. Se gestó entonces por todo el país un amplio frente antidictatorial, donde además de los obreros aparecieron heterogéneos sectores sociales (desde pequeños productores y peones rurales hasta clases medias urbanas afectadas por la suba de los servicios) y nuevos actores políticos que no pasaron desapercibidos: estudiantes e intelectuales, sacerdotes organizados en el «Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo», un sindicalismo combativo (la CGT de los Argentinos será la expresión más fiel) y organizaciones guerrilleras peronistas y no peronistas (Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, entre otras).

El retorno frustrado de Perón en 1964, la imposibilidad de participación política, la promesa de Onganía de permanecer el tiempo que fuese necesario para llevar a cabo las reformas recién mencionadas y los ecos de la Revolución cubana, llevaron principalmente a sectores juveniles a la creación de múltiples organizaciones político-militares. Así, entre finales de los años sesenta y comienzo de los setenta se desató un ciclo de protesta, donde las sucesivas puebladas expresaron el descontento. Ciudades como Rosario, Córdoba, Tucumán, entre otras, fueron protagonistas de levantamientos populares inéditos por su radicalidad y



por la composición de sus participantes (en especial la alianza entre obreros y estudiantes). Bajo este clima de protesta, la dictadura de Onganía se debilitó; la presentación en público de la organización Montoneros mediante el secuestro y ejecución del exmilitar y presidente de facto Pedro E. Aramburu terminó por desacreditarlo en el interior mismo de las Fuerzas Armadas.

EL CORDOBAZO: LA INSURRECCIÓN POPULAR



Desde el exilio, Perón comprendió que estos nuevos sectores juveniles eran una herramienta fundamental para lograr su retorno al país, cerrar el ciclo de proscripciones e inestabilidad política abierto en 1955 y neutralizar a los sectores más acuerdistas dentro del peronismo, que continuaban sus diálogos con la dictadura y soñaban, algunos, con un «peronismo sin Perón».

Juan Carlos Onganía.



Tras la caída de Onganía y el breve período en que gobernó el general Roberto M. Levingston, marzo de 1971 llegó a la presidencia Alejandro Agustín Lanusse, por entonces la figura más fuerte del régimen militar. El nuevo dictador renunció a todo intento de proyecto refundador como el diagramado por Onganía y buscó en cambio, una salida electoral ordenada. Su iniciativa, el «Gran Acuerdo Nacional» (GAN), pretendió alcanzar un acuerdo partidario amplio sin el peronismo y con las Fuerzas Armadas como tutoras de la transición. Con la habilidad que lo caracterizaba Perón movió sus fichas, organizó «La Hora de los Pueblos», donde acercó a la UCR (la segunda fuerza política más importante del país), se negó a condenar a las organizaciones guerrilleras y, desafiando a la dictadura, planificó su regreso al país para noviembre de 1972.

La noche de los bastones largos, 1966.



MENSAJE DE JUAN DOMINGO PERÓN 7 DE NOVIEMBRE DE 1972



A los compañeros peronistas:
Antes que noticias mal intencionadas puedan llegar al pueblo argentino, deseo ser yo quien les informe la verdad sobre mi proyectado viaje a la patria.

Me cuesta comprender las causas por las cuales los argentinos no pueden llegar, con un objetivo común, a las soluciones que el país y el pueblo reclaman. La normalización institucional de que se ha hablado, no puede tener inconvenientes, si se la trata y establece de buena fe con la suficiente grandeza y sin intereses bastardos que la interfieran.

Si todos deseamos, dentro de esta regla, el bien de la patria, no me explico las razones que puedan existir para impedirla.

El Gobierno ha manifestado, por boca de su presidente, que está dispuesto al diálogo y que yo puedo regresar al país cuando y como lo desee, con todas las garantías.

Ello me ha impulsado a retornar a

la patria, después de dieciocho años de ostracismo, por si mi presencia allí puede ser prenda de paz y entendimiento, factores que según veo, no existen en la actualidad. Pienso que la situación del país bien impone cualquier sacrificio de sus ciudadanos, si con ello se crea el más leve resquicio de soluciones.

Ya van a ser casi treinta años que me encuentro empeñado en alcanzar tales soluciones y anhelo, si ello es posible, prestar quizá mi último servicio a la patria y a mis conciudadanos. Por eso a pesar de mis años, un mandato interior de mi conciencia me impulsa a tomar la decisión de volver, con la más buena voluntad, sin rencores —que en mí no han sido nunca habituales— y con la firme decisión de servir. Si ello es posible.

Por todo ello, pido a mis compañeros que, interpretando mi regreso dentro de tales sentimientos y designios, colaboren y cooperen para que mi misión pueda ser cumplida

en las mejores condiciones, en una atmósfera de paz y tranquilidad, indispensables para todo lo que deseamos constructivo. Espero que nuestros adversarios lo entiendan de la misma manera si es que, como nosotros, anhelan terminar con los odios inexplicables y las violencias inconcebibles.

Espero, Dios mediante, estar con ustedes el día 17 de noviembre próximo.

Hasta entonces un gran abrazo sobre mi corazón.



La lucha por el regreso de Perón.

MENSAJE DE JUAN DOMINGO PERÓN 15 DE NOVIEMBRE DE 1972

A mi Pueblo,
Compañeros peronistas:
Pocos podrán imaginar la profunda emoción que embarga a mi alma ante la satisfacción de volver a ver de cerca a tantos compañeros de los viejos tiempos, como a tantos compañeros

nuevos, de una juventud maravillosa que, tomando nuestras banderas, para bien de la patria, están decididos a llevarlas al triunfo.

También, como en los viejos tiempos, quiero pedir a todos los compañeros de antes y de ahora, que

dando el mejor ejemplo de cordura y madurez política, nos mantengamos todos dentro del mayor orden y tranquilidad. Mi misión es de paz y no de guerra. Vuelvo al país, después de dieciocho años de exilio, producto de un revanchismo que no ha hecho

sino perjudicar gravemente a la nación. No seamos nosotros colaboradores de tan fatídica inspiración.

Nunca hemos sido tan fuertes. En consecuencia ha llegado la hora de emplear la inteligencia y la tolerancia, porque el que se siente fuerte suele estar propicio a prescindir de la prudencia.

El pueblo puede perdonar porque en él es innata la grandeza. Los hombres no solemos estar siempre a su altura moral, pero hay circunstancias en que el buen sentido ha de

imponerse. La vida es lucha y renunciar a esta es renunciar a la vida; pero, en momentos como los que nuestra patria vive, esa lucha ha de realizarse dentro de una prudente realidad.

Agotemos primero los módulos pacíficos, que para la violencia siempre hay tiempo. Desde que todos somos argentinos, tratemos de arreglar nuestros pleitos en familia porque si no serán los de afuera los beneficiarios. Que seamos nosotros, los peronistas, los que sepamos dar el mejor ejemplo de cordura.

Hasta pronto y un gran abrazo para todos.

Con escaso margen de maniobra por la radicalización que adquiría la protesta social y en especial, por las cada vez más espectaculares acciones de las organizaciones guerrilleras (en pleno crecimiento y con cierto apoyo popular), Lanusse convocó a elecciones, pero impulsó previamente una serie de reformas legales que cambiaron el sistema electoral con el solo fin de impedir la candidatura de Perón (de mínima) y el triunfo del peronismo (de máxima).

Mientras tanto, en el interior de dicha fuerza comenzaban a delinearse dos sectores que, por el momento, Perón lograba hacer convivir mutuamente y a quienes conducía sin demasiados problemas. Por un lado, se trataba de una Juventud Peronista organizada principalmente por Montoneros, que para entonces logró atraer a vastos sectores juveniles y convertirse en un verdadero «frente de masas»; y por otro lado un sindicalismo al que, tras varios años de ciertos intentos autonomistas, Perón había disciplinado bajo la conducción de José Ignacio Rucci, el secretario general de la CGT.

Finalmente, el 17 de noviembre de 1972, Perón regresó a la Argentina ante un operativo de seguridad que pretendía evitar la movilización popular. Durante su estadía, además de convertirse en el centro de la escena política debilitando aún más la figura de Lanusse, conformó el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), conjuntamente con otras fuerzas políticas (si bien existieron avanzados acuerdos, la UCR desistió de sumarse). Ante una cláusula restrictiva impuesta por la dictadura para que Perón no pudiera presentarse como candidato, el FREJULI postuló para las elecciones de marzo de 1973 a Héctor J. Cámpora, con el respaldo de la Juventud Peronista y Montoneros, quienes desplegaron

una impactante campaña electoral bajo el slogan «Cámpora al gobierno, Perón al poder». En dichos comicios, este obtuvo el 49 % de los votos, más del doble que el candidato radical, Balbín, quien obtuvo el 21 %. Asimismo, el FREJULI consiguió casi todas las gobernaciones y la mayoría en ambas cámaras del Congreso Nacional. Después de dieciocho años de verse imposibilitado de participar, el peronismo ratificaba que era la fuerza política mayoritaria.



Manifestaciones peronistas.

Campaña política de 1973 en apoyo a Cámpora.



Sin embargo, y una vez desaparecida la lucha antidictatorial, en el nuevo Gobierno los enfrentamientos internos no tardaron en aparecer. Los grupos sindicales y otros sectores del peronismo observaron con desconfianza el avance de Montoneros tanto en el Estado cuanto en el interior mismo del movimiento. Luego del retorno definitivo de Perón en junio de 1973 (en medio de una movilización popular sin precedentes, empañada por el enfrentamiento armado de sus seguidores), Cámpora debió renunciar en lo que parecía ser un triunfo de los sectores que algunos llamaron «ortodoxos» y otros de «derecha». Se convocó a una nueva elección para el mes de septiembre, en la que fue electo Perón con el 62 % de los votos, con la novedad de que en la vicepresidencia aparecía su esposa, María Estela Martínez de Perón, conocida como Isabelita.

El asesinato de Rucci a días de la elección complicaría las relaciones entre Perón y Montoneros (que no se hizo cargo del hecho pero tampoco desmintió las versiones que los señalaban como responsables). Meses después la relación se tensó aún más en el marco del acto realizado el 1.º de mayo de 1974, cuando Perón llamó «estúpidos e imberbes» a los jóvenes con pancartas de Montoneros que exigían el desplazamiento de López Rega del Gobierno, retirándose de la Plaza de Mayo.

Oscar Alende le contó al dirigente de la Juventud Peronista, Juan Carlos Dante Gullo, que Perón le dijo en el balcón: «Esto es como el padre que reta a sus hijos». Poco después el vicepresidente segundo del Partido Justicialista, Brunello, le encargó a Carlos Funes que acordara con Juventud y los Montoneros la forma en que participarían del movimiento bajo la conducción de Perón para que Juventud no se automarginara y se lograra el desarme (aunque según Funes a esa altura, no se le podía exigir a los Montoneros que se presentaran inermes ante los grupos armados de la extrema derecha o se expusieran a una revancha del antiperonismo castrense). Fueron varias las reuniones mantenidas entre Funes, Balbín, Solano Lima, Damasco y Alende con Juventud y los Montoneros para volver a encuadrarlos e insertarlos bajo la conducción de Perón. Todos los actores del acuerdo coinciden en que se hubiera evitado la tragedia que comenzó poco tiempo después de la muerte de Perón. Funes relata que fue Perón quien le encomendó rescatar a la «juventud maravillosa y recrear la unidad nacional».



Ya que fue él mismo quien alentó las formaciones especiales para la lucha armada, solo Perón en persona podría haber evitado la tragedia que sobrevino con su fallecimiento.

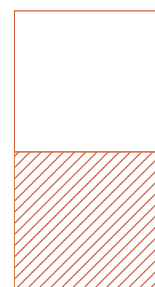
A partir de ese momento se aceleró un proceso de violencia política en el que participaron grupos sindicales, grupos guerrilleros peronistas, no peronistas, y grupos paraestatales entre los que se destacó el creado por el ministro de Bienestar Social, José López Rega, creador de la Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como Triple A. La Triple A serían después (como sostuvo Rodolfo Walsh, asesinado por la dictadura militar) las tres Fuerzas Armadas, que con el golpe de Estado institucionalizaron la cárcel, la represión, los secuestros, los asesinatos y las desapariciones.



Perón asume su tercera presidencia, 12 de octubre de 1973.

En medio de esta convulsionada coyuntura política, cuando Perón asume la presidencia intentó a través de su ministro de Economía, José Ber Gelbard, recrear ciertos aspectos económicos del peronismo de la década de 1940, cuyos ejes eran la reindustrialización con distribución del ingreso (que en pocos meses volvió a mostrar considerables mejoras), la nacionalización de los resortes estratégicos de la economía, la regulación de la participación del capital extranjero y el Estado como árbitro entre el empresariado y los trabajadores. Sin embargo, el asesinato de Rucci (hombre clave de Perón para implementar el «Pacto Social» propuesto desde el Estado), un empresariado poco interesado en los acuerdos, la crisis del petróleo internacional y la caída de los precios de las materias primas de exportación tornaron difícil su implementación.

Para entonces, ya rodeado de países gobernados por dictaduras militares, y a pesar de las dificultades que planteaba la coyuntura local y mundial (ciertamente diferente a la que encontró en su primera presidencia), Perón no dejó de levantar banderas de soberanía cuando por ejemplo, quebró el bloqueo comercial que sufría Cuba, al tomar la decisión de restablecer intercambios económicos con



Juan Domingo Perón, 1974.



la isla, cuando reconoció la reciente independencia de la República Socialista de Vietnam o cuando firmó acuerdos comerciales con los países del bloque soviético, desafiando así las políticas norteamericanas para la región.

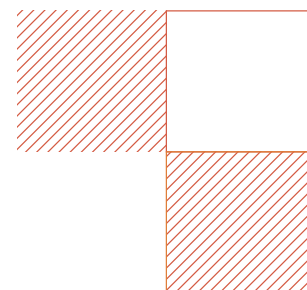
Cuando el 1.º de julio de 1974 las radios anunciaron su fallecimiento, un inmenso duelo popular invadió las calles del país. El dolor, el desconcierto y la incertidumbre atravesaron al conjunto de la sociedad, aun a algunos de sus detractores por el vacío político que se avecinaba. El accionar de la Triple A se multiplicó y las organizaciones guerrilleras comenzaron a volcarse cada vez más en sus estructuras armadas en la clandestinidad.

A este escenario habría que agregarle una economía que mostraba signos preocupantes. En junio de 1975, el ministro responsable del área Celestino Rodrigo implementó un conjunto de medidas destinadas, en principio, a desacelerar la inflación y a estimular la inversión mediante el aumento de la rentabilidad empresarial. Para ello, procuró una brusca devaluación, un congelamiento de salarios y un aumento de las tarifas de servicios públicos y de los combustibles; esto no hizo más que acelerar considerablemente la inflación y producir desabastecimiento. Como era de suponer, la devaluación también implicó un traslado de ingresos desde los asalariados hacia los sectores exportadores. Para resistir las nuevas disposiciones, a mediados de junio la CGT convocó a una movilización a la Plaza de Mayo que fue superada en sus cálculos por extensas columnas de obreros provenientes de los cinturones industriales que rodeaban la capital, lo que demostraba la capacidad que aún detentaban los cuerpos de delegados y comisiones internas. Así comprobó la imposibilidad de aplicar un paquete de ajuste neoliberal por vías democráticas, ya que Isabel Perón tuvo que pedirle la renuncia al ministro y desistir de sus decisiones.

Para entonces, ya comenzaba a circular cada vez con mayor fuerza la posibilidad de un nuevo golpe de Estado. A la inestabilidad económica, se sumaba la falta de liderazgo político, los permanentes recambios de gabinete y las acciones de los grupos guerrilleros que eran aprovechados por los sectores de poder y por la prensa para aumentar el sentimiento de pánico en la sociedad. Como demuestra Marina Franco, durante estos años, la creencia del peligro «subversivo» que amenazaba a la nación lograba hegemonizar los discursos públicos. La construcción de sentidos, alimentada por medios de circulación masiva, por relatos y prácticas estatales, por referentes políticos y por las mismas Fuerzas Armadas, impulsó a heterogéneos actores a encontrar en estas la solución más viable para acabar con el «caos» generado por el «comunismo», el «terrorismo» y el «extremismo», para entonces conceptos utilizados en los discursos públicos como sinónimos. Los consensos sociales y políticos a partir de la necesidad de «extirpar» a un enemigo ajeno al cuerpo social y acabar así con el desorden no eran menores. Las Fuerzas Armadas lograron así publicitarse como la única solución y la más eficaz, publicidad aceptada por no pocos sectores de la sociedad.

Ciertos planes represivos comenzaron a ensayarse en estos meses bajo un gobierno democrático. A través de un decreto de carácter secreto, el presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, Ítalo Luder, autorizó al Ejército (acompañado por las demás armas y fuerzas de seguridad) a «aniquilar el accionar subversivo» en la provincia de Tucumán donde el ERP había instalado un «foco» guerrillero en la zona rural. Así, la seguridad interna pasó a manos de las Fuerzas Armadas sin injerencia del poder civil. A escala microscópica, se practicó allí un plan represivo replicado meses más tarde en todo el territorio del país. Fue el general Acdel Vilas (encargado del mismo hasta diciembre de 1975) quien desplegó en Tucumán la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria enseñada por sus maestros franceses: realizó un exhaustivo trabajo de inteligencia y operaciones militares nocturnas, reubicó a parte de la población, efectuó acciones cívicas junto a habitantes de la provincia, inauguró los primeros centros clandestinos de detención para interrogar a los detenidos, utilizó variados métodos de torturas, creó grupos parapoliciales que actuaron en zonas urbanas y con la colaboración de la prensa escrita, ideó las operaciones psicológicas sugeridas en los manuales militares.

Tras un *lockout* de las principales corporaciones empresarias en el mes de febrero, el 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas, a través de una Junta Militar, dieron un golpe de Estado. A partir de allí la dictadura militar, con la anuencia de sectores empresarios y de la jerarquía eclesiástica, desplegó un plan represivo sin precedentes que se caracterizó por su sistematicidad, su planificación y su clandestinidad. El terrorismo de Estado apuntó no solo a las organizaciones armadas, sino a toda expresión que para los militares fuera considerada «subversiva», un concepto que tuvo un alcance tan extenso y arbitrario que abarcó a un vasto espectro de sectores etarios, sociales, políticos, profesionales e ideológicos; aunque claro está, los obreros y los integrantes de las organizaciones guerrilleras fueron los más afectados. Junto al plan represivo, pero no ajeno a este y al igual que sucedía en otros países de la región, comenzaron a implementarse planes económicos neoliberales de profundas consecuencias.



PROCLAMA DEL 24 DE MARZO DE 1976

Agotadas todas las instancias de mecanismos constitucionales, superada la posibilidad de rectificaciones dentro del marco de las instituciones y demostrada en forma irrefutable la imposibilidad de la recuperación del proceso por las vías naturales, llega a su término una situación que agravia a la nación y compromete su futuro. Nuestro pueblo ha sufrido una nueva frustración. Frente a un tremendo vacío de poder, capaz de sumirnos en la disolución y la anarquía, a la falta de capacidad de convocatoria que ha demostrado el Gobierno nacional, a las reiteradas y sucesivas contradicciones demostradas en las medidas de toda índole, a la falta de una estrategia global que, conducida por el poder político, enfrentara a la subversión, a la carencia de soluciones para el país, cuya resultante ha sido el incremento permanente de

todos los exterminios, a la ausencia total de los ejemplos éticos y morales que deben dar quienes ejercen la conducción del Estado, a la manifiesta irresponsabilidad en el manejo de la economía que ocasionara el agotamiento del aparato productivo, a la especulación y corrupción generalizadas, todo lo cual se traduce en una irreparable pérdida del sentido de grandeza y de fe, las Fuerzas Armadas, en cumplimiento de una obligación irrenunciable, han asumido la conducción del Estado. Una obligación que surge de serenas meditaciones sobre las consecuencias irreparables que podía tener sobre el destino de la nación, una actitud distinta a la adoptada.

Esta decisión persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo, y solo está dirigida contra quienes han delinquido y cometido abusos del poder. Es una decisión por la patria, y no supone, por lo tanto, discriminaciones contra ninguna militancia cívica ni sector social alguno. Rechaza por consiguiente la acción dissociadora de todos los extremismos y el efecto corruptor de cualquier demagogia. Las Fuerzas Armadas desarrollarán, durante la etapa que hoy se inicia, una acción regida por pautas perfectamente determinadas. Por medio del orden, del trabajo, de la observancia plena de los principios éticos y morales, de la justicia, de la realización integral del hombre, del respeto a sus derechos

y dignidad. Así la república llegará a la unidad de los argentinos y a la total recuperación del ser nacional, metas irrenunciables, para cuya obtención se convoca a un esfuerzo común a los hombres y mujeres, sin exclusiones, que habitan este suelo, tras estas aspiraciones compartidas, todos los sectores representativos del país deben sentirse claramente identificados y, por ende, comprometidos en la empresa común que conduzca a la grandeza de la patria.

Al contraer las Fuerzas Armadas tan trascendente compromiso formulan una firme convocatoria a toda la comunidad nacional. En esta nueva etapa hay un puesto para cada ciudadano. La tarea es ardua y urgente, pero se la emprende con el absoluto convencimiento de que el ejemplo se predicará de arriba hacia abajo y con fe en el futuro argentino.

La conducción del proceso se ejercitará con absoluta firmeza y vocación de servicio. A partir de este momento, la responsabilidad asumida impone el ejercicio severo de la autoridad para erradicar definitivamente los vicios que afectan al país. Por ello, a la par que se continuará sin tregua combatiendo a la delincuencia subversiva, abierta o encubierta, se desterrará toda demagogia.

No se tolerará la corrupción o la venalidad bajo ninguna forma o circunstancia, ni tampoco cualquier trasgresión a la ley en oposición al proceso de reparación que se inicia.

Las Fuerzas Armadas han



El periódico *Última Hora* anuncia la caída de Isabel.



asumido el control de la república. Quiera el país todo comprender el sentido profundo e inequívoco de esta actitud para que la responsabilidad y el esfuerzo colectivo acompañen esta empresa que, persiguiendo el bien común, alcanzará con la ayuda de Dios, la plena recuperación nacional.

Jorge Rafael Videla, Tte. Gral.,

Comandante Gral. del Ejército;
Emilio Eduardo Massera, Almte.,
Comandante Gral. de la Armada;
Orlando Ramón Agosti, Brig. Gral.,
Comandante Gral. de la Fuerza Aérea.



LA OBRA DE ANTONIO BERNI





1. Antonio Berni, *Juanito va a la ciudad*, 1963.
2. Antonio Berni, *Ramona espera*, 1962.
3. Aída Carballo, *Todos arriba*, 1969.
4. Antonio Berni, *Juanito desocupado*, ca. 1961.
5. Antonio Berni, 1931.



3



5

BRASIL

En octubre de 1955, con la victoria electoral del Partido Social Democrático (PSD) representado por Juscelino Kubitschek, Brasil entró en su etapa desarrollista y en un significativo ciclo de reconfiguración política y social. Por las particularidades del sistema electoral (que permitía elegir a un vicepresidente de otro partido), en representación del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) fue elegido para dicho cargo João Goulart. A pesar de sus diferencias, ambos se inscribían a sí mismos en la tradición varguista. Aunque no sin dificultades, con Kubitschek el país experimentó un fuerte crecimiento económico marcado por el fortalecimiento de la industria (con capitales nacionales como extranjeros), por una significativa presencia del Estado (en especial, de las Fuerzas Armadas) como actor central de dicho desarrollo y por el ambicioso proyecto de construir una nueva capital nacional en reemplazo de Río de Janeiro.

1. La construcción de Brasilia.
2. Juscelino Kubitschek.
3. Juscelino Kubitschek junto a J. Kennedy.



Como estipulaba la hoja de ruta del desarrollismo, su Gobierno promovió una activa participación del Estado en obras de infraestructura y buscó atraer a capitales extranjeros; aspecto, este último, que causaba el malestar de ciertos aliados del PTB como al interior de las Fuerzas Armadas, donde habitaba un sector de fuerte tradición nacionalista. Sin embargo, los resultados que arrojaba el «Programa de Metas» parecían inapelables: la producción industrial creció un 80 % a partir fundamentalmente del acero, mecánica, electricidad, comunicaciones y material de transporte; mientras que entre 1955 y 1961 el PBI creció a un 7 % anual, crecimiento en el que tuvo su cuota la exitosa construcción de la nueva capital, Brasilia.

A pesar de semejante crecimiento, los ánimos populares daban cuenta de que las mejoras no llegaban al conjunto de la población. Para las elecciones de octubre de 1960, la Unión Democrática Nacional (UDN) decidió apoyar a un candidato independiente como Jânio Quadros, un año antes electo gobernador de San Pablo y cuyos ejes discursivos giraban en torno a la denuncia de la corrupción del Gobierno y a señalar el desorden financiero (más aún tras la ruptura de Kubitschek con el FMI). Quadros y la UDN consiguieron reunir el apoyo de la élite antivarguista, de las clases medias urbanas con centro en San Pablo y de una porción importante de trabajadores. A pesar del 48 % de los votos que obtuvo, la vicepresidencia fue nuevamente obtenida por Goulart en representación del PTB, quien junto al PSD pasó a controlar el Congreso Nacional.



Si Quadros era un declarado adversario de la tradición varguista, también es cierto que supo mantener ciertos principios nacionalistas. Así, no aceptó romper relaciones con Cuba y recibió a Ernesto «Che» Guevara en Brasilia, entregándole una importante condecoración. Tampoco estuvo dispuesto a aceptar cualquier petición de los Estados Unidos, lo cual le acarrió consecuencias negativas. Los reclamos de sectores poderosos del Brasil lo precipitaron a presentar su renuncia, expresando en una carta que «fuerzas terribles» pretendían torcerle el camino, pero que él no lo iba a permitir. Así, Goulart, el candidato del PTB, exministro de Trabajo de Vargas (desde donde promovía activamente la articulación del movimiento sindical con el Estado) se hacía cargo de la presidencia.

Al asumir, las Fuerzas Armadas, un actor cada vez más relevante del sistema político brasileiro, entraron en un Estado deliberativo acerca de si convalidaban o no al nuevo presidente. Por un lado, se encontraban aquellos que aceptaban la vigencia de la Constitución y el debido respeto a la línea sucesoria; por otro lado, quienes estaban dispuestos a activar cualquier iniciativa que impidiese su

- 4. La construcción de Brasilia.
- 5. Juscelino Kubitschek en *Time Magazine Cover*.
- 6. Alberto Ferreira, Brasilia en construcción, 1960.



asunción por observar en él la encarnación de una posible república sindicalista y la puerta de entrada del comunismo. Tras reiteradas negociaciones y movimientos internos, y con la activa participación del gobernador de Rio Grande do Sul, y cuñado de Goulart, Leonel Brizola (quien organizó una resistencia cívico-militar en el sur del país), el parlamento arribó a una solución de compromiso. Aceptó que asumiera Goulart, pero sobre la base de una reforma constitucional que transformase a Brasil en una república parlamentaria. Este aceptó el acuerdo, asumió con sus poderes recortados, pero bajo la condición de que debía ser ratificada en un futuro plebiscito. Así alcanzó los consensos necesarios para arribar a la presidencia, donde comenzaría a implementar una agenda que, en cierto sentido, sí retomaba parte del legado varguista.



Plano piloto de Brasilia. Lucio Costa concibió la ciudad con forma de avión elaborado bajo la presidencia de Juscelino Kubitschek.

DISCURSO INAUGURAL DE JOÃO GOULART COMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BAJO EL SISTEMA PARLAMENTARIO BRASILIA, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1961



João Goulart.

Asumo la presidencia de la república consciente de los deberes graves que incumben a mí antes de la nación. Mi investidura, aunque bajo el paraguas de un nuevo sistema, consagra deferencia respetuosa del orden constitucional. Subo el poder ungido por la voluntad popular».

[...]

No hay razón para ser pesimistas de cara a un pueblo que supo imponer su voluntad, venciendo toda resistencia para no profanar la legalidad

democrática. Nuestra gran tarea es no decepcionar a la gente, para eso hay que promover, por todos los medios, la solución de sus problemas con la misma dedicación y el mismo entusiasmo con el de defender la ley, el orden y la democracia.

En este magnífico movimiento de opinión pública, formado en el calor de la crisis, un sindicato nacional que vamos a continuar para disipar el odio y resentimientos personales, en beneficio de los más altos intereses de la nación, la inviolabilidad de la soberanía y aceleración de su desarrollo.

[...]

Conozco los partidos políticos, los parlamentarios saben, saben todo eso, incluyendo por temperamento, me inclino más en unir que en dividir, en defender la paz y no incitar el odio.

[...]

Promover la paz interior, la paz con dignidad, la paz resultante de las

instituciones de seguridad, la garantía de los derechos democráticos y el respeto de la voluntad permanente de las personas y la inviolabilidad de la soberanía nacional.

[...]

Sres. delegados, que exigen la unión del pueblo brasileño y para ella luchamos con toda la energía, ya que, bajo la inspiración de la ley y los derechos democráticos, la movilización de todo el país a la lucha interna en la que debemos cometer, que es la lucha por nuestra emancipación económica, contra la pobreza y el subdesarrollo.

[...]

Pido a Dios que me sostenga, para que pueda servir a la patria con todas las fuerzas, con energía y sin miedo, y defender [...] la independencia de Brasil, la grandeza nacional y la felicidad del pueblo brasileño.

Al asumir, Brasil experimentaba cambios estructurales que provocaban el surgimiento de nuevos actores. Movimientos sociales, estudiantes, sectores empobrecidos del campo que se organizaban a través de movimientos rurales como las ligas campesinas, una nueva clase obrera surgida al calor del crecimiento industrial, entre otros. Apartándose de la senda desarrollista (que dejaba a un lado la agenda de reclamos de los sectores populares), Goulart buscó interpretar a todos ellos, que en definitiva eran los excluidos del crecimiento económico que tanto celebraban las élites locales.

Una de las medidas que implementó fue la campaña de alfabetización, en la cual le otorgó un papel preponderante a la Unión Nacional de Estudiantes. Se movilizaron grandes contingentes de estudiantes, tanto secundarios cuanto universitarios, convencidos de que debían ser partícipes del proyecto político en marcha. La campaña también permitió convocar a grupos de diversa procedencia que se movilizaban por todo el país, desde movimientos campesinos hasta sectores de la Iglesia que, como consecuencia del Concilio Vaticano II, adhirieron a la por entonces llamada «opción por los pobres».

Adelantándose a la fecha estipulada, en enero de 1963 se llevó a cabo el plebiscito que terminó por rechazar la reforma constitucional; esto implicó la devolución de los poderes ejecutivos a Goulart y el retorno al sistema presidencialista. A partir de allí, este avanzó más decididamente con la lista de reformas. En marzo sancionó la ley del Estatuto del Trabajador Rural que regulaba la actividad laboral del sector, pero fue hacia 1964 cuando los cambios se aceleraron en un escenario político cada vez más fracturado.

En ese contexto, las élites industriales y rurales activaron una fuerte campaña opositora; por su parte, los sectores medios también comenzaron a oponerse al Gobierno a partir del discurso anticomunista y de las consecuencias inflacionarias. Si bien la Iglesia no dio a conocer un pronunciamiento unificado, sus obispos más conservadores (que no eran pocos) se plegaron a la campaña. Mientras tanto en el parlamento, se generó una dinámica compleja al no contar el presidente con los apoyos suficientes debido a que aún se expresaba la composición que surgiera en ocasión de la elección de Quadros.

Sin un bloque sólido de poder que lo respaldara, más los planes desestabilizadores del *establishment* brasileiro, los días de Goulart en el gobierno estaban contados. Fue así que ante el avance opositor ensayó una alianza militar-sindical y comenzó a desplegar importantes movilizaciones de apoyo popular en las cuales anunciaba nuevas medidas de gobierno, pero que también aumentaba el encono y la paranoia opositora, entre ellas la de los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas.

Así, el presidente presionó al Parlamento para que aprobara una reforma agraria a partir de expropiar tierras no explotadas y garantizar el acceso a la propiedad a millones de trabajadores rurales; también una reforma urbana donde se fijaran controles al aumento de los alquileres, creando las condiciones para que los inquilinos pudieran transformarse en propietarios. Por otro lado, impulsó una mayor injerencia del Estado en la economía: nacionalización de empresas concesionarias de servicios públicos, de los frigoríficos, de la industria farmacéutica, se buscó reglamentar la remisión de lucros al exterior y extender el monopolio de la petrolera estatal Petrobrás mediante el avance sobre los sectores privados. En el plano político, se buscó extender el derecho al voto para los analfabetos y para los grados inferiores de las Fuerzas Armadas; se pretendía así ampliar su base de sustentación popular.

La crisis económica (en especial inflacionaria) y la crisis política fueron en aumento. Los principales medios de comunicación ligados a los sectores opositores denunciaron que Brasil estaba a punto de caer en el comunismo, denuncia por demás recurrente en la región durante los años de la Guerra Fría. Dicho



Joao Goulart en la ciudad de New York, 1962.



1



2

1. Manifestación conservadora en San Pablo contra la supuesta «amenaza comunista» del gobierno de Goulart, 19 de marzo de 1964.

2. Último discurso de Goulart, 30 de marzo de 1964.



Portada de *Folha da Tarde* sobre el golpe de Estado, 2 de abril de 1964.

discurso se arraigó con fuerza en las propias Fuerzas Armadas, promovido institucionalmente desde la Escuela Superior de Guerra (ESG) y por una importante figura militar, el general Golbery do Couto e Silva. La ESG tuvo la particularidad tanto de integrar a una importante cantidad de civiles cuanto de compaginar ideas nacionalistas y anticomunistas con la necesidad del desarrollo industrial.

Aduciendo que habían descubierto un complot para imponer al comunismo en Brasil, en marzo de 1964 los militares decidieron derrocar al presidente. Esta vez, el intento de Brizola por movilizar a las tropas y a la población de Rio Grande do Sul no tuvo éxito. La oposición a Goulart en el parlamento respaldó el golpe y designó como presidente al por entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Humberto de Alencar Castelo Branco. Se iniciaba así un ciclo dictatorial que se prolongó por más de 20 años. En 1976 Goulart murió en suelo argentino; hasta la actualidad no se pudo precisar si fue o no asesinado en el marco del Plan Cóndor.

BRASIL EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA



1



2

1. Alberto Ferreira, Pé ante pé, Brasília, 1960.
2. René Burri, São Paulo, ca. 1960.
3. Alberto Ferreira, Río de Janeiro, 1960.
4. Río de Janeiro hacia 1960.
5. Copacabana, Río de Janeiro, 1960.



3



4



5

LA EDUCACIÓN POPULAR Y PAULO FREIRE

En los años sesenta en Brasil se desarrolló una propuesta pedagógica que luego tendría fuerte influencia en toda la región. Paulo Freire, en los años previos al golpe de Estado de 1964, llevó a cabo una experiencia de alfabetización que sería tomada como ejemplo por futuros procesos revolucionarios.

Nacido en Recife, Brasil en 1921, Freire se constituyó en uno de los educadores más importantes del siglo XX. Sus ideas influyeron en los movimientos emancipadores de toda América Latina y en las renovaciones pedagógicas de África y Europa. Su trabajo fundó una pedagogía de la libertad, la autonomía y la esperanza. La crítica a la educación «bancaria», la dimensión ética y política de la educación, fueron algunos de sus grandes aportes. Defendía la necesidad de una educación dialógica, «quien enseña aprende al enseñar y quien aprende enseña al aprender. Enseñar no existe sin aprender y viceversa y fue aprendiendo socialmente cómo, históricamente, mujeres y hombres descubrieron que era posible enseñar», sostenía. «Enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades de su producción o de su construcción». Tuvo que exiliarse luego del golpe militar de 1964. En 1986, ya de vuelta en su patria, recibió el premio internacional «Paz y Educación» de la UNESCO.

FRAGMENTOS DE SU OBRA «PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO»:

...La liberación es un parto. Es un parto doloroso. El hombre que nace de él es un hombre nuevo, hombre que solo es viable en la y por la superación de la contradicción opresores-oprimidos que, en última instancia, es la liberación de todos.

En la visión «bancaria» de la educación, el «saber», el conocimiento, es una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan ignorantes. Donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión: la absolutización de la ignorancia, que constituye lo que llamamos alienación de la ignorancia, según la cual esta se encuentra siempre en el otro.

El gran problema radica en cómo podrán los oprimidos, como seres duales, inauténticos, que «alojan» al opresor en sí, participar de la elaboración, de la pedagogía para su liberación. Solo en la medida en que se descubran «alojando» al opresor podrán contribuir a la construcción de su pedagogía liberadora. Mientras vivan la dualidad en la cual ser es parecer y parecer es parecerse con el opresor, es imposible hacerlo. La pedagogía del oprimido, que no puede ser elaborada por los opresores, es un instrumento para este descubrimiento crítico: el de los oprimidos por sí mismos y el de los opresores por los oprimidos, como manifestación de la deshumanización.



Paulo Freire.

FRAGMENTOS DE SU OBRA «PEDAGOGÍA DE LA INDIGNACIÓN»:

Es cierto que las mujeres y los hombres pueden cambiar el mundo para mejor, para que sea menos injusto, pero solo lo logran partiendo desde la realidad concreta a la que «llegan» en su generación, y no fundadas o fundados en devaneos, sueños falsos, sin raíces, puras ilusiones. Lo que no es posible, sin embargo, es pensar en transformar el mundo sin sueños, sin utopía o sin proyecto. Las puras ilusiones son los sueños falsos de quien independientemente de que esté lleno o llena de buenas intenciones, propone quimeras que por eso mismo no pueden realizarse. La transformación del mundo necesita tanto del sueño como la indispensable autenticidad; este depende de la lealtad de quien sueña las condiciones históricas, materiales, según el desarrollo tecnológico y científico del contexto del soñador. Los sueños son proyectos por los cuales se lucha. Su realización no se verifica fácilmente sin obstáculos. Más bien por el contrario, supone avances, retrocesos, marchas

a veces demoradas. Implica lucha. A decir verdad, la transformación del mundo a la que aspira el sueño es un acto político y sería una ingenuidad no reconocer que los sueños tienen sus contrasueños.

El momento del que cada generación forma parte, en tanto momento histórico, revela señales antiguas que involucran comprensiones de la realidad, intereses de grupo, de clases, preconceptos y gestaciones de ideologías que vienen

perpetuándose en contradicción con aspectos más modernos, Por eso no existe un hoy sin «presencias» que perduran, desde hace mucho, en el clima cultural que caracteriza la actualidad concreta. De ahí la naturaleza contradictoria y procesal de toda realidad [...]. La batalla ideológica, política, pedagógica y ética que presenta quien toma la postura progresista no elige el lugar ni la hora. Puede darse tanto en el hogar, en las relaciones entre padres, madres,

hijos e hijas, como en la escuela, sin importar el nivel [...]. Posiblemente, uno de los saberes fundamentales más indispensables para el ejercicio de esta manifestación queda expresado en la convicción de que cambiar es difícil pero posible. Es lo que nos hace rechazar cualquier posición fatalista que otorga a este o aquel factor condicionante un poder determinante, ante el cual no puede hacerse nada.



Eduardo Frei con campesinos, 1966.

CHILE

En los años setenta, Chile se convirtió en un caso emblemático. Allí, mediante elecciones, una coalición de izquierda logró imponer a un presidente por medio de la llamada «vía chilena al socialismo».

En 1964, la Democracia Cristiana (DC) con Eduardo Frei había triunfado en las elecciones comenzando, tal como lo denominaron sus protagonistas, una «revolución en libertad»; esto consistía en implementar importantes cambios sociales en el marco de la democracia parlamentaria. Tratando de alejar a Chile del clima de agitación social del continente, buscó «modernizar» la estructura productiva del país en sintonía con los planes de los Estados Unidos y su «Alianza para el Progreso»; también buscó continuar con la hoja de ruta trazada por la Comisión de Estudios para América Latina (CEPAL). Si bien la DC representó los intereses de la gran empresa chilena, también es cierto que durante la década del sesenta logró una importante adhesión de los sectores populares.

Así, durante su presidencia se realizó la «chilenización» del cobre —lo que significó la asociación subalterna del Estado con empresas norteamericanas—, seguida años después de la «nacionalización pactada», donde el Estado terminó por adquirir el 51 % de las acciones de la empresa de cobre. En cuanto a la política rural, ensayó una reforma agraria (prescripta en la misma «Alianza para el Progreso») más con el fin de crear un empresariado agrícola, tecnificar el campo y mejorar la rentabilidad del sector que de expropiar latifundios y reparar las penurias que vivían peones y pequeños propietarios. Más allá de los resultados finales, una consecuencia que se proyectó al gobierno de la Unión Popular (UP), fue la de producir la activación social del campo expresada en un proceso de sindicalización y movilización campesina inédito, para la historia del país; acompañado de un proceso similar de los pobladores urbanos y suburbanos (quienes ante la crisis



habitacional comenzaron una importante ocupación de terrenos), donde la DC había promovido juntas vecinales.

Como parte de los procesos regionales y mundiales, el estudiantado también se radicalizó políticamente, hecho que dio origen entre otras agrupaciones, al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de tradición guevarista. Por su parte, la DC sufrió una fractura de un sector identificado con ideas de izquierda que originó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Nuevos tiempos ciertamente turbulentos se avecinaban. Cuando en octubre de 1969, bajo un supuesto reclamo de problemas profesionales, un grupo de oficiales liderados por el general Roberto Víaux se sublevó en la ciudad de Tacna (de allí el nombre del levantamiento conocido como «el tacnazo») todos se dieron cuenta de que la famosa estabilidad de la república chilena ya era cosa del pasado.

Fue para las elecciones de 1970 cuando un conjunto de fuerzas de izquierda lograron agruparse tras la sigla de Unidad Popular. Allí, además de contar con el apoyo del MIR, confluyeron los representantes de la izquierda tradicional (Partido Socialista y Partido Comunista), el MAPU y el Partido Radical. Salvador Allende, un médico del PS de larga trayectoria en la política chilena, quien por cuarta vez se presentaba como candidato para el cargo de presidente, fue el elegido para sintetizar las expectativas de la nueva alianza. Finalmente, la UP se impuso con el casi 37 % de los votos, frente al 35 % que obtuvo Jorge Alessandri (representante de la derecha política) y el 27 % de Radomiro Tomic por la DC.

El estupor del empresariado, de las clases sociales más acomodadas y de los Estados Unidos fue por demás elocuente. El pánico que los invadió fue tal que buscaron los caminos para bloquear la designación del nuevo Gobierno. Como era tradición en el sistema político chileno, al no obtener ninguna fuerza política la mayoría absoluta, era el Congreso quien debía ratificar el triunfo de la primera minoría (en este caso de la UP). Sin embargo, lo que debía ser un trámite se

1. Casa rural chilena.
2. Eduardo Frei a caballo en el sur de Chile, 1960.
3. La pobreza en Chile, 1971.
4. Labores agrícolas en Chile.
5. Valparaíso, 1970.
6. Inquilinos en Chile 1969.





Salvador Allende en la campaña electoral.



Salvador Allende con un niño durante la campaña presidencial de 1970.



Salvador Allende Presidente.

estancó, dado que en el Parlamento fuerzas de la derecha y sectores de la DC buscaron impedir la asunción de Allende. Ante la escasez de argumento de un sector interno, esta última terminó por imponerse y el partido votó a favor de la UP, previa redacción de un documento titulado «De las Garantías Constitucionales» que fue aceptado por Allende, aunque no sin resistencias entre sus seguidores, quienes lo veían como un condicionamiento inadmisibles. Paralelamente, un sector de la oposición ensayó un camino extraparlamentario para bloquear su llegada; en principio consistió en secuestrar al jefe del Ejército general René Schneider para obligar a los militares a salir de los cuarteles e intervenir políticamente. El plan falló cuando Schneider fue asesinado.

La llegada de Allende a la presidencia profundizó todavía más las divisiones políticas y los temores de las élites locales; más aún cuando a los pocos meses, abril de 1971, la UP obtuvo el 50 % de los votos y en noviembre Fidel Castro visitó oficialmente el país en una estadía que se prolongó casi tres semanas. Claro que dichas élites no se quedaron para observar los movimientos inaugurales de la coalición de izquierda, sino que desde el primer día activaron una oposición que, ensayando diversas estrategias y con el apoyo directo de los Estados Unidos, tenía por principal objetivo desalojar del Palacio de La Moneda al nuevo Gobierno. Fuerzas políticas parlamentarias como el Partido Nacional, extraparlamentarias como Patria y Libertad, medios de comunicación como *El Mercurio*, el empresariado y sus cámaras patronales, y la embajada norteamericana se coaligaron en pos de derrocar al presidente. Solo faltaban dos actores claves para terminar de inclinar la balanza: la DC y las Fuerzas Armadas. Cuando lo hicieron tres años más tarde, el golpe terminó por concretarse.

Allende comenzó su agenda de gobierno con una serie de medidas ya estipuladas en el «Programa básico de la Unidad Popular» y «Las 40 primeras medidas del Gobierno Popular». Se nacionalizó el cobre con el apoyo unánime del Parlamento, se promovió la participación de los trabajadores en las empresas, se aceleró el proceso de reforma agraria, se nacionalizó la banca y se retomó una ley de los años treinta en la cual se explicitaba que ante la mala administración o fraude o por cualquier otra razón que pusiese en riesgo la continuidad productiva de una empresa, el interés público estaba por encima del privado y resultaba legal una intervención estatal; a partir de aquí se originó un «Área Social», es decir estatal, de la economía.

Fueron ciertamente los trabajadores de dicha área los más beneficiados por el Gobierno, y no así los del sector mixto y privado, quienes iniciaron una serie de movilizaciones, y a quienes se plegaron los trabajadores rurales que comenzaron a ocupar latifundios. La UP parecía no conseguir representar a los trabajadores y desocupados de las ciudades y del campo, quienes continuaron con una participación activa y una serie de reclamos, iniciados durante los años de la DC, que excedían su agenda de gobierno. La situación económica muchas veces no lo permitía. Así, Allende quedaba encerrado en un laberinto difícil de salir.

A todo esto desde el Parlamento, la oposición se tornaba cada día más intransigente. A partir de 1972, era ya evidente que se buscaba la destitución de Allende. Los medios de comunicación hegemónicos, donde el diario *El Mercurio* jugó un destacado papel, hicieron lo suyo mediante una campaña acerca de los males que traía consigo el comunismo, y alertando a la población acerca del peligroso camino que estaba tomando el país. La polarización social creció cada vez más y el enfrentamiento comenzó a sentirse en las calles. Allí, el llamado «poder gremial» se transformó en un actor clave. Emergió hacia octubre de 1972, cuando se convocó

a una huelga de empresarios y profesionales, es decir, a un paro patronal. Claro que en la vía pública, quienes desempeñaron el rol decisivo fueron sus estratos más bajos, es decir, los pequeños y medianos comerciantes, camioneros y taxistas, etc. A esto se sumaron los colegios profesionales, los sectores de la juventud y quienes cobrarían gran protagonismo: las mujeres, mayoritariamente de las clases acomodadas quienes salieron a protestar a las calles, golpeando sus cacerolas vacías. Si bien para entonces Estados Unidos ya había decidido suspender las compras y los créditos, fue el paro patronal el que ciertamente agravó los problemas económicos. La inflación fue la más alta de la historia del país que alcanzó el 100 % anual; creció el mercado negro de productos y de divisas, y se generaron problemas con el abastecimiento de combustibles.

Ante este panorama, los simpatizantes de la UP, muchas veces de forma autónoma, también comenzaron a movilizarse. Se crearon organismos territoriales de coordinación, tanto en las fábricas como en los llamados cordones industriales, que luego dieron origen a consejos comunales que pretendían actuar como organismos de representación popular. Esta respuesta en cierta medida hizo fracasar el paro y el intento de destitución de Allende, aunque también la existencia de un sector constitucionalista en las Fuerzas Armadas representadas por su jefe Carlos Prats fue clave en ello.

Para mantener la fidelidad de las Fuerzas Armadas, en noviembre del mismo año, Allende integró al gabinete a algunos militares, entre ellos al propio Prats como ministro del Interior, lo que daba cuenta de cierta debilidad política. Los puentes que Allende buscaba establecer con los sectores opositores en busca de gobernabilidad eran dinamitados por estos últimos. Tras aprovechar la nueva composición del gabinete, fue un diputado de la DC quien redactó una normativa conocida como «Ley de control de armas» que habilitaba a los militares a demorar a personas o allanar lugares en busca de armas ante cualquier denuncia que se presentara. Dicha medida terminó siendo la habilitación para que el sector militar decidido al golpe de Estado, saliera a las calles con el objetivo de detener a los militantes de la UP.

A pesar de estar cada día más acorralado, las elecciones legislativas de marzo de 1973 arrojaron un 44 % de apoyo para el Gobierno. Aunque no le alcanzara para obtener el control parlamentario, la cifra alarmó a sus opositores y aceleró los planes contrarrevolucionarios por canales ilegales. Al día siguiente se activaron violentas protestas estudiantiles (supuestamente en rechazo de una reforma educativa de carácter «marxista» propuesta por el Gobierno), que dejaron las calles de Santiago de Chile con barricadas y automóviles incendiados; en abril una huelga de obreros de la mina de cobre *El Teniente* que reclamaban mejores salarios y condiciones de trabajo fue aprovechada por la derecha para mostrar a los obreros —supuestos aliados desde la prédica oficial— como opositores. A fines de junio se ensayó un golpe de Estado efectuado por militares y miembros de Patria y Libertad que, si bien fracasó por no contar aún con el apoyo de las jerarquías de las Fuerzas Armadas, arrojó un saldo de veintidós muertos entre civiles y militares, y dejó al descubierto la desorganizada defensa popular del Gobierno.

Cuando tiempo después comenzaron a producirse desplazamientos en el vértice de las Fuerzas Armadas, el golpe de Estado ya estaba en condiciones de ejecutarse. La remoción principal, que dio la luz verde a los planes golpistas fue el desplazamiento de Prats, supuestamente exigido por sus subalternos, pero impulsado por quien se mostraba entonces obediente a la Constitución, Augusto Pinochet Ugarte.



Afiche de campaña del Coronel Alberto Labbe para las elecciones legislativas de 1973.



Augusto Pinochet.

Con el apoyo directo de los Estados Unidos a través de la CIA, el 11 de septiembre finalmente, se produjo el golpe de Estado. Ese día, Allende fue alertado del movimiento que estaban realizando las Fuerzas Armadas y se dirigió al Palacio de La Moneda, desde donde pronunció un agónico mensaje radial que daba cuenta de lo que ocurría. Los aviones bombardearon la Plaza y la Casa de Gobierno, pero el presidente resistió en su despacho hasta que decidió quitarse la vida antes que ser capturado vivo.

ÚLTIMO DISCURSO DE SALVADOR ALLENDE 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973



Salvador Allende, 1973.

Seguramente esta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Postales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, y que también se ha autodenominado director general de Carabineros. Ante estos hechos solo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios. Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la abuela que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clases para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los

gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acibillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.



Portada del diario El Nacional luego de la muerte de Allende.



Portada del diario El Mercurio anunciando el Golpe de Estado de 1973.

PERÚ

Mientras América Latina se veía envuelta en una serie de golpes de Estado apañados por los Estados Unidos, en Perú, en octubre de 1968, las Fuerzas Armadas derrocaron al Gobierno de Fernando Belaúnde Terry, pero con un programa que ciertamente se apartó de los designios que la potencia del norte había diagramado para la región. Si bien la Junta de Gobierno que se había conformado entonces se prolongó hasta 1980, fue bajo el mandato de su primer titular, el general Juan Velasco Alvarado, cuando Perú experimentó un proceso político sin precedentes, donde el Estado se convirtió en el principal dinamizador de la estructura social y económica del país.

En lo que luego se conoció como la «primera fase» del «Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas» (1968-1975), se distribuyó la tierra, se promovió el desarrollo industrial a través de la sustitución de importaciones (para eso se gravó la importación y se protegió a la industria local) y se llevó a cabo un profundo proceso de nacionalizaciones; entre las más destacadas, en los sectores del petróleo, pesca y minería. Además, se nacionalizó la banca y el Estado se hizo cargo de la comercialización de los recursos naturales. También se encaró una reforma agraria y educativa sin precedentes.

Fue una fracción nacionalista del Ejército la principal apoyatura política de Velasco. Parte de los oficiales que lo acompañaron se habían formado en el Centro de Altos Estudios Militares, donde elaboraron la hipótesis de que la mejor forma de combatir las guerrillas y los movimientos de izquierda no era la aplicación de la doctrina de la seguridad nacional, sino la eliminación de las causas de su origen: el atraso económico y la pobreza.

Así, a los días de haber asumido Velasco, en un importante despliegue militar, se dirigió al complejo petrolero de la Brea y Pariñas en la ciudad de Talara, manejado hasta entonces por la International Petroleum Company (IPC), para expropiarlo y expulsar del país a dicha empresa norteamericana. Ese día, el 9 de octubre, fue bautizado oficialmente como el «Día de la Dignidad Nacional». Al año siguiente se creó Petroperú, la compañía pública que se encargó de manejar el área petrolera y una de las primeras empresas estatales de las tantas que se crearon en aquel período.



1. Movilización en apoyo a Velasco Alvarado.



2. Indígenas peruanos señalando dos de los héroes populares de la revolución Túpac Amaru y el Che Guevara.

MENSAJE DE JUAN VELASCO ALVARADO A LA NACIÓN CON MOTIVO DE LA TOMA DE LA BREA Y PARIÑAS 9 DE OCTUBRE DE 1968



Compatriotas:
Hace más de cincuenta años que, como una dolorosa herida, el problema de La Brea y Pariñas ha constituido para la República un capítulo de oprobio y de vergüenza, por representar un ultraje a la dignidad, al honor y a la soberanía de la nación. El Gobierno Revolucionario, enarbolando la bandera de la nueva emancipación, ahora y para siempre, pone en labios de cada peruano la vibrante expresión de nuestro himno ¡Somos libres, seámoslo siempre! e inicia el cumplimiento de sus inquebrantables postulados proclamando con altiva sonoridad para que se escuche en todos los continentes, que la soberanía del Estado peruano no es desde este momento) un mero enunciado sino una auténtica realidad.

El Gobierno Revolucionario, después de declarar la nulidad de la indigna «Acta de Talara» y del lesivo contrato celebrado por el régimen que la Fuerza Armada ha depuesto, en cumplimiento de la misión de cautelar los derechos de la República que le impone el artículo 213 de la Constitución del Estado, acaba de promulgar el decreto-ley que ordena la inmediata expropiación de todo el complejo industrial de La Brea y Pariñas y anuncia al país que en este preciso momento las fuerzas de la Primera Región Militar, haciéndose eco del clamor de la nación están ingresando al campo de Talara para

tomar posesión de todo el complejo industrial, que incluye la refinería; y con la más alta emoción patriótica hace flamear el emblema nacional como expresión de nuestra indiscutida soberanía.

De esta manera, la Fuerza Armada estrechamente unida con la civilidad en una sola y auténtica fraternidad nacional cumple una vez más su deber, iniciando con este acto una etapa de reivindicación de la soberanía y de la dignidad que quedará como un preciado legado a nuestros hijos y como una evidencia del cumplimiento de los postulados de la revolución, los que asimismo, no solo respetan sino que alientan la inversión foránea, siempre que esté acorde con la legislación e intereses del Perú.

¡Compatriotas !

Los manes de nuestros próceres, mártires y héroes, quienes con sus nombres y gestas heroicas iluminan las páginas de nuestra historia, se hacen hoy presentes para alentar al pueblo y a la Fuerza Armada a fin de proclamar la justicia de su causa que Dios defiende.

La revolución está en marcha. Este momento nos llena de justo orgullo y ha de provocar legítimo júbilo nacional. La historia juzgará la actitud de la Fuerza Armada y del pueblo peruano. Estamos seguros que las generaciones futuras celebrarán este día de reparación como el día de la dignidad nacional.



Juan Velasco Alvarado.



Juan Velasco Alvarado.



Portada del diario *El Comercio* anunciando la expropiación de los diarios *Expreso* y *Extra*.

A partir de la expropiación de la IPC, se diagramó el «Plan Inca» y se avanzó en lo que algunos denominaron un «capitalismo de Estado» o una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo, fomentando propuestas cooperativistas de propiedad. Se estatizaron los yacimientos mineros y se expropiaron empresas del sector como la Cerro de Pasco Corporation, la principal del país y que empleaba a unos diecisiete mil trabajadores. Lo mismo sucedió con la pesca: el Gobierno creó Pescaperú y se hizo cargo de la flota de mar como de las plantas de elaboración de harina de pescado, uno de los principales productos de exportación; se estatizó además la producción de cemento y fertilizantes, se creó una línea aérea de bandera (Aeroperú), de comunicaciones (Entelperú), energía (Electroperú), y los ferrocarriles y el comercio exterior volvieron a la órbita estatal. La dimensión que adquirió el Estado fue tal que hacia 1977 la economía del sector público llegó a representar el 50 % del PBI.

Si este avance sobre el área privada de la economía ya causaba el rechazo de las élites dominantes, la implementación de la denominada «Comunidad Industrial» hizo que catalogaran al Gobierno militar de comunista. Mediante dicha iniciativa los trabajadores recibían acciones de la empresa donde trabajaban y pasaban a tener participación en el directorio y en las ganancias. Esto fue complementado con las «empresas de propiedad social», cuyos propietarios eran los mismos trabajadores.

Sin duda otro sector de la economía que sufrió profundas transformaciones fue el rural. Bajo el lema «la tierra, para quien la trabaja» se inició una reforma agraria históricamente demandada por los sectores más desfavorecidos del campo, donde la concentración de las unidades más productivas era ciertamente excesiva. Fue el 24 de junio de 1969 con la expropiación de las haciendas azucareras de la costa norte y central, bastión de los llamados «barones del azúcar». En esa ocasión fuerzas militares expulsaron de las haciendas a sus dueños y administradores; ese día dejó de denominarse el «Día del Indio» para pasar a ser el «Día del Campesino».

La ley de reforma agraria afectó no solo a la gran propiedad sino también a la mediana, siendo la peruana una de las más profundas del continente. En diez años fueron recuperadas 9,1 millones de hectáreas de los 30 millones de tierra cultivable; esto benefició a unas 369 mil familias campesinas. Junto a la tierra se expropiaba la maquinaria, el ganado y las instalaciones industriales existentes. Para evitar el excesivo fraccionamiento y una baja de la rentabilidad, el Gobierno fomentó la conformación de cooperativas de trabajadores, encargándose de designar a los gerentes de las unidades productivas que se conformaban. Si bien se contemplaron indemnizaciones, los afectados lejos estuvieron de recuperar su patrimonio. La profundidad de la propiedad afectada, la escasa indemnización y los juicios públicos a los patrones ante un tribunal del Estado creado para tal efecto otorgaron a la reforma un carácter ciertamente revolucionario. Si bien fue aplicada en la costa y en la sierra con el propósito de regular el acceso a la tierra en la región amazónica, hacia 1974 el Gobierno promulgó la Ley de Comunidades Nativas y Promoción Agraria de las Regiones de la Selva Alta y Selva Baja, la cual declaraba la tierra comunal indígena como inalienable, imprescriptible e inembargable.



FRAGMENTOS DEL MENSAJE DE JUAN VELASCO ALVARADO A LA NACIÓN CON MOTIVO DE LA PROMULGACIÓN DE LA LEY DE LA REFORMA AGRARIA LIMA, 1969



Compatriotas:
Este es un día histórico. Y bien vale que todos seamos plenamente conscientes de su significado más profundo. Hoy día el Gobierno Revolucionario ha promulgado la ley de la reforma agraria, y al hacerlo ha entregado al país el más vital instrumento de su transformación y desarrollo. La historia marcará este 24 de Junio como el comienzo de un proceso irreversible que sentará las bases de una grandeza nacional auténtica, es decir, de una grandeza cimentada en la justicia social y en la participación real del pueblo en la riqueza y en el destino de la patria.

Hoy, en el Día del Indio, día del campesino, el Gobierno Revolucionario le rinde el mejor de todos los tributos al entregar a la nación entera una ley que pondrá fin para siempre a un injusto ordenamiento social que ha mantenido en la pobreza y en la iniquidad a los que labran una tierra siempre ajena y siempre negada a millones de campesinos. Lejos de las palabras de vanos homenajes, el Gobierno Revolucionario concreta en un instrumento de inapelable acción jurídica ese anhelo nacional de justicia por el que tanto se ha luchado en nuestra patria. De hoy en adelante, el campesino del Perú no será más el paria ni el desheredado que vivió en la pobreza, de la cuna a la tumba, y que miró impotente un porvenir igualmente sombrío para sus hijos. A

partir de este venturoso 24 de junio, el campesino del Perú será en verdad un ciudadano libre a quien la patria, al fin, le reconoce el derecho a los frutos de la tierra que trabaja, y un lugar de justicia dentro de una sociedad de la cual ya nunca más será, como hasta hoy, ciudadano disminuido, hombre para ser explotado por otro hombre.

[...]

Hoy el Perú tiene un Gobierno decidido a conquistar el desarrollo del país, mediante la cancelación definitiva de viejas estructuras económicas y sociales que no pueden ya tener validez en nuestra época. Las reformas profundas por las que tantos compatriotas han luchado, están ya en marcha. Y dentro de ellas, la más alta prioridad corresponde, sin duda alguna, a la reforma de las estructuras agrarias. Por eso, fiel a la razón misma de su existencia, fiel a los compromisos asumidos ante el país y ante la historia, fiel a los postulados explícitos de la revolución, el Gobierno de la Fuerza Armada le entrega hoy a la nación peruana una avanzada ley de reforma agraria que marcará el comienzo de la verdadera liberación del campesinado nacional.

En favor de la reforma agraria se han pronunciado prácticamente todos los organismos técnicos nacionales e internacionales desde hace muchos años. Esta idea recibió el respaldo de los presidentes americanos en la reunión de Punta del Este, y desde

entonces las oficinas especializadas de las Naciones Unidas han hecho hincapié en la necesidad de modificar radicalmente las estructuras agrarias de los países latinoamericanos. Y aquí en el Perú todos también han hablado de la necesidad de emprender una auténtica reforma agraria. Este fue el señuelo con el cual se lograron adhesiones y votos. Pero nada realmente profundo se hizo jamás para implantar una reforma que de veras atacara la raíz del problema y que de veras diera la tierra a quien la trabaja. Esto hace la nueva ley. Y por venir de un Gobierno Revolucionario, es en todo sentido un instrumento de desarrollo, una herramienta de transformación; vale decir una ley auténticamente revolucionaria. Y como en el caso de la política nacionalista del petróleo ahora también la fuente final de nuestra inspiración, ha sido el pueblo; este pueblo al que nos debemos por entero; este pueblo tantas veces engañado; este pueblo que tanto ha sufrido y ha luchado en espera de una justicia que sus gobernantes nunca supieron darle; este pueblo que ahora recibe, no como una dádiva, sino como un



Campesinos peruanos en 1968.

derecho, una ley de reforma agraria que abre y garantiza, al fin, el camino de la justicia social en el Perú.

En consecuencia, la ley se orienta a la cancelación de los sistemas de latifundio y minifundio en el agro peruano, planteando su sustitución un régimen justo de tenencia de la tierra que haga posible la difusión de la pequeña y mediana propiedad en todo el país. De otro lado, por ser una ley nacional que contempla todos los problemas del agro y que tiende a servir a quien trabaja la tierra, la Ley de Reforma Agraria se aplicará en todo el territorio del país, sin reconocer privilegios ni casos de excepción que favorezcan a determinados grupos o intereses. La ley, por tanto, comprende a todo el sistema agrario en su conjunto porque solo de esta manera, será posible desarrollar una política agraria coherente y puesta al servicio del desarrollo nacional.

[...]

La nueva Ley de Reforma Agraria, por otra parte, limita el derecho a la propiedad de la tierra para garantizar que esta cumpla su función social dentro de un ordenamiento de justicia. En este sentido, la ley contempla límites de inafectabilidad que salvaguardan el principio normativo de que la tierra debe ser para quien la trabaja, y no para quien derive de ella renta sin labrarla. La tierra debe ser para el campesino, para el pequeño y mediano propietario; para el hombre que hunde en ella sus manos y crea riqueza para todos; para el hombre,

en fin, que lucha y enraíza su propio destino en los surcos fecundos, forjadores de vida.

[...]

La lucha nos hermanará a todos los peruanos que, por encima de distingos secundarios, hemos unido nuestra suerte en la defensa común de un ideal revolucionario que solo persigue la grandeza de la nación. Hoy como en otros momentos de trascendentales decisiones, el Gobierno Revolucionario apela al pueblo en demanda de solidaridad para emprender una dura pero inevitable empresa salvadora. Aquí, donde tantas promesas quedaron incumplidas, donde se abandonaron tantos ideales, nosotros hemos querido retomar el sentido profundo de un esfuerzo trunco hasta hoy: el de reivindicar al humilde campesino de nuestra patria, respondiendo a una demanda cuya raíz honda se afinca en nuestra historia y cuya imagen de justicia surge de nuestro propio e inmemorial pasado de pueblo americano.

Sabemos muy bien que la ley de reforma agraria tendrá adversarios y detractores. Ellos vendrán de los grupos privilegiados que hicieron del monopolio económico y del poder político la verdadera razón de su existencia. Esa es la oligarquía tradicional que verá en peligro su antipatriótica posición de dominio en el Perú. No le tememos. A esa oligarquía le decimos que estamos decididos a usar toda la energía necesaria para aplastar cualquier

sabotaje a la nueva ley y cualquier intento de subvertir el orden público.

[...]

Así, mediante una política revolucionaria de inspiración verdaderamente peruana, profundamente nacionalista y, por tanto, exenta de influencias foráneas de cualquier índole, el Gobierno del pueblo y de la Fuerza Armada pone hoy en movimiento un vigoroso e irreversible proceso de transformación nacional, evitando el caótico surgimiento de violencia social y dando autónoma solución a los seculares problemas del Perú. Esta es la mejor garantía de una verdadera y justa paz social en el futuro de nuestra Patria.

Compatriotas:

Este es, repito, un día histórico cuya trascendencia se acrecentará con el paso de los años. Hoy el Gobierno Revolucionario siente la emoción profunda de una misión y de un deber cumplidos. Hoy, en el Día del Campesino, miramos a la ciudadanía con fe, orgullo y esperanza; y le decimos al Perú entero que a su pueblo debemos la inspiración de nuestros actos y que a él hoy le entregamos una ley forjadora de grandeza y justicia en su destino.

Al hombre de la tierra ahora le podemos decir en la voz inmortal y libertaria de Túpac Amaru:

¡Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza!».

LA REFORMA AGRARIA EN PERÚ (1969-1979)



Años	EXPROPIACIONES		ADJUDICACIONES	
	Fundos	Has.	Beneficiarios	Has.
1962-1968	546	1.027.649	13.553	375.574
1969	249	428.080	7.355	256.774
1970	391	1.594.727	42.343	691.697
1971	478	655.225	18.671	538.083
1972	1.732	1.028.477	38.976	1.119.223
1973	2.446	952.289	56.496	1.336.692
1974	1.522	805.427	42.080	879.618
1975	2.376	933.919	36.590	1.081.692
1976	3.753	1.298.943	40.267	634.805
1977	1.653	486.156	29.398	592.917
1978	1.105	749.05	21.137	560.483
1979*	121	133.524	35.504	636.638
1969-1979	15.826	9.065.772	368.817	8.328.322



Ley de reforma agraria en Perú.

Fuente: José Matos Mar y José Manuel Mejía, *La reforma agraria en el Perú*; p. 171.

Lima: IEP, 1980.

*Las cifras de expropiaciones corresponden hasta el mes de Junio, las de adjudicaciones hasta diciembre.

AVANCE DE LA REFORMA AGRARIA, 1969-1979

(Resumen al 24 de junio de 1979)

	Unidades adjudicatarias	Extensiones adjudicadas		Beneficiarios	
		Hectáreas	%N	%	
Cooperativas	581	2.196.147	25,6	79.568	21,2
Complejos agroindustriales	12	128.566	1,5	27.783	7,4
SAIS	60	2.805.048	32,6	60.954	16,2
EPS	11	232.653	2,7	1.375	0,4
Grupos campesinos	834	1.685.340	19,6	45.561	12,1
Comunidades campesinas	448	889.340	10,3	117.710	31,4
Campesinos independientes	-	662.093	7,7	42.295	11,2
TOTAL	1946	8.599.253	100,0	375.246	100,0

Fuente: Ibíd; p. 182.

PERÚ EN LOS AÑOS SESENTA



1. Irving Penn, *Two men of Cuzco*, ca. 1960.
2. Sergio Larrain, *Indians*, Cuzco, 1960.
3. Avenida Abancay, Lima, ca. 1960.
4. Sergio Larrain, Cuzco, 1960.
5. Teodoro Nuñez Ureta, *Mercado aldeano*, Perú, 1963.
6. Sergio Larrain, Cuzco, 1960.
7. Lima, Perú, 1959.



Cláudio Tozzi, Guevara Vivo ou Morto, 1967.

(1956-1960). Hacia 1960, cuando Paz Estenssoro retornó a la presidencia, el proceso revolucionario se encontraba en franco retroceso, y cuatro años después un golpe conducido por René Barrientos —integrante de la aviación boliviana, arma creada recientemente y bajo completo control norteamericano— terminó con la revolución iniciada en 1952.

Barrientos se propuso revertir las transformaciones que pervivían del período revolucionario. Prohibió todo tipo de actividad política y sindical, buscó desarticular la intervención social e intentó realizar un acuerdo con el campesinado a fin de restarle base social a posibles insurrecciones. El pacto militar-campesino, apuntalado sobre las bases de la reforma agraria anterior, que ha convertido a muchos indígenas-campesinos en propietarios individuales (desarticulando lazos comunitarios), explica en buena medida la estabilidad de esos años. A su vez, explica también el fracaso del foco guerrillero que Ernesto «Che» Guevara —asesinado en octubre de 1967— intentó promover en Ñancahuazú, una zona de baja densidad poblacional. Barrientos pretendía perpetuarse en el poder, pero a principios de 1969 murió en un accidente.

De las propias filas de barrientismo emergió un nuevo liderazgo que en principio se presentaba como una continuidad. Pero Alfredo Ovando sorprendió en el marco de un clima convulsionado abriendo un breve pero intenso período de transformaciones. A un mes de asumir, promulgó la nacionalización de la Gulf Oil (1969), derogó el código del Petróleo de 1955, entabló relaciones con el bloque soviético e ingresó al Pacto Andino. A su vez, tomó medidas en relación a la producción minera, devolviéndole al Banco Minero su monopolio sobre los minerales. Por otro lado levantó la prohibición de la actividad política, medida que provocó la emergencia de múltiples grupos de izquierda que habían nacido en la clandestinidad. Pero la desconfianza que Ovando y su mano derecha Juan José Torres generaban aún por su origen (vinculado al barrientismo) y por sus responsabilidades en el asesinato del Che Guevara, aislaron al Gobierno de posibles aliados. Ante la presión de los sectores dominantes y de los Estados Unidos, Ovando fue desplazado por un nuevo golpe militar el 4 de octubre de 1970.

Apoyado por un grupo de oficiales jóvenes, Torres comandó un contragolpe y desplazó al triunvirato que había reemplazado a Ovando. Desde el Gobierno, planteó una alianza con la COB (Central Obrera Boliviana), que se tradujo en la participación del movimiento obrero de la administración del Estado. Sobre este esquema de cogobierno, profundiza el camino de gestión estatal. A su vez, se desarrolló una novedosa experiencia de asambleas populares, que aunque integradas mayormente por militantes de las múltiples organizaciones de izquierda, también contaron con fuerte presencia obrera. Ante la avanzada popular que implicó el gobierno de Torres, en enero de 1971 se produjo un primer intento de golpe de Estado. Conjurada la intentona, Torres radicalizó sus medidas expropiando y nacionalizando más enclaves mineros; los reclamos de aumentos salariales fueron otorgados, pero no cedió ante la idea de cogestión obrera de las minas con poder de veto para los trabajadores. Sin embargo, la presión de la oposición interna y externa se sostuvo hasta lograr que en agosto de ese año Hugo Banzer concretara el golpe de Estado que destituyó al presidente Torres, quien debió exiliarse en la Argentina, donde sería asesinado en 1976 en el marco del Plan Cóndor.

DISCURSO DEL GENERAL TORRES EN UNA MESA REDONDA ORGANIZADA POR LA CONFEDERACIÓN UNIVERSITARIA BOLIVIANA



La revolución la hemos iniciado los militares con un grupo idóneo de civiles, sabiendo a cabalidad cuales son las alternativas que se nos plantean. Hemos propuesto un modelo revolucionario nacional de izquierda sin temor al epíteto falaz de que los integrantes del Gobierno al ser, según él, contrarrevolucionarios de ayer, no pueden convertirse en los revolucionarios de hoy, como si el hacer la revolución fuera simplemente una operación del mercado político, de libre competencia, que dependiera únicamente de las ofertas de un revolucionarismo mal concebido y peor planteado frente a las demandas populares, en cuyas circunstancias oficiaríamos de estópidos mercaderes, que jugando en la ruleta de la revolución nuestras últimas cartas, nos aseguremos una cierta subsistencia institucional de hartazgo insensible. Están pues equivocados quienes piensan de ese modo, porque la fuerzas armadas de Bolivia, desde mucho antes de la aventura guerrillera de Ñancahuazú, donde lo mejor de la oficialidad combatiente tributó ingentes contribuciones de sangre, han advertido luego de un largo proceso de serena meditación, que ya solo no interesa la pervivencia de la institución, sino que está en riesgo la existencia de todo el ser nacional, de ahí que el mandato revolucionario del 26 de septiembre del año pasado no es, como se ha dicho, resultado de un acomodo político, sino por el contrario consecuencia responsable de una madura reflexión sobre lo

que acontecería si fracasa el sistema revolucionario que se desea implantar definitivamente en esta parte del continente latinoamericano.

En ese análisis, consciencia de la situación se planteaban dos alternativas. El asentamiento indefinido de la derecha plutocrática en el poder que con hábiles maniobras publicitarias, podría haber tendido un velo ante los ojos del pueblo cuyo juicio crítico, sencillo y modesto, posiblemente no hubiere advertido, en toda su magnitud, lo que significaba el proceso de desnacionalización de todo el país. La otra alternativa la ofrecían los grupos comunizantes que pretendían, y pretenden todavía cubanizar Bolivia, ya sea por medio de la guerrilla urbana y rural o empujando ciegamente a la clase trabajadora a un ensayo suicida en una suerte de gimnasia política, precaria, sin base, contenido, ni proyección histórica.

Contamos con el apoyo del campesinado porque este no solo intuitivamente sino en forma totalmente consciente, nos escogió como sus aliados naturales, porque siempre les habíamos dado pruebas de nuestra consecuencia revolucionaria, respetando y consolidando la reforma agraria que significó para ellos tierra y libertad y fundamentalmente profundizando la revolución en el agro para incorporar en forma efectiva, a los hombres del campo a la vida económica nacional mediante su conversión de simples agentes de una economía de subsistencia, a empresarios de entidades comunitarias de

profunda inspiración colectivista, mediante la cooperativización y otras formas de organización campesina que puedan ofrecer una segura perspectiva de avance y desarrollo de la comunidad campesina.

Sabemos también que la burguesía progresista de este país se va a incorporar más profundamente al proceso, porque entiende muy bien que desligándose de cualquier suerte de vinculación con el capitalismo internacional, podrá robustecer aún más, ya que liberada de esa hegemonía que solo le asegura una mínima participación económica, podrá en un futuro convertirse en un verdadero capitalismo nacional, que aporte sus mejores elementos constitutivos al desarrollo económico y social del país.

Finalmente, somos conscientes de que muy pronto, pese a las prédicas desorientadoras de los extremistas de derecha e izquierda, sellaremos nuestra alianza con la clase obrera en un abrazo fraterno que nos identifique en forma definitiva como los verdaderos actores del proceso revolucionario, que busca construir una nueva sociedad nacional. Es obvio que los infantilistas pretenderán cerrarnos el paso tratando de evitar que acordemos ese extraordinario pacto revolucionario, porque saben que en ese momento, ellos unidos a la antipatria, no tendrán ya cabida en la comunidad nacional boliviana que marchará segura de su destino hacia el logro de la justicia social.



José María Velasco Ibarra.



Entrada de Velasco Ibarra junto con militares.

ECUADOR

La historia ecuatoriana del período está inexorablemente ligada a las vicisitudes de la biografía política de José María Velasco Ibarra, presidente del país en cinco oportunidades (1934-1935, 1944-1947, 1952-1956, 1960-1961, 1968-1972).

Entre el segundo y tercer «velasquismo», tal como se conocieron sus períodos presidenciales, se sucedió el gobierno de Galo Plaza (1948-1952) cuando, ante la crisis del cacao, se produjo el crecimiento de la producción de bananas y el fortalecimiento de la presencia de la United Fruit Company (y con esta, de la influencia norteamericana). A pesar de haber afrontado las consecuencias del terremoto de Ambato, en el cual murieron aproximadamente 8 mil personas, la presión popular y la movilización consiguieron que en las elecciones de 1952 retornase Velasco Ibarra quien gobernó hasta 1956.

Pese a que hacia 1955 disminuyeron las exportaciones, Velasco pudo realizar una obra de mayor envergadura que en sus anteriores mandatos: el primer plan vial (se inauguró una importante cantidad de carreteras), numerosas construcciones para escuelas y colegios, el reequipamiento de las Fuerzas Armadas, obras de regadío y la creación de la Junta de Planificación y Coordinación Económica.

Si bien clausuró periódicos y apresó al representante de la SIP (Sociedad Interamericana de Prensa) en el Ecuador, Jorge Mantilla, también es cierto que restauró las libertades de sufragio, culto y de educación, la abolición de la discriminación administrativa por ideas políticas o religiosas, apoyó a la Iglesia católica, quien además de crear decenas de nuevas escuelas abrió universidades católicas como la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

En 1956, lo sucedió en la presidencia Camilo Ponce Enríquez, quien continuó y profundizó un importante programa de obras públicas y mejoró considerablemente la infraestructura del país. Sin embargo, en su tercer año de gobierno comenzó a perder apoyos a partir del suicidio de un conscripto, hecho que desembocó en el levantamiento de la ciudad de Guayaquil. A partir de dicho suicidio producto de maltratos sufridos en el Ejército, el pueblo de Portoviejo se sublevó y asesinó al responsable de los maltratos. En medio del descenso de las exportaciones bananeras y el aumento del desempleo, el Gobierno inició una fuerte represión; los estudiantes de Guayaquil decretaron un paro de solidaridad, pero fueron también reprimidos, lo que llevó a que se incrementaran las movilizaciones y levantamientos durante el mes de junio. Los datos oficiales dieron cuenta de un saldo de dieciséis muertos y ochenta y nueve heridos.

Grupo de maestras con José Velasco Ibarra.



En 1960, se produjo nuevamente el retorno del viejo conductor con amplio apoyo popular. La crisis económica, la crisis política interna entre distintas figuras del propio Gobierno y la creciente presión de Estados Unidos en el marco de la imposición de la doctrina de seguridad nacional llevaron a su desplazamiento un año más tarde. El caudillo se exilió nuevamente en la Argentina y le sucedió su vicepresidente. El gobierno de Carlos Julio Arosemena Monroy (1961-1963) afrontó conflictos propios del clima de la Guerra Fría y de los avances norteamericanos en la región. El fantasma de la Revolución cubana y el comunismo invadió las filas de las Fuerzas Armadas; al cabo de varios meses los jefes militares depusieron al presidente, inaugurando una nueva dictadura.

Luego del golpe militar comenzó una época de persecuciones políticas, encarcelamiento y destierro de militantes de izquierda (además se intervinieron las universidades). En 1964, en el marco de la «Alianza para el Progreso», el régimen militar aplicó la primera ley de reforma agraria que apuntó a distribuir las tierras improductivas. Esta medida comenzó un proceso de desestructuración de las formas tradicionales de explotación: las haciendas. Hasta los años cincuenta la modernización en el campo ecuatoriano había sido escasa. El sistema de huasipungos —por el cual el antiguo amo entregaba tierras para el trabajo de las comunidades indígenas campesinas, donde estos solían aceptar condiciones de trabajo paupérrimas— continuaba en vigencia. A partir de esta reforma, el sistema comenzó a cambiar radicalmente y la movilización social aumentó, ya que los campesinos se organizaron para realizar la toma de tierras comunitarias.

En 1966 se produjo una semana de intensas movilizaciones populares que desembocaron en el desplazamiento de la Junta por un Gobierno interino que habilitó las elecciones y la nueva llegada al Gobierno de Velasco Ibarra en 1968 por escaso margen de votos, junto a una alianza de fuerzas de izquierda. En el marco de la Guerra Fría, y enfrentado con los Estados Unidos, el quinto «velasquismo» se destacó en la defensa de la soberanía nacional al enfrentar la incursión de barcos piratas atuneros norteamericanos, realizando un fuerte planteo en la OEA contra el país del norte. Por otro lado, Ecuador votó por el ingreso de la República Popular China a las Naciones Unidas y fortaleció las relaciones diplomáticas y comerciales con los países del bloque comunista.

En su último mandato presidencial (que a partir de 1970 adoptó el formato de una dictadura civil), Velasco intervino en el área petrolera; revocó la entrega de cerca de un millón de hectáreas a la Texaco, sancionó una ley de hidrocarburos, inició la construcción del oleoducto Balao-Esmeraldas e inauguró la Corporación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. También fue ciertamente destacable en el período la obra pública en vialidad, educación superior, electrificación, telecomunicaciones y oleoductos. La explotación del hidrocarburo le permitió al país no depender exclusivamente de los monocultivos y desarrollar algunas industrias livianas en la sierra. Además, permitió la inversión en un sistema de carreteras que permitió el mejoramiento de la comunicación en un país fuertemente dividido entre costa, sierra y selva y como consecuencia de esto, el crecimiento los empleados estatales que integraban las filas de las clases medias.

Ante el retorno al país del empresario petrolero Assad Bucaram, quien se perfilaba como amplio ganador para las elecciones de 1972, el Gobierno de Velasco intentó una serie de maniobras para impedir su triunfo. Finalmente en febrero de ese mismo año, un golpe militar desalojó a Velasco, impidió las elecciones y proclamó una revolución nacionalista.



Junta de Gobierno de 1963.



Guillermo Rodríguez Lara, 1972.

El gobierno de las Fuerzas Armadas, presidido por el general Guillermo Rodríguez Lara, comenzó en el momento en que se abría la mayor expansión económica que registra la historia ecuatoriana. Durante la década del setenta, Ecuador se convirtió en un nuevo país productor de petróleo. La exportación petrolera se inició en una coyuntura internacional de elevación sostenida por los precios de los hidrocarburos. Eso dio al Gobierno recursos que nunca antes había manejado, y que fueron dedicados a la modernización del Estado y al aparato productivo. El Gobierno defendió la soberanía del país sobre sus recursos naturales. Ecuador ingresó en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) e impulsó el control estatal de la explotación y comercialización petrolera. Además, intentó profundizar la modernización agrícola mediante la Ley de Reforma Agraria de 1973, que tenía como objetivo poner a producir a las tierras ociosas. Pero los efectos resultaron limitados. Mientras tanto, creció un nuevo espacio político: la Concentración de Fuerzas Populares, liderado por Bucaram, quien presentó como candidato a presidente a Jaime Roldós (1979-1981). Anunció un conjunto de medidas radicalizadas, que fueron interrumpidas por su sorpresiva muerte en un accidente aéreo. Su vicepresidente Hurtado (1981-1984) debió lidiar con la crisis causada por la deuda externa que lo obligó a promover una política de ajuste que favoreció al triunfo del conservador León Febres Cordero (1984-1988) del Frente de Reconstrucción Nacional (FRN). Febres debió enfrentar al poder militar, que incluso llegó a secuestrarlo por un tiempo. Además, la crisis de la deuda se profundizó y las exportaciones de petróleo disminuyeron como consecuencia del terremoto de 1987.

LA EDAD DE LA IRA DE OSWALDO GUAYASIMÍN



1



2



3

1. Oswaldo Guayasimín, Serie *Llanto, miedo, ira*, ca. 1960.
2 y 3. Oswaldo Guayasimín, Serie *El Grito*, ca. 1960.

COLOMBIA

Si tuviéramos que marcar un inicio para la historia de Colombia en la segunda mitad del siglo XX habría que situarlo el 9 de abril de 1948. Ese día fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán por un joven que terminó siendo ultimado por la muchedumbre, ocultándose de este modo para siempre la verdad sobre la autoría intelectual del crimen. La reacción inmediata fue una revuelta popular en todo el país que pasó a la historia con el nombre de «El Bogotazo». Para ese entonces, Gaitán, quien años antes había sido candidato a presidente por el Partido Liberal, se había constituido en una esperanza para los sectores postergados de la sociedad. El episodio marcó el inicio del período conocido como «La Violencia», que arrojó un saldo de trescientos mil muertos. La represión y el asesinato de trabajadores, campesinos y dirigentes sindicales, modalidad que ya tenía antecedentes no menores en el período inmediatamente anterior, se convirtieron en una habitual práctica estatal y paraestatal.

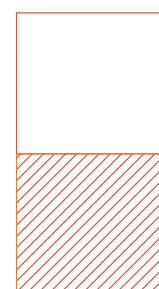
1. Manifestación en apoyo de Jorge Eliécer Gaitán.
2. Jorge Eliécer Gaitán.



A partir de allí, y ante las evidentes dificultades de las clases dominantes de controlar una situación social que consideraban amenazante, la élite colombiana buscó establecer diversos acuerdos. Luego de la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), se pretendió alcanzar la «pacificación» mediante una tregua con las guerrillas liberales (agosto de 1958), momento en el cual terminó de configurarse el Frente Nacional.

Desde esa fecha y hasta mediados de la década del setenta, transcurrió una etapa caracterizada por la transición del poder cada cuatro años entre (liberales y conservadores), en un pacto oficial de alternancia presidencial y paridad en los cargos públicos, lo que vació a los partidos de identidad ideológica, y privó a la democracia de verdadero sentido político. Según el pensador colombiano Estanislao Zuleta, durante dicho período las artificiosas instituciones de la alternancia presidencial y el reparto equitativo en los cargos públicos y cuerpos colegiados hicieron perder el sentido propiamente político a los procesos electorales; los partidos perdieron su identidad ideológica y programática.

Paralelo al pacto entre las élites, durante la década del cincuenta, la masiva llegada de inversiones norteamericanas impuso una serie de exigencias entre las que se encontraba la aplicación de un programa, cuyo objetivo central era



el despoblamiento (forzoso) del campo y la urbanización intensiva en pos de la agricultura capitalista. Así, durante la hegemonía del Frente Nacional y más allá de algunas pretensiones reformistas, la situación de los sectores populares y del campesinado en particular, continuó empeorando; situación agravada aún más por la violencia desatada por el Estado y por grupos paramilitares y bandas armadas que comenzaron a funcionar de forma independiente pero que, a su vez, actuaron como sicarios de los terratenientes. La violencia descargada contra el campesinado tuvo dos objetivos centrales: el disciplinamiento de la protesta social y, desde el punto de vista económico, el despojo de sus tierras para acrecentar los latifundios.

La respuesta campesina fue la conformación de grupos armados como modalidad de autodefensa; grupos que hacia la década del sesenta darían origen a organizaciones guerrilleras con enfoques ideológicos, organizativos y estratégicos ciertamente disímiles. El surgimiento de grupos guerrilleros tuvo entonces importantes antecedentes en la década del cincuenta. Algunas de las organizaciones que surgieron fueron comandadas por caudillos del Partido Liberal, descontentos con el accionar de su organización política y otras, en cambio, se inscribieron desde sus orígenes en una tradición de izquierda. La ruralización de la resistencia popular comenzó de forma inorgánica, pero la continuidad de la problemática campesina y el influjo que provocó la Revolución cubana, en cuanto a la sistematización de las ideas revolucionarias y a la valorización de la metodología guerrillera como estrategia para la toma del poder, transformaron las características de las nacientes organizaciones. Las dos que alcanzaron un desarrollo más destacado, que resistieron la reorganización económica y social impuesta por las élites y que terminaron por cumplir ciertas funciones del Estado, fueron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Oficialmente fundadas por el Partido Comunista, aunque luego autonomizadas por mutuo acuerdo, los guerrilleros de las FARC liderados por Pedro Antonio Marín —quien adoptaría el nombre de Manuel Marulanda Vélez— asentaron un

Mural en las calles de Bogotá.



primer grupo en la zona de Marquetalia. En mayo de 1964, el Gobierno inició la «Operación Marquetalia», una feroz ofensiva militar por aire y tierra con dieciséis mil soldados y la asesoría de militares estadounidenses en el marco del plan LASO (Latin American Security Operation), uno de los tantos productos de la Guerra Fría desplegados en la región. Los sobrevivientes de dicha operación constituyeron el núcleo fundacional de las FARC. A partir de allí comenzaron a extenderse por zonas de difícil acceso a través de lo que se conoció como la colonización armada, logrando así una importante base de adhesión campesina. Tiempo después, y aprovechando los vínculos con el PC colombiano, también desplegaron una importante red de apoyo en las ciudades.

Al calor de la Revolución cubana y al replicar la táctica del foco insurreccional, el ELN, por su parte, se conformó hacia 1965 con una presencia no tanto campesina, como en el caso de las FARC, sino más bien de estudiantes universitarios, clases medias urbanas y ciertos sacerdotes que en los inicios cumplieron un destacado papel. Sin duda, el más conocido de ellos fue Camilo Torres, a quien asesinaron en los inicios de la organización.

Camilo Torres había difundido en el país los preceptos de la «Teología de la Liberación» al calor de las reformas del Concilio Vaticano II (1962-1965). Su compromiso con los sectores populares lo llevó a insertarse en la política por diversos canales, mientras promovía desde su prédica religiosa el ideal del deber cristiano hacia la revolución. Desde sus posiciones antiimperialistas y antioligárquicas creó el «Frente Unido del Pueblo», movimiento que tenía como objetivo perfilarse como alternativa al acuerdo del Frente Nacional. El Frente Unido del Pueblo planteó la estrategia del abstencionismo electoral revolucionario como repudio a este sistema, y desde un primer momento articuló con la guerrilla del ELN. El sacerdote terminó optando por disolver su organización política e insertarse en el movimiento guerrillero. Su muerte en febrero de 1966, se dio en su primera experiencia como combatiente, pero su figura se convirtió en fuente de inspiración a lo largo de toda América Latina.

Desde fines de los años setenta, comenzó un proceso de transformación de la estructura productiva que convergió tiempo después con las reformas neoliberales. A una situación social compleja se sumó una nueva etapa de expulsión de trabajadores rurales hacia las ciudades, debido al reemplazo de sus cultivos tradicionales de café, maíz, plátano, sorgo, algodón por la ganadería para exportación la cual no requería abundante mano de obra. La concentración de la riqueza en pocas manos y el dominio de los capitales extranjeros sobre recursos económicos estratégicos, (como el petróleo y el carbón) dejaron vía libre para la incorporación de recetas de ajuste dictadas por el FMI.

En este contexto, los campesinos comenzaron a colonizar la Amazonia colombiana como consecuencia de los desplazamientos forzosos, y cultivaron coca ante la realidad de que era el único producto que resultaba provechoso y fácil de comercializar. El cultivo de la hoja de coca nació así como resultado de la violencia y la crisis del sector agrícola. El narcotráfico terminó por convertirse en un factor de poder, al movilizar enormes cantidades de capital y al ofrecer salidas laborales ilegales para los jóvenes que no hallaban alternativas en un mercado laboral excluyente, ante un Estado frágil y a su vez deliberadamente ausente.

A la violencia desatada por los carteles de la droga se sumó la de los grupos paramilitares en constante crecimiento y la guerra entablada entre el Estado y la guerrilla. Así, hacia la década del sesenta y durante la siguiente, fueron cuatro los



El sacerdote Camilo Torres.



actores armados que terminaron por configurarse: grupos guerrilleros, bandas de sicarios ligadas al narcotráfico, paramilitares y el ejército oficial. Situación que se vio aún más agravada por la creciente intervención norteamericana y su contribución al presupuesto militar colombiano, bajo la excusa del combate a la guerrilla y al narcotráfico; junto a Israel y a Egipto, los mayores aportes mundiales de los Estados Unidos a un ejército para la adquisición de armamento y entrenamiento.



1. Julio Alpuy, *Paisaje de Bogotá*, 1958.
2. Bogotá, ca. 1965.
3. Cerro de Monserrate, Bogotá, ca. 1965.
4. Teatro Junín, Medellín, ca. 1965.